

Primer Premio
Concurso Provincial de Novela “José Chudnovsky”
2009

La fiesta ha sido inútil

Martín Romero Villán

Instituto de Cultura de la Provincia del Chaco
La fiesta ha sido inútil. - Romero Villán, Martín - 1a ed. -
Resistencia, 2010.
151 p. ; 20x14 cm.
ISBN 978-987-25901-2-3
1. Narrativa Argentina . 2. Novela. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 08/06/2010

AUTORIDADES

JORGE M. CAPITANICH

Gobernador de la Provincia del Chaco

SILVIA ROBLES

Presidenta del Instituto de Cultura del Chaco

GRACIELA BARRIOS CAMPONOVO

Dirección Letras del Instituto de Cultura del Chaco

Corrección

Claudia Goy. Instituto de Cultura. Provincia del Chaco

Diseño

Rosario Varela. Instituto de Cultura. Provincia del Chaco

INSTITUTO DE CULTURA DEL CHACO

<http://chacotodaslasculturas.blogspot.com>

Arturo Illia 245. H3500AVE Resistencia. Chaco.

Tel: (03722) 453547

chacotodaslasculturas@gmail.com

En el mes de diciembre de 2009, el jurado del Concurso Provincial de Novela “José Chudnovsky” integrado por José Gabriel Ceballos (Corrientes), Nicolás Capaccio (Misiones) y Orlando Van Bredam (Formosa) resuelve por unanimidad:

a) Otorgar el primer premio a la novela *La fiesta ha sido inútil*, seudónimo “Augusto Rojas”, del autor: Martín César Romero Villán.

b) Declarar desiertos los lugares correspondientes al segundo y tercer premio por no encontrar obras merecedoras de estos galardones.

El jurado fundamenta la elección de *La fiesta ha sido inútil* en que se trata de una novela en la que, a diferencia del resto, se observa un original tratamiento de la historia a partir de un discurso muy elaborado y por momentos de alto lirismo. La anécdota marca un rumbo diferente y se inscribe dentro de una mirada renovadora de nuestra literatura regional. Hay además, frescura, agudeza y humor para narrar peripecias cotidianas y reconocibles.

Resulta para mí un honor escribir el prólogo de un nuevo libro publicado por el Instituto de Cultura en tiempos en que interpretamos, reinterpretamos y celebramos doscientos años de historia. El premio de novela José Chudnovsky –uno de los concursos literarios emblemáticos de la provincia– viene a inscribirse, por si faltaran motivos para hacer singular esta entrega, en la conmemoración de los días del escritor y del libro: una oportuna coincidencia que atraviesa la memoria con dos fechas de junio tan significativas para el Chaco, tierra de poetas, narradores y ensayistas.

Hay quienes afirman que el libro y la lectura están en crisis. En lo personal, creo que lo que está en crisis es el universo del libro tradicional, no la lectura que adopta nuevas prácticas, no la actividad editorial, menos aún la incesante, vital, creación literaria. Y en esto último quiero detenerme. Porque el ganador del concurso es un escritor joven, Martín Romero Villán, que se abre públicamente a la vida literaria con su primera novela. Porque el reconocimiento viene por la senda de miradas renovadoras de la literatura. Porque nuestra tradición cultural sigue pariendo escritores y escritoras, ideas, relatos, versos, un vastísimo universo de símbolos para alimentar el animal simbólico que somos. Para corroborar una vez más que Chaco es tierra de diversidades.

No puedo dejar de ver en todo esto una razón más de convalidación de la política cultural que el Instituto desarrolla respecto del acceso social al libro y a la lectura. Fomentar y premiar la actividad literaria es otra de las formas de animar la expresión de lo propio. Publicar es otro de los modos de fortalecer la función democratizadora del libro. Premiar nuevas voces, acercarnos un poquito más al ideal de todas las culturas, todas las lenguas, todos los lenguajes.

Silvia Robles

PRÓLOGO

Todo texto literario, mas allá de sus propias pretensiones, se inscribe en una tradición que lo justifica y avala como texto literario y a su vez, en la medida en que es capaz de innovar en algunos aspectos formales o temáticos, dialoga con su presente y también con el futuro.

Es verdad que una novela es mucho más o mucho menos que esto. Históricamente la novela tiende a la construcción de un carácter, de un personaje cuya densidad humana sostenida por la escritura, lo torna muchas veces inolvidable. Esto es en definitiva lo que muchas veces un jurado de novelas como éste que me ha tocado integrar junto a José Gabriel Ceballos y Nicolás Capaccio busca cuando lee, analiza y juzga.

Las novelas que participaron del Premio Chudnovsky abordaron historias diversas, no hay un lugar común en ellas; y también fue diverso el tratamiento de las estrategias narrativas. Lo histórico, lo costumbrista, lo social aparecieron en medio de otros textos que prefirieron como *La fiesta ha sido inútil* de Martín Romero Villán ceñirse al presente, a lo trivial, a lo urbano, a aquello que a fuerza de ser tan cotidiano, al menos desde la juventud del protagonista, tal vez no alcanzara para ser una novela.

Sin embargo, la voz narradora del personaje nos instala enseguida en un clima que no podemos abandonar y que, debido a un intenso lirismo no exento de humor y de frescura, escuchamos y sufrimos junto a él, convencidos de que su dolor es también el nuestro.

La fiesta ha sido inútil es una novela de nuestra época, una de jóvenes confundidos, una de perdedores que buscan cualquier tipo de redención en medio de una maraña de vicios y desvíos. Una época sin héroes, pero que, mal que nos pese, es nuestra época.

Y hablar así, desde ese lugar, es también un modo de renovar la narrativa provinciana en la que la gesta del hacha y del algodón espléndidamente contada por José Chudnovsky, José del Carmen Nieto y Osvaldo Pérez Chávez, entre tantos otros, ha sido reemplazada por otros itinerarios, no siempre heroicos.

Bienvenida a la literatura chaqueña y a la nacional, esta novela de un escritor joven y me atrevería a decir, tal vez inédito. Para estas revelaciones sirven estos concursos, este hallazgo lo justifica plenamente.

Orlando Van Bredam, junio 2010

La fiesta ha sido inútil

Martín Romero Villán

¿Razonar mi tristeza?

¿Para qué si el razonamiento es un esfuerzo?

Y los tristes no pueden esforzarse.

Fernando Pessoa, Libro del desasosiego.

Ruedo detrás de cada palabra, lloro y mi llanto es silencio.

Muero en cada último suspiro.

*La gente se va y yo no voy,
yo no llego, ni me quedo ni estoy.*

Yo, debajo de la tristeza.

Yo, encima de la superficie.

Yo, en silencio sin respuestas.

Yo muriendo,

yo suspiro,

yo último aliento.

Yo soledad y vacío,

yo en el centro del eco,

yo sin nadie o yo entre la gente y sin nadie.

Yo nervioso,

¿y dónde está el que tiene que venir?

¿Adónde queda la salvación?

Yo del mismo día y sin sentido.

Yo mudo, yo siempre en silencio.

Yo oscuro y la negra ausencia,

la misma falta, la misma necesidad.

Entonces yo y la birome y el papel y yo.

Y la nada tuya,

toda tu ausencia y yo respirando despacito,

muriendo, rodando detrás de cada palabra.

Capítulo I

Lucio López: amor y desamor,
desencuentro y encuentro

No volverte a ver fue el factor final y drástico que me arrancó la voz de la garganta.

El silencio fue brutal. El dolor, insoportable y real, lastimoso, verdadero, humillante.

La angustia se hizo terreno sobre la inspiración y ni siquiera la tremenda idea de seguir viviendo me seducía. Mirando de frente las semanas futuras no dejaba de adivinar tardes de lenta agonía, momentos amueblados por sillones sucios y televisión aburrida, encuentros acompañados por personas desagradables, conversaciones vacías, visitas esporádicas a la ruina que provocan los cabarets, los casinos; pero por lo menos quedaba esa opción, morir lentamente como si fuese un héroe, extender mi agonía y reflejársela a todos en mi barba crecida, en mi voz ronca, para encontrar al fin que a nadie le importa mi vida.

A veces uno siente como que le desalojan el mismo corazón, como si una fuerza mayor diera la orden de abandonar este cuerpo y los sentimientos más fuertes y más bajos, más poderosos y más débiles; como si la compasión, el perdón, el arrepentimiento, el glorioso sueño de redención, el altruismo puro y sincero se retiraran en orden y en fila, en un silencio respetuoso y lleno de admiración, con ese carácter de caravana fúnebre y dominguera, maldita, hermosa y pacífica. Vemos, digo, entre los últimos parientes, mientras echa una última mirada de desilusión, cerrando la puerta, final y mortal, melancólico y último, retirarse ese deseo apasionado y poderoso que en vano soñó amarte. Sin duda la cabeza y el corazón quedan vacíos; entonces me manejo un poco insensato, incoherente, busco una vez más la respuesta en los vasos cargados hasta el tope de cerveza y de vino, trato entre las tinieblas de sospechar de quién es esa sombra que se acerca, y me asombro al encontrar en un bar una moza que de lejos dibuje en la sombra tu silueta, que al acercarse responda a tus características superficiales, que al hablarme se dirija dulce y maternal con una voz que imagino parecida a la tuya.

El resultado es terrible y dañino. Por dentro, en el pecho, el diablo me rasguña las carnes sonriendo demente, burlándose vengativo y oportuno, disfrutando con todo el tiempo del mundo su chance de lastimarme.

Uno, acaso, corre detrás de la oportunidad de alcanzar la pasión y el deseo y al encontrarse insensato y perdedor, parado sobre arenas movedizas, sin ramas para sujetarse, decide su rendición y su final, su muerte prematura y joven, penosa, patética.

¿Y con qué fin?

Trato de rastrear, entonces, entre mis amigos cercanos, una ráfaga de felicidad, una sospecha de dicha merecida y conseguida. Pero nada de su actualidad logra salpicar o sacar las manchas de mi negra verdad, de mi lágrima insensata; no hay siquiera un rumor, una sospecha que ilumine con esperanza mi oscuro interior, no hay en esta caverna un nombre que traiga en su mano una antorcha, una chispa que se haga llama y ceniza, un murmullo que me devuelva, complaciente y tierna, la sonrisa que antes era mía. La felicidad está de acá a diez años. Y yo no tengo más opción que caminar lúgubre y lento, taciturno, ridículo, entre los demás que ganan la lotería, que se compran camionetas y casas, que emprenden un proyecto, y que por delante tienen la bendita suerte de encontrar una hoja en blanco donde escribir su propia y hermosa historia.

El tiempo, por este lado, no deja de ser nublado y tormentoso; el mal me guiña pícaro su ojo gigante y gris, penetrante e inmenso, explícito en su mensaje: siempre estará invicto y presente, diciendo que mis fuerzas no alcanzan, que mi amor no es suficiente.

Caminar entonces por la orilla, bordear la soledad, parece mi consigna, mi destino. Se vuelve sublime y voluptuosa la vida, se ensanchan y sensibilizan algunos sentimientos, se teme siempre caer al infinito abismo, se teme perder la vida en un palpito, dilapidar la sufrida fortuna en una ganadora corazonada.

Pero la recompensa es la zanahoria y yo soy el burro que la sigue; la pasión rompe sus olas en la arena sedienta de la playa y yo la espero, ingenuo, sentado en una roca al borde del río. No habrá jamás un pez que como yo muera tan rápidamente por la boca, tan solo y tan único, tan vulgar como cualquier otro. Maldita sea.

Desde lo más profundo de la oscuridad te reclamo porque te deseo. Extiendo mis brazos como si pretendiera abrazar la luz altiva que deslumbra. Te suspiro y te odio a cada momento, te amo porque no puedo tenerte y porque no volví a encontrarte. Ando medio inconsciente y medio extraño como si mis ojos se hubieran volado detrás de ti desde aquel momento en que nos vimos y nos saludamos. Inexplicablemente he buscado respuestas cargando los vasos con vino y emborrachándome solo o con desconocidos, o con amigos o con la compañía de buenas canciones, acariciando en la oscuridad de la madrugada la áspera piel de antiguos dolores, respirando y conteniendo en el silencio suspenso una estela parecida al perfume que creía tuyo, que me hacía a la imagen de tu piel, de tu cuerpo, hasta ahora nunca gozado por mis manos. Y qué decir de mis manos, hasta entonces simples manos, sencillos dedos, pero después cuando quisieron acariciarte y vos ya no estabas, y vos ya te habías ido; cómo harán para entender que la vida debe seguir, que todo debe continuar y que te alejaste y que ellas deben continuar también su destino sin hasta ahora poder tenerte aunque sea una hora, aunque sea un día. ¡Y esa sonrisa! Esos dientes blancos, esa cabellera negra. ¿Habrá sido de noche o habrá sido sobre el final de la tarde? No recuerdo con claridad. Te miré las piernas mordéndome los labios y vos sonreíste. ¡Qué fácil que parece todo! O mejor dicho, cómo se deshace todo alrededor; como si siempre la imagen cabal de la realidad que tienen mis ojos hubiera sido de plástico o de cera y todo se derretía y todo dejaba de ser, fundiéndose en calores insoportables, pereciendo en un segundo toda tentativa de vida a nuestro alrededor;

menos nosotros dos, parados uno frente al otro, comiéndonos con los ojos, saludándonos con cortesía.

Hierven de sangre los rincones del corazón, la adrenalina desea que éste sea su último salto para morir poéticamente entregado a una felicidad tuya, arrodillado e inclinado finalmente a una simple sonrisa tuya. El vértigo y el abismo son la misma cosa, vienen tan unidas como si fueran una sola piel. Y yo, yo no pertenezco a tu rutina, a tu círculo, no puedo de repente emparentarme con tus conocidos, ingresar en los límites de tu mirada. Me mantendré entonces del otro lado de la pared, queriendo espiar tus movimientos, aguzando el oído para adivinar tus humores, soñando cada noche qué habrá pasado en tu día, dentro de cuáles brazos te acurrucás para dormir segura, con qué imágenes se duermen tus ojos, quién amansa el beso de tu boca, quién se dice dueño de tu amor. Seré, hasta que el mismo tiempo lo decida, tu fiel espía, tu anónimo perseguidor, tu secreto enamorado.

Me dijeron que te vieron por ahí, corriendo con ropa deportiva por el mismo bulevar de siempre. El dato me lo trajo un buen amigo que prefiero mantener en anonimato. Me había dado cita para las cinco en el café más viejo de la ciudad. Sospecho que solamente para crear expectativa se demoró en aparecer; el mensaje en el teléfono decía lo siguiente: "Tengo otro dato de la chica ésta, Celeste, nos vemos a las cinco en el café". Veinticinco minutos después de las cinco abrió la puerta y mirando por entre la gente me encontró en una de las últimas mesas fumando nervioso e impaciente; yo, al descubrir la tranquilidad con la que avanzaba, no pude más que insultarlo haciendo ademanes de fastidio. Por suerte no escuchó mis rosarios; corría el riesgo de que se ofendiera y diera media vuelta llevándose el dato que tanto deseaba tener entre mis manos. Jugando a hacerse el personaje interesante y central de la ocasión se dispuso primero a hacerme preguntas idiotas sobre mi salud, mi familia y mi presente amoroso.

Evadí de mala gana todas las preguntas que pude, hasta que clavándole en los ojos una mirada hostil y exaltada le reclamé la información que había prometido. Me dijo que todos los viernes a las siete de la tarde corrés por el bulevar vestida con ropa deportiva y que llevás un discman agarrado a la cintura.

El cuadro fue inmediato, la imagen se me presentó tan clara que se me hizo verte pasar frente a la ventana, caminando libre y desentendida por la vereda del café; me atormentó la idea de que fuera verdad, se estremecieron los músculos de mi cuerpo y percibí en el aire esa sensación fantasmagórica que precede a las alucinaciones; me quedé en silencio. Encerrado en mi propio miedo, quedé inmóvil, congelado, temiendo que algún movimiento brusco quebrara el cristal que separaba el interior de mi alma con la demás gente del café; mi amigo me miró mudo y perplejo, un poco asustado quizás por mi semblante trágico e inerte, por la rigidez mortuoria de mi rostro. Dijo algo que no alcancé a escuchar, sonrió y repitió lo dicho. Yo no podía moverme; entonces, acercándose con cuidado me tomó por los brazos y me zamarreó violentamente. Mis ojos recobraron vida y buscaron inquietos reconocer el paisaje, encontrar una cara familiar, pero nada de esto fue posible; de repente se volcaron sobre mis oídos todas juntas las risotadas, los gritos de las otras mesas. Me puse en pie, ensayé unas palabras sin sentido y levantando del cenicero el cigarrillo encendido salí atropellando sillas y personas. A la cuadra siguiente noté que no había pagado el café.

Todos los viernes a las siete, me decía. *Todos los viernes a las siete*, repetía como buscando descifrar algo, como tratando de descubrir un hilo que uniera esa nueva rutina con tu antiguo estilo de vida. ¿Por qué de repente te lanzabas a correr? ¿Cuál era tu “antiguo estilo de vida”? Caminé algo afligido, sin saber por qué algo triste, atacado por pensamientos incoherentes, por ideas que me acercaban más a la oscuridad que a la luz.

Estaba perdido entre la muchedumbre (¿y por qué semejante sensación?), encontrándome de a momentos parado frente a una vidriera sin poder ver lo que había en ella, absorto en mis pensamientos, hasta que de repente el reflejo fantasmal de mi cuerpo me obligaba a retroceder unos pasos interrumpiendo el incesante ir y venir de la multitud que a los empujones me tiraba sobre la esquina, arriesgando en el borde del cordón mi vida entera. Pude ver a una cuadra de distancia una plaza pacífica, un poco oculta.

Resolví ocupar uno de sus bancos con mi humanidad lúgubre. Sentado, rodeado por un espejismo que ofrecía tranquilidad, me sumí en un profundo delirio donde te imaginaba, o te veía mejor dicho, correr como un robot, con aspecto de humanoide insuperable y perfecto dando zancadas grandes y precisas, fuertes, avanzando atlética y hermosa como si todo alrededor no existiera, como si en realidad no corrieras sino que te deslizaras entre los otros simples humanos hacia una suerte de tierra desconocida y anónima, lejana e imposible para mí. Sentí tristeza al contemplar el mundo real, las verdaderas fronteras que nos separaban. ¿Dónde estabas? ¿Qué hacía yo ahí? ¿Por qué contemplaba la idea de que nunca podría acercarme? Sabía, íntimamente, que dentro de mí latía algo verde y repugnante, algo baboso que de un momento a otro iba a estallar o a comenzar una nueva existencia, que la posibilidad de amar o de amarte ya la había perdido en el pasado. ¿Pero qué había hecho? No estaba seguro. Pero adelante, en el futuro, algo esperaba su hora, su momento. En una premonición una voz había recomendado que alejara a los seres queridos, que no me acercara a posibles nuevos amores.

Fue preciso, al cabo de un par de horas, olvidar todos esos pensamientos insensatos, que para colmo lo único que pretendían era avivar la idea de nunca poder estar juntos. Fue necesario recurrir a la calidez de un bar, al humo flotante en el espacio cerrado y oscuro.

Fue indispensable morir lentamente rodeado de vasos y bebidas, de risas y comentarios de desconocidos. Me puse contento al descubrir tan buena resolución y arranqué mi nuevo camino buscando con los ojos volados el cartel del bar de siempre. Te dejo pasar como si fueras un recuerdo más. Trato de cambiar la dirección de mis pensamientos pero tu mirada atrae la mía con la fuerza de un gran imán, un gran imán de ojos celestes que me mira desde la pared de enfrente donde estás recostada y rodeada de tus amigos.

Entre nosotros debe haber por lo menos ochenta personas. Desde mi pared, recostado como un cowboy de película, llevo una y otra vez el vaso de cerveza a mi boca.

El destino (¿el destino?) puso como excusa la banda que está tocando y que no conozco ni me gusta; el lugar: el bar de siempre. Pero el bar de siempre mío. Nunca antes te había visto por acá y era muy probable que esta noche respondiese a esos encuentros anuales en que nos cruzamos, nos reconocemos y después de unos pequeños besos ya me es imposible desamorarme de vos. Sé que después de esta noche voy a pasar seis o siete meses sufriendo porque no te voy a encontrar de nuevo. Me va a ser imposible ubicarte los fines de semana, descubrir tu rutina, tus lugares de salida, entablar una conversación con tus conocidos para sacarles información sobre tu paradero. Sé, al mismo tiempo, que por más que tu novio esté ahora abrazándote (y vos te dejes abrazar mientras me seguís con los ojos) no hay nada que pueda evitar que en algún momento, en alguna parte del bar nos crucemos, intercambiamos palabras y después el fatal beso de saliva... mi muerte para los próximos meses. Así que mi actitud es la del culpable que espera con resignación que le digan su condena. Alrededor, sí, mis amigos hablan entre ellos y me hablan a mí, pero como sabemos, todo se fue desvaneciendo lentamente, como si los concurrentes se fueran transformando en fantasmas, se fueran haciendo humo, vapor, hasta el punto en que ni siquiera se escucha ya la música,

no hay nada más en el salón que tu ojos mirándome y los míos sosteniendo tu mirada, y los dos quedamos petrificados esperando a que algo ocurra, a que alguien haga un movimiento. Y de repente, como si de un baldazo la volcaran en el medio del salón, la realidad cae y aparecen repentinamente bailando a los saltos las ochenta personas que hay entre nosotros dos y en un rápido movimiento pero que no pasa desapercibido por mis ojos, vos avisás que vas al baño, que ya venís. Yo entiendo que esa es la contraseña y de inmediato en vez de ir a tu encuentro inesperadamente me pongo a relatar a mis amigos nuestra historia juntos, compramos otra cerveza y les hablo y les hablo de vos, dejando por supuesto el gran dato para el final: Mónica está ahora en el baño.

Como es previsible, todos me alientan a que vaya a tu encuentro; no hay nada mejor en una salida que ver cómo un amigo del grupo hace el ridículo con una mina.

Me falta valor. Además es una empresa muy arriesgada: tu novio también está en el bar, y está con sus amigotes. Pero no puedo dejar de pensar que éste es el encuentro anual, que si te dejo ir ahora tendré que esperar un año más para volver a verte o quizás y peor, no te vuelva a ver más. Así que enfilo para el fondo del bar. Los baños están abarrotados de gente, yo quedo parado ridículamente entre todos, ni entro al baño ni hablo con nadie y no encuentro nada para hacer que justifique mi presencia ahí. El pánico comienza a comerme los pies y pienso que lo mejor sería huir,irme ya mismo a mi casa, pero me es imposible moverme, se abre la puerta y salís vos con aire de superada, de desentendida, un poco drogada en realidad, y pasás al lado mío sin mirarme, rozándome pero sin dar cuenta de mi existencia, de mi presencia de macho absurdamente acobardado. Quedo chiquito como una criatura, me muevo mareado entre la gente, entre el humo y la oscuridad, y veo tu pelo negro alejarse de mi radio de alcance, lo veo llegar a las manos de tu novio que te planta un beso que tu boca le devuelve y para sorpresa mía

sin perder tiempo tus ojos me buscan recostado en la pared de enfrente. Y al no encontrarme mirás hacia el fondo del bar donde estoy parado como un imbécil entre la gente que va a mear. Se te nota desilusión en la cara. Y a mí, una estúpida sensación de culpa. Tendremos que rehacer la noche, rearmar la jugada, tendré que volver sobre mis pasos al seno de mis amigos para maquinara, masticando la bronca, una nueva opción que me permita tenerte enfrente. Pero seguramente todo va a salir mal, quizás ya no vuelvas al baño, quizás yo no sepa como creía leer tus ojos y todo esto fue un engaño de mi cabeza agravado por la gran cantidad de alcohol que me corre en las venas, quizás alguno de tu grupo ya no se sienta a gusto en el bar y empiece a agitar la idea (terrible para mí) de ir a otro lugar, de sencillamente dejar los vasos sobre la mesa, abrir la puerta y perderte una vez más hasta quién sabe cuándo; o quizás me hagas otro gesto pequeño y salgas a la vereda como quien sale a tomar aire, pero no, tu junta está muy cerca de la puerta y sería una estupidez, nos verían sin hacer esfuerzo, quedaríamos muy expuestos. Tal vez, no me quede otra más que encararte directamente, sí, ir derecho adonde tus ojos me llaman, romper la barrera que tu círculo forma y decir tu nombre, pedirte vengas a hablar un segundo conmigo afuera. Mientras pienso todo esto mis pies se van moviendo, van adelantando pasos a tu encuentro y tu gesto se vuelve más terrible, como si desearas cualquier cosa menos esto que estoy haciendo. grupo de manos me toman los hombros, el cuello y la espalda; mis amigos adivinaron todo y ya me traen de vuelta a su calor, se ríen de mí, se burlan y yo pienso que no hay salida, que lo mejor sería largarme a llorar y listo, pero alguien alcanza un vaso de cerveza, lo tomo de un solo trago y la cabeza se aclara. ¿Qué pretendía hacer? ¿Me estaba volviendo loco? ¿Tan borracho estoy? Mejor me voy al baño, me lavo la cara, me tranquilizo un poco, miro otras minas, participo de la conversación de mis amigos y me saco esta idea de la cabeza.

Pero al salir del baño me estabas esperando como una nena obediente, te acercaste, me besaste en la boca y me dijiste: me cambié de casa, tenés que ir por la avenida Alvear hasta la calle seis, doblar a la derecha, hacer exactamente dos cuadras y en la esquina ochava está mi puerta, cuando quieras, te voy a esperar, no me falles. Y te fuiste sin darme tiempo a una respuesta. Tu novio jamás sospechó nada de todo esto. Yo no sé cuánto tiempo seguí parado ahí entre la gente que me chocaba para entrar al baño. Cuando pude pensar en algo ya estaba de nuevo recostado por la pared tomando otra cerveza. De repente levanté la mirada y lo único que alcancé a ver fue el perfil de tu cuerpo arrastrado por la mano de tu novio hacia la vereda, saliendo del bar. Fue como si una tonelada de plomo cayera sobre mí. Y les empecé a contar a los otros lo sucedido, algunos se me reían, otros no lo podían creer. Yo, ni bien terminé el relato, apoyé el vaso sobre la barra y me fui sin saludar, decidido a alcanzarte, a robarte de la mano de ése que se hacía tu dueño.

Apenas a media cuadra estaba la esquina; fueron veinte pasos los que me sirvieron para darme cuenta de lo borracho que estaba, y la que quizás era la única voz lúcida que me quedaba me decía que no te buscara, que ya había ganado algo esa noche. ¿Ganar qué?! No tenía ningún premio entre las manos, no me interesaba recibir nada. Lo único que me enfermaba en ese momento era la imagen del otro llevándote como si le pertenecieras.

¿Y él qué sabe de vos? En realidad mucho, era tu novio de toda la vida. Pero yo te había amado mejor, yo te había dicho mejores cosas, yo te había hecho feliz pocas pero varias veces en los últimos años. Perder o ganar como si esto fuera una competencia. ¡Y claro que quiero ganar! ¡Perder o ganar, y yo caminando solo y él besándote en el cuello, tomándote de la mano, haciendo bromas inteligentes y todos se ríen! ¡Claro que se ríen! ¡Si el único tarado soy yo!

No tenía la más mínima idea de dónde estaba, tan concentrado venía en mis pensamientos que no presté atención hacia dónde iba. Ahora les perdí el rastro, pero no se habrán ido a dormir, la madrugada recién empieza y ellos no están lo suficientemente drogados todavía como para rendirse a la tentación de un plácido sueño.

Sabía con toda seguridad a qué bar iban a ir, el Dandy era donde pertenecían; pero algo no me cerraba, ese bar quedaba muy lejos. Entre éste y aquél había por lo menos cinco bares más de camino. Podría arriesgarme y tomar un taxi para llegar antes que ellos al Dandy y esperar, no sé para qué, a que llegaran.

Pero qué pasaba si de pasada les gustaba más el ambiente de otro bar y decidían quedarse a tomar ahí. ¿Yo me quedaría toda la noche esperando a que entraran en el Dandy? Va a ser mejor que haga lo que supongo que ellos harían: pasar por todos y cada uno de los bares que hay de camino. Y así lo hice, pasé por La Colmena, John R., Gabo y Pupé, La Maga, Rusty. En todos sentí la obligación de entrar, ¿qué sentido tenía si no todo esto? Y una vez dentro, el lógico comportamiento sería encontrar algún conocido que los haya podido ver entrar y salir, o comprarme una cerveza y esperar unos cinco minutos deseando que entren o se descubran entre la gente.

El fracaso fue rotundo en el primero de los bares, me dije que mi plan se destacaba por la falta de astucia; aparentemente ya no podía pensar de una manera clara a causa de tanta cerveza.

Aprovechando esta excusa fui al segundo bar obteniendo idénticos resultados; lo mismo en tercero, en el cuarto y en el quinto. Cuando desde la esquina divisé el Dandy ya no me podía mantener en pie. Mi presencia era humillante, estaba demasiado borracho y ya sin plata. Así que resolví ir esa misma noche a tu casa, dándome cuenta, a pesar del mareo, de la borrosa visión, de que por las indicaciones, por las coordenadas que me habías dado, el barrio era bastante peligroso y no convenía entrar a esa hora en que los chorros están sentados esperando apaciblemente su víctima. se rió divertida y me dijo que la esperara.

Pero la decisión ya estaba tomada: era ahora o nunca. Mientras caminaba crecían en mí distintos tipos de preocupaciones. La primera y más terrible: ¿qué iba a decirte una vez que te tuviera enfrente? ¿Vivías sola? ¿Estarías con tu novio? ¿Qué íbamos a hacer una vez juntos? ¿Cómo dar comienzo a los besos y al sexo? Crucé sin dificultades las esquinas que parecían más peligrosas con sus infaltables quioscos y sus asiduos vagos tirados en la vereda tomando una cerveza, exentos de responsabilidades.

Al llegar a tu casa otra vez se presentó el escalofrío en la espalda, la sospecha de que algo monstruoso o terrible iba a suceder, me pareció percibir el tan mentado olor a azufre, y no sólo eso: “sentí” que no estaba solo. Golpeé con decisión. Desde adentro me respondieron que ya va. Habré esperado uno o dos minutos y apareció tu hermana en toalla con el pelo mojado, claramente recién salida de la ducha. Me estudió de arriba a abajo como si una tentación acabara de golpearle la puerta. Por supuesto, ella no era de mi interés; al saber que no estabas pedí tu teléfono, A los pocos minutos me alcanzó, apenas entreabriendo la puerta, un papelito con tu número, valioso número que nunca me serviría para nada. Me alejé triste, con la certeza de que pasaría mucho tiempo hasta que yo me animara a revivir la travesía de buscarte en tu domicilio.

Pronto estuve caminando sobre desiertos rojos, sufriendo dolores indecibles, torturas psicológicas que incluían voces hablándome desde alguna oscuridad incierta, teniendo siempre la sensación de que detrás de mí venía alguien siguiéndome. De repente caí en la cuenta de que conocía la zona, que ya había dado pasos sobre estas veredas, que ese olor en el aire, que esos ladridos a lo lejos, que la noche lúgubre; sin vacilar desvíe mi camino y enfilé a tu casa. Grave error, pensé al darme cuenta de que el horario era el mismo y que coincidía el día de semana con la primera visita. Otra vez los mismos peligros, me dije, y posiblemente el mismo resultado, que es lo más grave, pero

una vez más caminé decidido, crucé los quioscos, ignoré las provocaciones de los vagos cerveceros y golpeé la puerta de tu casa. El mismo “ya va” respondió desde adentro. Otra vez el escalofrío, otra vez, tu hermana en toalla y con el pelo mojado, con una deliciosa actitud de entrega me sonrió de una manera distinta, como reconociendo que yo era el chico de los mensajes (¿?) y con la dulzura propia de las adolescentes que saben lo que vale su cuerpo y su sonrisa me dijo “hola”. Los nervios no me permitieron hablar, ella abrió la puerta agrandando los ojos y levantando las cejas en una clara invitación a que pasara.

Yo murmuré algo que era imposible de entender y entré con pasos inseguros. Mecánicamente, con confianza, como si conociera la casa, me dirigí al sillón. Me senté y tomándome las rodillas en clara señal de incomodidad levanté la vista y encontré otra vez esa sonrisa divertida, depravada; y sus manitos finas y blancas, frágiles, desataron el precario nudo de la toalla.

La desnudez de su cuerpo perfecto me hizo temblar.

Se acercó con pasos sensuales que imitaban a las turras de los cabarets y se sentó encima de mí uniendo de manera salvaje su boca a mi beso. La erección se levantó solemne y patriota (¿?); rápidamente como en una lucha nuestras manos destrabaron el cinto bajándome en coordinada armonía el pantalón a la altura de las rodillas, y se produjo en medio de miradas lunáticas y susurros delirantes la húmeda penetración. Sonreía como si estuviese loca, se movía como si de verdad pretendiera que todo mi cuerpo entrara con violencia por el oscuro túnel de sus piernas; de a momentos con las uñas me rasguñaba la espalda y me tomaba del pelo obligándome a mirarla, a ver su mirada ida, su sonrisa enferma.

Habremos volado en éxtasis unos diez minutos, en que imágenes de abismos y dragones o monstruos inundaban mis ojos de un dolor indescriptible y obligaban a mi boca a callar un grito de rabia contenido desde hacía mucho tiempo; de repente espontáneas alucinaciones me transportaban a sueños olvidados,

a pesadillas recurrentes, a dolores desconocidos, a paisajes peligrosos que haciéndose y deshaciéndose como una llama me devolvían en un vómito a la realidad donde ella cabalgaba frenéticamente mi sexo y una incierta fiebre me hacía transpirar.

Cuando toda la tensión abandonó mi cuerpo la tomé por las costillas y la arrojé a un costado. Me vestí con velocidad y la miré extrañado. Sobre la superficie de sus párpados cerrados los ojos se movían turbulentos, excitados, perdidos en un abominable mundo siniestro donde algo la atacaba o le infundía temor.

En el sexo, parte de su mundo o de su pesadilla me había sido revelado, y yo no podía más que observarla helado, lleno de una extraña sensación de miedo, mientras ella tirada de costado en el sillón se movía lenta y estructurada y se perdía como en un sueño murmurando algo sin sentido, recorriéndose el cuerpo todavía con las manos.

Fue como si de repente me despertara de un segundo que duró diez o veinte; tomé conciencia de que había participado de una ceremonia extraordinaria. Sin comprender por qué, salí corriendo y en la esquina un vago me tiró un manotazo que alcanzó a acertarme en el hombro, pero no lo sentí en ese momento; corría sin darme cuenta, pensando que en todo lo sucedido había algo de diabólico, algo tan maléfico e inmoral que era demasiado grande para mí, para mi pobre entendimiento.

Sin embargo a la otra cuadra detuve mi marcha. Sin recapacitar volví sobre mis pasos, inconsciente y exaltado; pasé como si fuera una luz la amenaza de aquellos chorros y enseguida me encontré de pie frente a tu puerta. Llamé con dos golpes impacientes viendo cómo uno de los vagos se acercaba. Repetí el llamado, nadie contestaba y él se acercaba cada vez más. Llamé otra vez, el chorro estaba casi por agarrarme del cuello mientras yo, petrificado, no podía atinar a nada. Se abrió la puerta y un hilo de luz fue engordando hasta iluminarme medio cuerpo.

El caco, en una jugada astuta, taimada, siguió de largo, pero solamente unos pasos, y se detuvo a no más de tres metros de mi persona, detrás de un poste de luz. Yo no supe qué decir al verte todavía alucinada y poseída, entonces quedé en silencio, y vos como comprendiendo todo ibas cerrando la puerta mirándome fijo a los ojos, sonriendo lunática. La negra oscuridad devoró la esquina. En vano intenté avanzar unos pasos hacia la avenida. Atacándome por la espalda, el maldito chorro cruzó un brazo sobre mi cuello y apuntándome a la altura del hígado exigíó que le entregara todo lo que tenía.

Valientemente, por única vez en mi vida, lo miré a los ojos y le dije: "Así que vos sos el estúpido que me va a dar muerte" y él, de puro guapo nomás, disparó en mi vientre.

Desperté agitado, sobresaltado. Una boca negra se había comido mi pieza entera y al parecer yo estaba atravesando ahora su garganta oscura y muda, helada como la madrugada. No podía entender qué hacía yo ahí, ni qué estaba pasando. Un golpe de plomo derribó mi sensatez, caí doblado e inconsciente sobre las sábanas que se hacían de agua blanda, de imposable cielo celeste. Estaba en un desierto. La tierra roja y el horizonte despejado me daban esa idea: esto es un desierto. Caminé durante horas en cualquier dirección, hacia todos lados, no había nada. Estaba abandonado, perdido. Deliraba con el sueño pesadilla, recordaba colectivos atravesando a toda velocidad una avenida y yo desde el suelo, molido a golpes, le hacía señas levantando la mano, pero miraba con atención mis manos y veía los dedos moverse lentamente siniestros, tenebrosos, malditos, acariciando a la hermana de Mónica, su cuerpo serpiente, su mirada alucinada, su invitación diabólica, su veneno sabroso e infame; al costado, los ojos furiosos de una novia me odiaban profundamente; yo pedía perdón, lloraba hasta perder la conciencia, y una vez más me desmayaba, mi cuerpo horizontal se mecía al ritmo del suave succionar de las arenas movedizas, caía otra vez en mi propio infierno,

una moza me insultaba, un diablo se reía, de mis ojos salían lágrimas de sangre que empapaban mi cara, mi almohada, mi cama entera, todo rebalsaba de espeso líquido rojo, todo se transformaba en una inmensa piscina de sangre, y yo no intentaba salvarme, me dejaba ahogar, me dejaba flotar, hundir, traer, sacudir en el torbellino de locura. De repente tanteé la mano de la muerte: la reconocí por su frialdad, por su impavidez, por su rigidez eterna, por el halo oscuro, por la cara sin figura, por el inmortal aliento.

No quise separarme de ella. No quise alejarme de su pecho cadavérico.

Dormí en el lado oscuro del fracaso, tristemente acurrucado entre los secretos inmundos de un éxito arbitrario. Sentí pena, y sentí placer en esa pena; mis lágrimas calientes, esos ojos alucinados, la borrachera causante de tanto desastre y un dolor de cabeza terrible. Desperté otra vez sereno, pálido, desconocido, ignorado por la muerte.

Y el barrio es el mismo. Pensar que sobre estas mismas verdades... que pisando las mismas huellas; siempre asociar la nostalgia con el pasado falsamente ingrato, con el futuro inciertamente infeliz, desdichado.

A esta altura hasta la excusa más barata alcanza para comprar otro vino, cualquier cosa justifica emborracharse, el hecho de encontrarse encerrado como una rata por dos grandes y ciertas murallas: el sueño, el idilio; y la verdad, la obligación, "la vida". ¡Ay Dios mío!

¿En qué momento retrocedí, cuándo empecé a hundirme? Ando aplastado y pisoteado por una gama gigante de sensaciones recurrentes, manoseado por desgracias inventadas, asustado por fantasmas reales pero inofensivos.

Fumo entonces, sueño entonces, soy entonces. Y todo pasa. Todo pasa allá abajo hundiendo el pavimento, ajeno al aire del primer piso, desconociendo mi pasado, ignorando el ayer. Y mañana será más vino o será más silencio, o con un poco de suerte será sábado. O domingo.

Pero el amor nunca deja de ser tinto, se niega a envejecer como si fuera un tango, reclama a cada paso de gigante, en su eco de montaña, la tarea de no olvidar su destino. Crea incesantemente como la araña su tela una excusa válida y joven que ruega por un poco más de oxígeno, por una tregua, por una ayuda económica, por un sueño tranquilo, por un alivio de deudas. Y la tristeza es moneda y es ropa, es ayuno y es almuerzo. La tristeza es comida en mi plato, es alimento para los enfermeros que no descansan en su tarea técnica y médica que los obliga a darle marcha a mi corazón. No soy más que una consecuencia, que una experiencia macabra, que un chiste sin gracia.

En un sueño me di vuelta. En un sueño quise ser otra cosa. Por suerte o por desgracia no pude ver el final de aquello que íntimamente aparenté ser. Pero no era yo. Ni era otra persona. Aquella ilusión mía, o de mí debería decir, no se parecía en nada a mi alma. Era un hombre de traje; o sin tantos detalles, debería decir que era un hombre ambicioso, infectado de ambición material. Que más allá de su nariz buscaba la altura de una oficina bonita y costosa en un piso veinticinco, torre de Babel que quiere llegar al cielo.

Qué insulsos somos a veces, a qué nivel de ignorancia nos transporta la ceguera obsesiva de una codicia, de un anhelo materialmente ostentoso. . ¿Y compitiendo contra quién? ¿Para ganar qué cosa? No es un problema religioso, es un problema espiritual, es una rajadura en el pecho, un agujero de cañón en la escala de principios, es que el espacio que deberían ocupar la poesía o los sueños está simplemente vacío; es el entrepiso donde se guardan cosas no sin valor pero sí sin una utilidad valiosa o de importante urgencia. Entonces se acumulan y juntan tierra sentimientos aparentemente antiguos, aparentemente en desuso, como si fueran libros aburridos, “pasados de época”. Pero nada pienso solucionar diciendo este tipo de cosas. Cuento mi experiencia personal, mis propios sentimientos. Así amaneció un lunes soleado.

Me esperaba como única ocupación en la otra cuadra un paseo por los parques de la ciudad, donde la vereda me espera sin ningún reproche, muda de quejas, ciega por no querer ver las personas horribles que la recorren, sorda y bruta por elección, para no adivinar, para no descubrir esos pasos progresistas que empujan el futuro al vacío infinito de un abismo que da lo mismo que se presente a media cuadra o en la esquina. Y sin embargo el mañana es promesa y la promesa es una mentira en potencia. Lo único que pude recordar, confuso, como un sueño, debo decir, fue aquella obligación de buscarte, aquella necesidad poética de encontrarte, aquel impulso platónico, esa inercia insensata, ese paso innecesario que me empujaba y me hacía caer de pecho sobre otra ilusión amorosa, sobre otra esperanza de esa cosa mutante e inquieta que denominamos *amor*.

Y creía que la luz era tu nombre. Y pensaba que todo el sufrimiento al fin se justificaría. Manoteando en las tinieblas, entreviendo un incierto halo de luz, quería yo adivinar, descubrir una esperanza. Quería recapacitar y convencerme de que no todo esto era un sueño, que tu nombre era tan verdadero como lo imaginaba, que esa fantasía eras vos.

Ese miedo de que el destino venga a cobrar las faltas anteriores, esa voz que no calla nunca en la conciencia del que se cree de alguna manera virtuoso en sus pensamientos, del que se deja seducir por los errores que en sensualidad maléfica se acercan con pasos lentos y femeninos y uno espera sentado en el borde de la cama que el show comience, que el pecado se encarne y lo bese con labios impuros, que alimente la miserable necesidad con besos pagados, con poses actuadas y gemidos falsos y rutinarios.

Entonces qué poco importa en ese momento que no haya belleza sobre las cosas que nos rodean, qué lejos quedan aquellos sueños de pureza y vida justa, qué débiles terminamos siendo cuando al consumir un par de cervezas se despierta inquieta la certeza de la facilidad con que uno accede a las tentaciones, a las bajezas.

Y todo está tan al alcance de la mano; y la mano, mustia y podrida, toma las prohibiciones como si fuera a acunar a un recién nacido, como si quisiera darle protección y abrigo, como si no nos molestara entrar por la puerta grande al infierno. Y pasé varias horas en el cabaret.

Naturalmente, en ese momento cerramos las puertas a ciertas voces, subimos al tren con destino más lejano a nuestra conciencia, quemamos los últimos rastros de decencia que guardaba nuestra esencia de caballeros para convertirnos en un hombre más, en otro mentiroso, en otro perverso. ¿Acaso qué virtud perseguíamos?

¿Cuál era la buena fe que defendíamos? Ah, ya no somos lo mismo, ni volveremos a serlo. Emprendimos la misma senda que todos y nos mezclaremos en las colas de los cines, del banco y demás cosas sabiendo, con pena, que pudimos mantenernos puros y límpidos y que ya no tenemos posibilidad de volver a serlo.

Al otro día y con los primeros rayos de luz viene la culpa a señalarnos, a acusarnos con toda justicia de nuestra falta cometida. Deberemos pagar el precio, nos dice una voz. ¿Pagar qué? ¿A quién? Si lo único que buscábamos era la mentira, lo único que queríamos era encontrar una boca indecente que pida que la llame con tu nombre, desahogar una necesidad de amar falsamente a un cuerpo equivocado que se deja llamar con tu nombre. La necesidad se ha mostrado satisfecha, sólo queda seguir con los movimientos, cumplir con la rutina y guardar en un rincón secreto los recuerdos de una noche de lujuria vivida en el más barato cabaret.

Pasé tres días y tres noches en el más absoluto silencio, hundido en la profundidad del arrepentimiento y la vergüenza. Vacilando sobre mis pasos a cada momento en la calle, temiendo que cualquier par de ojos me reconocieran y descubrieran mi falta a viva voz y la dejaran a la intemperie, sin protección ante la acusación severa de la comunidad, de la opinión pública que respira caliente en las veredas.

Sin embargo la escandalosa aventura me había gustado. Decimos *escandalosa* refiriéndonos al resultado de las reflexiones que nos hemos enterado que vibraron en mi alma, en mi conciencia, en mi extraño espíritu. Continué el tránsito de los días posteriores como perdido en mi interior, tratando de acomodar las ideas que se me salían disparadas hacia cualquier lugar.

No lograba hacer fuerte ningún pensamiento a falta de encontrar una luz que guiara el camino que mis ideas debían seguir, y el levantarse y continuar con la rutina era un ejercicio mecánico que me facilitaba alejarme de aquella noche, casi como huyendo pero sin apuro, como perdiéndose mi silueta en el horizonte oscuro, y yo dando pasos suaves, tratando de no levantar sospechas. Pronto me sentí más tranquilo conmigo mismo. Retomé, como quien recuerda algo hacía ya tiempo olvidado, el gusto por la comida, la debilidad por la buena bebida. Respondí al llamado de algunos amigos y participé de cenas alegres, de reencuentros imprevistos con compañeros de antiguos trabajos, etc. Lo que quiero decir es que olvidé por completo la existencia de aquella chica y la asistencia al club inmoral que para siempre había manchado mi reputación. Con respecto al trabajo, todos esos días me había presentado puntualmente (como siempre) y me había dejado llevar por los cables que me enredaban en trámites de rutina, un poco absurdos y aburridos, sintiéndolos (como siempre) ajenos a mi existencia. Pero una tarde desperté de aquel sueño borroso y caí en la cuenta del día de la semana en que me encontraba: era jueves y eran las seis de la tarde. Una fiebre repentina me hizo brotar de los poros gordas gotas de sudor; un poco asustado entrecerré los ojos para afinar la vista y hacer más clara la búsqueda del recuerdo. Estuve parado entre la gente con cara de estúpido con los ojos volados y clavados en el horizonte como si pretendiera descubrir el final del cielo y recordé el dato proporcionado por mi amigo: al día siguiente Celeste estaría corriendo por el bulevar. Era la oportunidad de acercarme. Lo primero que debía hacer era trazar un plan.

Para esto era necesario tomar conocimiento preciso del lugar en donde se iba a producir el encuentro.

El bulevar tenía una extensión de más o menos tres kilómetros; en realidad era mucho más largo pero quiero decir que esa parte era la utilizada por aquellos aeróbicos ciudadanos.

Debería recorrer esos tres kilómetros para calcular cuál sería el mejor punto para dar lugar al encuentro, teniendo en cuenta algunos factores, como por ejemplo: si era mejor abordarla al principio, cuando ella comenzara a trotar liviana y fresca; si era mejor cruzarla a mitad de camino o en el final, o a la vuelta; si era mejor largarme también a correr desde el mismo punto de partida a la misma hora; si quizás convendría darle al encuentro un aspecto más casual y encontrarnos recién sobre el final mientras estiraba los músculos; o acaso cruzarnos en el medio, yo volviendo y ella yendo hacia el final; cuál era acaso el mejor paisaje para darle un fondo apropiado al cruce “fortuito”. Todas estas inquietudes las maquinaba en mi interior mientras caminaba por el bulevar, un poco ridículo por no llevar puesta la ropa que exige la circunstancia. Digámoslo, quedaba ridículo caminando de pantalón y camisa entre todos los deportistas. Pero no parecía estar anoticiado de tal falta. Seguí caminando concentrado en la importancia de los detalles del plan que llevaría a cabo. Al terminar el recorrido me encontré con el primer imprevisto: estaba fuera de estado, me había llevado casi dos horas recorrer el lugar y ya no tenía aliento ni para decir mi nombre. Lo cual sugería que la conversación debería darse al principio. Me senté en unos de los banquitos más próximos a mi figura y traté de retomar la calma, de respirar con normalidad.

Cerca de veinte minutos después, en los que no pude tejer un solo pensamiento, me levanté y encaré hacia mi departamento. Al fin tirado en la cama, pude descansar de buena gana y dediqué las horas a repasar las imágenes del bulevar. Estuve recostado hasta las once de la noche, hora fatal en que el estómago reclamaba alimento. Sin ducharme me cambié de pantalón y camisa y fui a paso firme al bar de abajo.

Capítulo II

Le llaman el Poeta Loco

Me llaman el Poeta Loco. En ciertos círculos resuelvo malestares sentimentales. Sobre mi pecho vomitan aquellas personas, en un acto bondadoso, sus más íntimos secretos amorosos, sus temores infundados y sus plegarias que quieren resolver un desentendido, alguna macana importante.

La cita casi siempre se da de una manera imprevista, entrados en la madrugada de una noche cualquiera, acompañado el momento por un güisqui fino y caro o en todo caso por un vino barato o por una marca repetida de cerveza. Digo que, mesa de por medio, mi compañero muestra su corazón abierto como quien revela sus cartas, como el jugador que no es el que ya palpita una agonía sino el que muere sin aliento sobre la mesa con sus últimas fichas, su última plata. Ya no habrá más veranos, pensamos los dos. Ya no tendremos de aquellos besos, nos sinceramos. Se amalgaman de tal manera la pena de uno y los recuerdos del otro que quien pasara en ese momento al lado de la mesa no sabría adivinar quién es el dejado y quién es el espectador de la pena del otro. De manera que tanto se confunden, y se funden, el alcohol y la tristeza en mi compañero y en mi corazón, que no sabría decir si en realidad lo estoy aconsejando o me estoy confesando en busca del perdón deseado, de la redención anhelada, del deseo de poder dormir tranquilo, en paz. Estaré pensando en voz alta, estaré hablándole a ella, a la otra, a la antigua, a la de recién, a la que me espera; estaré hablándole a todas juntas sin ponerles un solo nombre, a las del pasado y a las del futuro; y mi compañero, pensando que mi oración intenta brindarle consuelo o tranquilidad, me escucha atento, asintiendo cada frase, pagando la próxima ronda, convidando gentilmente un cigarrillo y, finalmente, dejándome feliz para poder ir a dormir impaciente, deseando que ya amanezca en el horizonte el día de las oportunidades, el día de la redención.

Vendrá el bendito, bajará sobre esta mesa, hará a un lado el vaso de güisqui, apagará con asco los cigarrillos para llevarme de la mano al otro lado de la puerta negra, donde la vida lleva

otro nombre, y el olvido, y el pesar, y la angustia, e incluso el recuerdo ya no son más que un grano de arena en el desierto, apenas la sombra de un cráter en la luna.

En ese lado, en aquella tierra de otro planeta, estos dolores serán billetes vencidos, plata que no vale; y me refiero al fuego y quiero mirar las cenizas, y no quiero ser ni humo ni viento, quiero ser mil veces golondrina para escapar del frío, para alcanzar el calor; quiero ser cuántas cosas, vaya uno a saber, pero todo se reduce al vaso cargado, al llanto sostenido, a recurrir siempre a la misma canción: un tango maldito, un amor inolvidable, un impulso inconcluso y fallido, un beso no recibido, un recuerdo doloroso y triste, un futuro imposible. Sin embargo nada es tan verdaderamente triste y sí, todo es tan terriblemente melancólico. Hasta mi tristeza me aburre. Actúo entonces de una manera irracional, reviso viejos poemas, me regocijo en una conformidad plana y mediocre, me creo el milagro de la naturaleza, la luz del tren en el túnel, la voz que dirige la marcha en la protesta; pienso que soy la respuesta, creo ser el claro en la tormenta, la suave marea que empuja el mar embriagado de movimiento contra la tierra, la fuerza incontenible que revienta las olas contra el continente entero. Me refiero a que la inercia habitual y cruel me arrastra por los escalones que descienden al mismo infierno de siempre. El de atrás de la barra me saluda con un tono familiar, sostiene como por rutina entre sus labios un cigarrillo recién encendido, y dice en voz alta, como anunciando y como saludándome: "Ahí llegó el Poeta, el Poeta Loco está entre nosotros".

Y los amigos se acercan, y la botella vuelca su mensaje de amarillo líquido hasta llenar el vaso, y de inmediato se enciende el primer brindis: "¡Por las cosas perdidas!" dice el borracho, por las cosas perdidas respondo yo como rezando en voz baja, y acerco a mis labios el tibio calor de la bebida, la promesa golondrina, el mensaje anónimo e insensato, y pienso que otro poema se está escribiendo en el bar de al lado, quizás; quizás alguien desde otro desamparo lo hace pensando en los ojos de esa chica.

Quizás, ésta no sea verdaderamente la avenida principal de la vida, pero sin duda es la autopista que lleva a la perdición. Moriré de pie, abrazado a mis hermanos, penando, sufriendo, tomando.

Mientras tanto espero la visita del hijo del creador, intento pronósticos amorosos, deliro hasta que se me cierran los ojos, sueño con fuerza y despierto con dolores de cabeza, muero tres veces por día y resucito cada noche como si mi obligación fuese de estrella, como si yo perteneciese al firmamento y no a la tierra. Pero al nacer el día, cuando callan las risas nocturnas, cuando los abrazos son de despedida, cuando las voces son muebles fantasmas en mi cabeza, retrocedo con temor frente al sol, temiendo la amenaza de la primera luz, temblando frente al rayo del primer lunes de la semana que me acusa y me señala como si mi vida fuese una vergüenza, como si su brillante reflejo fuese una venganza. Entonces recurro a la imaginación y me abrigo con mantos fantásticos, y ahí en la oscuridad, en el rincón vacío, pienso que yo, que a mí, que a este cuerpo que arrastro, le está prohibido en esas horas llorar. Es lamentable pero no se acerca a lo patético. En un remolino de frases, en un torbellino de palabras, en un mareo de ideas, giro enloquecido como el sol, en algún momento muero como la noche, me marchito como una rosa, me tomo en el güisqui, confundo y mezclo el mensaje y el paisaje, corto con hielo o con limón el efecto fuerte y amargo de la verdad. Me llaman en ciertos círculos el Poeta Loco, busco mensajes en las botellas, soy duende en la noche, tengo alergia al amanecer, ando juntando colores de las veredas, mendigo besos y exijo como propina amor verdadero; soy, en fin el vidrio frío que forma el vaso, el humo sin calor del cigarrillo, el beso sin gracia. Pero siempre amanezco de esta manera, y siempre soy así, siempre soy yo.

Capítulo III

Dos amigos

En el bar inmundo, siniestro, pero sin embargo felizmente cargado de calor humano, distinguí entre las últimas mesas el rostro del Poeta Loco, que al verme hundió su cara en la mano, levantó la vista una vez más y adivinando, gloriosa virtud de él, mi angustia, me invitó a compartir la mesa con un gesto apenas perceptible. No pude menos que sentirme agradecido. Me ofreció de su güisqui. Tenía ya la botella por la mitad, clara señal que estaría con ganas de hablar.

—La tarde fue una cagada —dije como para romper el hielo.

—Hace siete días que no veo una sola tarde. ¿Sigue siendo tan lenta como siempre?

—Y para completar después le sigue la noche —susurré con un poco de vergüenza. Al Poeta le tembló la boca.

—Si nuestras palabras fueran piezas de ajedrez, estaría en jaque. Ya no puedo hacer nada para lavar esta conversación y empezar de nuevo.

Siguió un silencio largo en nuestra mesa. Alrededor las risas, las luces tenues, el humo de los cigarrillos acaparando todo siempre con esa actitud amenazadora y tenebrosa. De a momentos parecía que el poeta se adormecía y se iba durmiendo lentamente, y por ahí le temblaba la quijada como si una lágrima ansiosa de escapar estuviese siendo contenida con fuerza por su alma, pero pronto se recomponía y bebía un trago largo de su vaso.

—A mí también se me escapó un amor —dijo finalmente— pero no recuerdo cuál era. Supongo, y sin que te ofendas, que tu compañía responde perfectamente a mi inconsciente pregunta. Se me escaparon todos. Andrea me ha amado tanto como la flaca de Paula. Cintia nunca se enteró de lo que sentí por ella. Ésos son los peores, en algún momento son los peores. Pero incluso es más grave todavía, al menos en mi caso, con aquellas mujeres que llevan por nombre el de Valeria. He conocido pocas de ellas, pero las amé intensamente, son las mejores.

He perdido años, agravaron ellas mi acidez, les debo cada una de las más profundas heridas sin cicatrizar que laten al ritmo murguero de mi corazón. Fueron tres Valerias y ninguna se atrevió a darme un sí. Por ellas me arrodillé sobre los vidrios de la humillación. A ellas les quise escribir mis mejores versos. Y sin embargo no fue así. La vida es una rueda siniestra. A veces nos toca estar arriba, a veces miramos desde abajo. Hace dos años logré olvidar a la última Valeria; mi vida siguió como siempre, sin grandes pretensiones y sin grandes expectativas, con las mismas fáciles y previsibles desilusiones. Pero una palabra en guaraní vino a grabarse, no sé por qué, en mi mente, hace unos tres meses. Esta palabra es omanó. Antes de dormir la voz que me habla me susurraba al oído: omanó. Nada más. Simplemente eso. Yo en ese momento no sabía qué significaba. La relacionaba sí con el guaraní, me traía débiles recuerdos de la infancia, algún albañil que mientras construía la parrilla del patio de casa me hablaba en esa lengua e intentaba enseñármela, y a fuerza de repetir siempre lo mismo terminé por aprender algunas saluciones, algunas malas palabras. Pero estoy seguro de que esta palabra no me la había enseñado nadie. No sabía su significado, sin embargo intuía que algo grave vaticinaba, que no era una palabra buena. Descubrir su significado no requería de mucho esfuerzo. Pero era más seductor, por decirlo de alguna manera, mantener el misterio. Aguardar pacientemente el momento ése en el que el destino y el destinatario se encuentran. Mientras tanto en vano intenté no prestarle atención.

La sola palabra se pronunciaba más grave y más cercana a mi cabeza, y cada día de una manera más frecuente. Pronto la escuché mientras me bañaba. Después en mis paseos. Después al despertar. Después durante el almuerzo. A las pocas semanas escuchaba esa sola palabra cinco veces por día. El suspenso me estaba consumiendo. No podía escribir, no podía leer. Andaba intranquilo, nervioso. Ya precisaba duplicar el recorrido de mis paseos para cansarme del todo y volver apenas a mi cama y antes de caer rendido al sueño la maldita me repetía: *omanó*.

Un día, hace un par de semanas, observando los libros de mi biblioteca me llamó profundamente la atención uno de Roa Bastos; hojeándolo, uno de sus cuentos me hizo un guiño singular, me dio una señal imposible de ignorar. Estaba yo leyendo los títulos de los cuentos cuando mi mirada recorrió “El viejo señor Obispo”. Algo me turbó el alma: en la calle no pasaban autos, en los departamentos vecinos no se escucharon ruidos ni sonido alguno, abajo, en la vereda, nadie pasó caminando, no pude distinguir un solo murmullo por un fragmento de cinco segundos. El silencio, lo sabemos, es peor que el ruido, y aquel silencio me alarmó. Y el miedo es mudo, y yo parado en el medio de la habitación, yo, no pude decir nada. La muerte tiene voz de descanso, rellena el espacio su respiración lenta como un aire de pasillo. Supe que *omano* significa se *murió*. ¿Se murió quién? ¿A quién viene a buscar esa mano cadavérica? ¿Por qué me lo revela a mí? Era natural pensar que un conocido, que un ser amado y cercano tenía contadas las horas. ¿Pero quién? Siete días más estuve preocupado y tentado por averiguar el paradero de algunas mujeres, de algunos amores. Pero a nada me animé. El destino debía encontrarme, y yo, esperarlo. Hace siete días murió la primera Valeria que amé.

Me enteré por los diarios, después (¡fantástica casualidad!) se cruzaron en mi camino personas que también la conocieron y corroboraron aquel dato. Una enfermedad, la falta de recursos económicos para combatirla, y el adiós eterno. No pude de ninguna manera sentirme culpable. Yo no tuve nada que ver. Pero tampoco evité el duelo. Anduve injustificadamente herido y sufriendo por otros lugares. Bares, cabarets, prostitutas. Recién hoy tuve el valor para venir a este bar de siempre a sentarme como si nada hubiese ocurrido. Y al llegar, después de los saludos pertinentes me incliné sobre el diario de la barra, la sección fúnebre me ha anunciado que mi segunda Valeria ha muerto ayer en un accidente trágico. Una moto cruzó el semáforo en rojo, ella iba mirando sus hermosos zapatos nuevos. Fin de la historia.

— ...

—Lo que inevitablemente me chista, una especie de sexto sentido, es la reacción impulsiva de salir a buscar a mi tercera Valeria. ¡Pero dónde la encuentro! ¡Qué le digo! Todo esto es un juego macabro, y simpático de alguna manera. Nosotros somos los alfiles. De repente venís vos y me decís que después sigue la noche. ¡Jaque mate! ¡Hay un mensaje! Hay un mensaje... ¿Hay un mensaje?

El Poeta estaba turbado, su frente arrugándose a cada momento y un gesto de profundo dolor le vidriaban los ojos, cada movimiento extraño e involuntario de sus brazos tratando de cubrir el rostro delataba la caravana de recuerdos que desfilaban en ese momento por su corazón, por su mismo pecho. Yo era un espectador. ¿Cómo ayudarlo? Hay una sola manera de colaborar con él en esos momentos: pagando otro güisqui y alentando la idea de hacer una visita al cabaret.

—Yo no seré un sabio —le dije transpirando un poco— pero la nostalgia da sed, la angustia tiene una farmacia que brinda medicina las veinticuatro horas, Poeta. Hundámonos en el alcohol hasta ver transparente la botella, necesito el empujón de este líquido para llevar a cabo una visita poco usual. Al cabaret no se puede entrar sobrio.

El Poeta soltó una carcajada e incitó a un brindis para festejar la ocurrencia. Los vasos chocaron salpicando güisqui sobre nuestros brazos y sobre la mesa; tanto se alegró el Poeta que le tocó el culo a la moza que pasaba al lado nuestro. Ella no se ofendió, lo miró de soslayo un tanto pícara y siguió su camino a la barra como si estuviera volviendo por la pasarela.

Del resto de la noche hay pocas cosas para comentar. Las horas se atropellaban por llegar al amanecer y nosotros no encontrábamos la manera de congelar los momentos, de grabar mentalmente los chistes y las risas estrepitosas que chocaban las paredes y volvían a nuestros oídos como si fueran un boomerang.

De un momento a otro nos vimos entrando a otro bar con toda la borrachera encima, después a otro, después celebrando las danzas eróticas de las putas de turno que desfilaban por el ringescenario. Luego, y todo de una manera confusa, estábamos peleando precios, suplicando servicios extras, mareándonos con las luces rojas y azules del techo. Después el Poeta descamisado en la habitación y la puta pidiéndome por favor que me vaya. Después el Poeta entrando en mi pieza, golpeando las puertas del pasillo, la puta tomándolo desde atrás, el Poeta obligándola a retroceder con sopapos dados al aire, el Poeta gritándole ¡Por qué te moriste!

El Poeta tropezando y tirado en el piso, la puta pateándolo, yo empujando a la puta, el Poeta llorando, un grandulón golpeándome cobardemente por la espalda, el Poeta desconsolado y semidesnudo en la vereda, un quiosco y una esquina, una ginebra respondiendo con honradez a lo que la circunstancia exigía.

En un segundo: el amanecer. El sol anunciando el fin de la noche, el comienzo de un nuevo y triste día. Los pasos pesados de retirada, caminando abrazados, insultando a diarieros y taxistas, comportándonos civilizadamente frente a los policías. Mi departamento, el último medio litro de vino, el llanto, el arrepentimiento, las confesiones, el desfallecimiento frente a la cama, los últimos y ligeros pensamientos que adormecen la cabeza hasta dar con el sueño, el Poeta con su cara bañada en lágrimas susurrando entre pesadillas: “*omanó... omanó... omanó...*”

Me desperté a las cuatro de la tarde. La madre de las grandes resacas me pisaba con su bota de hierro el pobre pecho maltrecho y mío. Molido contra mi cama por una presión desconocida (quisiera decir extraterrestre) no lograba adivinar ni la hora ni el día que era. Aplastado por el mareo, por la confusión, por algunas alucinaciones todavía pegadas a la mente, algunas imágenes inauditas, fantásticas, sentía que cualquier intento de movimiento podría empeorar mi existencia en el planeta. Era en vano la búsqueda de claridad. Era de estúpidos buscar rastros, señales.

El Poeta ya no estaba y la obtusa tarea de recordar era inútil, la insensata ocurrencia estaba invalidaba, desconcertada, renga y negada por las altas dosis de alcohol consumido en los días anteriores.

Compaginar los recuerdos de los últimos días y las últimas noches era lo mismo que desear una mágica desaparición de todos estos dolores juntos. Se necesitaba de un milagro. No podía levantarme. Apenas estirando el cuerpo estremecido y sensible pude espiar por la ventana a la gente abrigada en la vereda, pude escuchar el sonido gutural del viento, alcancé a seguir con la mirada el suave planear de una hoja seca que se desprendía entre las ramas de un árbol y aterrizaba mansa sobre las baldosas. Amaneció otoño, me dije. Y sospechaba de esta señal, desconfiaba de la casualidad estacional del año y de mi sentimiento. Un café bien caliente viene a ser como la pócima que recompone al cuerpo de una noche agitada y alcohólica. Y me dispuse a desayunar a las cuatro de la tarde.

Pronto, y haciendo nada, el reloj acercó su aguja a la hora indicada. Faltaban quince minutos para las siete de la tarde. A fuerza de encontrar negada la posibilidad de razonar, de entrelazar pensamientos coherentes, me vestí de deportista, atleta y maratonista. Todo junto. Y encaré los pasos, medio borracho todavía, al bulevar donde los pronósticos presagiaban nuestra cita. Llegado al lugar descubrí ocupado el banco en el que planeaba sentarme. Las cosas no están saliendo bien, me dije. Noté un cierto temblor en mis piernas: el estómago vacío, pensé. No era momento de sentirse débil. Así que imaginé haber engullido un ostentoso almuerzo, uno de esos que incluyen grandes carnes rojas y sangrientas. Un vaso de vino tinto se me dibujó en la cabeza, debe haber algún bar cerca, pensé; repasé el nombre de las calles y la ubicación de quioscos o boliches de vaso al copeo. Pero ya se hacían las siete, convenía dar algunas vueltas por el lugar hasta hacer contacto visual con tu entrada fastuosa, imponente, soberbia, que aplastaría a los demás mortales contra el mismísimo suelo.

Troté ridículamente en un rango de diez metros no más de tres veces, reservando fuerzas para más adelante, como anticipando cualquier movimiento premeditado del destino.

Al cabo de cuarenta minutos empecé a sentirme cansado y a preocuparme, pero me dije que un imprevisto, que una demora, tiene cualquiera, así que decidí seguir esperando. Poco a poco el viento fue soplando, si se me permite, un aire más frío y más cruel; el cielo se fue transformando en una fastuosa sala de espera; el crepúsculo era definitivamente la antesala de la noche; en el corazón lúgubre y cóncavo de la noche reinaba un presentimiento callado y secreto que anunciaba la inevitable desgracia; en verdad, la realidad no me permitía ignorar el palpito certero y cabal que develaba la tragedia próxima. Pero yo me hacía el desentendido.

Sobre las nueve, una flota de gordas nubes pobló el cielo: mi pecho era un muelle y ellas eran barcos a punto de zarpar hacia la tormenta que magullaba mi alma. Las nubes navegaban grises, gigantes, indiferentes; mis ojos observaban y mi corazón lamentaba la transformación que atacaba la bóveda, el paisaje se convertía en tormenta; mis desilusionados sentimientos, alejados de toda fuerza, no podían hacer otra cosa más que contemplar resignados la gracia del destino.

Tu irreversible ausencia, la falta de tu luz indicando el camino, esa retirada insolente de los demás participantes de la gran obra fueron dagas que me iban desgarrando la carne, fueron claros signos que anticipaban la próxima pesadilla, el siguiente desvelo, el futuro insensato, el superfluo abandono. Comenzó a llover y yo, ridículo e irrelevante, me puse triste. Por supuesto no pude o no supe llorar. Me tomé las rodillas, contuve en el párpado el peso de una gorda lágrima, maldije el cielo, insulté al creador, descalifiqué el sentido de la vida y me retiré atropellando las gotas oblicuas. Caminé ciego la misma dirección de siempre.

Como caballo con los ojos vendados, anduve sobre mis pasos repetidos y pesados, adivinando, suponiendo, que ese era el Norte al que apuntaba la brújula de mi desilusión.

De todos modos, qué importa. La vida está maldita. Y yo estoy dentro de ella.

Al otro día y a las siete en punto, me encontraba una vez más disfrazado de atleta. Hinchido de esperanza, flotando en el aire como un globo regordete de alegría. Y todo esto sin saber por qué. Por el oeste y como si viniese a darle el crepúsculo al mundo apareció Celeste, hermosa, deportiva, perfecta, morocha, con sus pechos firmes, con sus piernas fuertes, con su mirada maternal, con sus pestañas negras, sus ojos cristalinos, sus músculos marcados, adelantando con suaves movimientos primero un pie, después el otro, dándole forma al trote, respirando profundo, concentrándose en algún punto intrínseco de su alma, encontrando de golpe mi mirada atónita, mi mandíbula descolocada, mi ridícula presencia, mi tierno intento de hacerme pasar por un deportista más. No pudo menos que esbozar una sonrisa tímida, inclinando su cabeza hacia el suelo, adivinando el ataque, suponiendo mi intención, demorando la huida, tentando mi valentía, desafiando mi valor.

De lejos la saludé con la mano, ensayé una sonrisa. Ella respondió del mismo modo. Las cartas estaban sobre la mesa. Nuestros pies felizmente en la tierra.

Me acerqué hecho un tonto, tratando de demostrar confianza y seguridad, le dije tranquilamente “hola”, otra vez sonrió y miró al suelo.

“Hola, Lucio”, respondió.

Soberbio, agudo, pensé “¿Cuántas veces habrás dicho en voz baja mi nombre? ¿Cuántas veces soñamos por separado este momento?”

—Pensé que ibas a venir la semana pesada. Dijo todavía inquieta, todavía tímida.

—Vine ayer.

—Ayer llovió.

—Es cierto —murmuré entendiendo que yo cerraba el diálogo y que esto no debería ocurrir—, pero hoy, ya me ves, sí estoy.

¿Trotamos?

— Trotemos.

Qué contar de aquella tarde. Seguramente se habrán visto en todo el mundo atardeceres tan hermosos como el de ese día, pero era el primero en la vida de la historia que recorriamos al manso trotar, al cohibido preguntar, Celeste y yo. El diálogo pronto fue fluido y natural, mi cuerpo fue sorteando con astucia y luminoso azar los calambres que amenazaban acortar el recorrido saludable y enamorado. Las cosas fueron simples, puras, sencillas; inocentes, de cierto modo. El ir y venir sobre el verde pasto, el contacto físico y espiritual con la naturaleza nos había relajado. Y una incierta complicidad implícita, un tibio rumor desvergonzado acercaba en nuestras voces el discurso ambiguo y seductor. Al cabo de media hora ya no era noticia el deseo que cada uno experimentaba por el otro. Quedaba, solamente para cumplir con las formalidades, recorrer el camino de vuelta para regresar al comienzo geográfico de nuestra cita y una vez ahí decidir un nuevo destino.

Por fortuna (¿acaso es así?) el departamento de ella quedaba a pocas cuabras.

No tuvo más que insinuar la idea de ir a tomar un poco de jugo o algo para ya vernos subiendo las escaleras hasta el segundo piso, cerrando la puerta blanca detrás de nosotros, encontrando la impresionante biblioteca sobre la pared; en un segundo me sorprendí viendo y no sé por qué con cierto gozo las sillas de caño pintadas de blanco, la mesa de vidrio; en una esquina la lámpara para la lectura derramando tenue sobre el sillón su luz exclusiva y solitaria, dándole a ese solo rincón un aire antiguo y amarillo, no abandonado pero sí viejo, viejo pero vigente, quiero decir. Ella caminó y yo me detuve en el medio de la habitación. Mi vista recorrió la pecera, los adornos, las luces, los pequeños cuadros, los siempre presentes portarretratos, el desayunador con su base de madera, una mesa pequeñita para el teléfono, el brillo del piso parquetado en el que delgadas huellas fantasmas

iban dejando como rastros de miga el calor de sus pies descalzos que guiaron mi mirada hasta la cocina para encontrarla recostada por la mesada, sensualmente turbada, agitada, consciente de su hermosura, tomando del pico una cerveza helada. Tenía en su mano una birra que revoleaba una melena de humo glaciado, que estiraba desde la superficie vidriosa sus brazos blancos, elásticos y enloquecidos, parientes bastardos de la neblina.

Esto debe ser un sueño, pensé. O éste será, al fin, mi día de suerte.

De qué vale intentar retratar con fidelidad el comienzo del acto apasionado y piadoso que nos embriagó desde ese momento y hasta el nacimiento del otro día. Hicimos el amor en la cocina. Hicimos el amor debajo de la ducha sintiendo limpiarnos el agua de todo lo pasado, dejando benditos y renovados los cuerpos para un futuro claro y nuestro. Al fin nuestro.

La cama sirvió para el reposo. El amanecer fue solamente una excusa para volver a amarnos. El sol venciendo las cortinas nos tocó la piel, iluminó sobre la cama dos cuerpos que despertaron siendo uno.

Más tarde, observándola mientras dormía, pensé en decirle muchas cosas, pero no quise interrumpir su sueño.

Ahora, hablar sobre momentos plenos de felicidad es mucho más difícil que hablar sobre los otros momentos. Es increíble el poder inmediato y absoluto que tiene el amor sobre el enamorado. Todo cambia. El mismo mundo insípido y frío que antes veía, ahora es una primavera andante, la vida es un milagro, Dios está en todas partes. Los árboles llenan de hojas secas las veredas y esto nos parece hermoso (debajo está la misma mugre de siempre); el sol nos entibia el cuerpo y esto nos hace felices, (antes nos molestaba a la vista, nos hacía transpirar); las mujeres de la calle, las flores de los jardines, las nubes blancas y livianas, pasajeras, los niños jugando en la plaza, en fin, todo sin dejar de ser lo mismo de siempre se ve alterado, y esta alteración es positiva y feliz, la vida es más brillante, uno siente en su pecho

flotarle el alma embriagada de amor, y el amor en ese instante y más que nunca, es algo infinitamente hermoso.

Y sucede algo todavía más extraordinario: uno no comprende cómo antes iba tan amargado y entiende con el corazón llevado al máximo de la sensibilidad que en este momento es genuinamente feliz.

Pero todo tiene dos caras. En el otro lado de la moneda había amanecido para otras personas este mismo día cubierto de un tono siniestro, de un gris desesperanzador.

De esta manera es que casi choco con el Poeta Loco. Caminábamos directamente uno al encuentro del otro, pero el Poeta andaba sin ver y fue preciso dar un salto al costado a último momento para no chocarnos. El Poeta siguió su camino, la gente seguía esquivándolo.

¿Qué pasará en el silencio del Poeta? ¿A qué mundos partirá cuando cierra los ojos, cuando se le vuela la mirada? Anda, y todos lo sabemos, anhelando vencer al tiempo; desafiar al viento es su antojo, tentar a la suerte es su desvelo, ganarle al destino es su sueño. ¿Adónde se le vuelan esos ojos al Poeta? ¿En busca de qué? Si sus ilusiones a los demás les dan risa. ¡Pero si los ridículos son los otros! Pero por debajo y como una serpiente anda la vida picándole los talones, mordiéndole los tobillos. La respuesta está flotando en el viento, y en el aire liviano sus lágrimas no ceden, sus deseos no desertan.

¿Qué le pasará al Poeta? Anoche no encontró las palabras que quiso decir. Se esforzó repasando las palabras que sabía, recurrió a las mismas canciones, revisó mentalmente las mejores frases de sus libros favoritos, y así y todo no consiguió dormir, no pudo amenguar la pena que le revolvió el alma. Tuvo que bajar a las palabras vulgares que le soplaban el vino, al mareo insensato de los cigarrillos fumados con prisa, a la confusión propia del pensamiento ambiguo, a la resurrección cíclica de la misma sospecha infundada.

¿Qué pesadillas lo atormentan? ¿Qué clase de fantasmas lo vuelven a atacar hasta dejarlo sin voz? ¿Qué bronca antigua lo molesta? ¿Qué recuerdos malsanos le traen este clima, estas noches repetidas?

Se supone que nunca lo sabremos. Digo *se supone* porque en una de éstas, y como si fuese una criatura, el Poeta un día de improviso suelta su primera palabra y ya no para, habla ya por el resto de su vida que, vale aclarar, no dura más que una semana, en todo caso algunas horas de ciertas noches de entre semana.

Lo vi al atardecer, yo paseaba rastreando aire puro, lo vi fumando sin cesar uno tras otro sus cigarrillos de calor artificial, buscando consuelo en cada pitada brillante, bordeando la avenida como si en verdad pensara tirarse debajo de un colectivo. Andaba sin ver, no caminaba perdido, pero iba sin saber su camino. Sentí tanta pena por él que se me dio por hablarle, me acerqué lo más que pude a su corazón y le pregunté si le dolía pisar las veredas, si acaso sus pensamientos le estaban lastimando como vidrios de punta en la cabeza. Por respuesta tuve la indiferencia de sus ojos pájaro volando vertiginosos sobre el borde del cordón. Comprendí inmediatamente. El Poeta que todos conocemos por primera vez no pudo encontrar el principio de una frase, no pudo desahogar en letra la preocupación que lo embarazaba y que empezaba a hundirlo, y lo más triste todavía era que una lágrima devota a su tristeza de hierro lo había engañado, y en un pique taimado se había lanzado desesperada, ridícula, sucia y traidora sobre su mejilla virgen y estúpida, estupefacta e inmóvil ante semejante acto, ante semejante novedad. Lo miré un tanto intranquilo, bastante preocupado.

No era fácil de entender, pero en un acto soberbio imaginé que sus últimos soldados a la hora de la lucha, en el alba de la batalla, mirando todavía de frente al enemigo, habían dejado en el suelo sus armas y dieron vuelta su espalda tomando el camino que les regresaba a casa, abandonando el sueño de la gloria, olvidando el idilio heroico que los impulsaba a defender su patria.

Su patria era el mismo pecho del Poeta.

Ahora mismo quisiera flamear esa bandera imponente que antes sostenía enamorado, pero el viento pampero e independiente cerró precipitado su garganta, y no hubo en el aire fuerza alguna que le diera vida a ese pedazo de tela.

El Poeta lleva sus manos a los bolsillos, niega con la cabeza, murmura en los labios, duda cada tantos pasos. Lo vemos alejarse a esta hora inconclusa y sin gracia en que la cena quedó a la misma distancia que el amanecer. Lo vemos partir grave, taciturno, de alguna manera callado. Así se había presentado en las entrañas de la madrugada, desconocido e ignorado. Creyéndose solo, y sin embargo caminaba escoltado por las formas fantasmagóricas de sus amigos; esos amigos que siempre se presentan para hablarle dulcemente con distintas voces, que inventan de la nada nuevas esperanzas, que tratan de corazón transmitir confianza y futura plenitud.

Pero ya sabemos, es en vano intentar adivinar el motivo real que enmudeció al Poeta, su pena oscura y secreta corre silenciosa como la sangre, libre como una nube, insensata como la vida y la muerte, solitaria como una tumba, seca, frágil, marchita como una flor alejada de la primavera; quiero decir, abandonada sobre la vereda en pleno invierno, vulnerable y desnuda como una hoja.

Yo, mientras lo veo internarse en la garganta de la noche, pienso que no hay nada más terrible para el Poeta que el silencio mental, que la ceguera definitiva, que la oscuridad sorda de la madrugada víbora tragando lentamente las avenidas de la ciudad, devorando las baldosas, engullendo los edificios, comiéndolo a él mismo.

Ya vendrá el amanecer, Poeta, con su lúgubre melancolía, con sus dolorosos primeros rayos, con su funesta lentitud, con su brillante rostro, a confirmar que sigues viviendo, a corroborar que tu despedida de anoche no fue más que una falsa agonía, una insignificante borrachera entre tantas otras para el olvido; olvido que es amigo y enemigo íntimo de los machados,

olvido ineludible para todos los mortales, olvido necesario y natural, olvido huérfano y divino, santo y miserable, milagroso salvador nuestro.

Pero no nos desviemos del tema.

Progresar en la intrincada empresa de ser feliz, ya lo decimos, no es una tarea menor. Pero al enamorado no le preocupa en el esplendor de su actualidad el pasado ni el futuro.

Por el momento, el enamorado no tiene conciencia de otra cosa que no sea o que no intervenga con su pensamiento dirigido pura y exclusivamente hacia su amada.

Su andar, y es cierto lo que digo, es mucho más liviano que el del resto. Su mirada es liviana y piadosa. Sus actitudes, de comprensión hacia el prójimo. Su voz es amable. Si pudiéramos adentrarnos en su mente nos sentiríamos parados al borde del abismo. El amor es vértigo. Y el enamorado en su estado etéreo no teme a nada. Se podría decir que se ve afectado por sensaciones celestiales. Una intervención divina ha dado un vuelco a su corazón, ha desnudado sus sentimientos dejándole sus carnes a la vista de cualquiera. El enamorado es vulnerable y llegan a enternecerlo situaciones que antes rechazaba con desprecio. Éste es el poder del amor.

El amor también motiva a la locura y a la ceguera. Por un beso de su amante, nuestro tórtolo cambiaría de opinión en un segundo. La postura que antes parecía imposible e inconcebible, ahora ante el enojo de su amada llega a ser lo más lógico y natural en los frágiles pensamientos de este muchacho. Así han caído imperios, se han desatado guerras, se produjeron rupturas familiares, se vio uno en bancarrota y sin amigos, se conoció que los actos no tienen límites, que la pasión es un arma mortal y potente; y al fin, se han visto algunos perdidos en un desastre que no recuerdan ni cómo empezó. Finalmente, el mismo amor que encendió la vida y un futuro prometedor termina por concluir en la muerte. Hay amores que a uno le cuestan la vida. Estos suicidas desengañados no sueñan ya con un mañana; su única recompensa, su única salvación era el beso que tenían prometido.

Al encontrarse infantilmente traicionados sienten, simplemente, que no pueden seguir viviendo. Y se matan. Esto, señores, es lo que no recomendamos, nada más queríamos tocar el tema.

Pero nada de esto le ocurría a Lucio, nuestro enamorado en cuestión.

Podrán imaginar la felicidad que le invadía cada rincón de su cuerpo. Se le dio sin saber bien por qué por pasear en los parques, sentarse en los bancos de las plazas, mirar con dulzura los perros que jugaban en el césped, respirar hondamente el aire tóxico de la ciudad y pensar: “¡Qué lindo día!”.

Embriagado en sus hermosos pensamientos estaba cuando se le dio por meditar en la noche anterior, en la noche ésta que se aproxima y ya en el mañana y en la semana entera. No se le podía ocurrir otra cosa más que pensar que todo iba a ser perfecto, que había encontrado a Celeste, que ella era tal como la imaginaba, tal como su caprichosa ilusión de espejismo le había dictado. No podía parar de decir “Todo es perfecto, todo es perfecto” y se sonreía. Pasado un tiempo (no importa cuánto porque el tiempo en estos estados es inútil calcularlo) se acordó de golpe del pobre Poeta Loco. Fue a visitarlo.

En la pieza-departamento del Poeta reinaba claramente el caos. Recurriendo sin esfuerzo a la imaginación a uno le daría por pensar que por acá pasó un tornado. Hojas escritas tiradas por todos lados, botellas vacías, vasos sucios, ropa (mucho) en el piso, un sillón dado vuelta con sus patas para arriba yacía como si hubiera sido violado, un rollo de papel higiénico desenvolvía su blanca lengua desde el baño hasta un escritorio; en la mesita de luz un cenicero sostenía una montaña de colillas de cigarrillos, bolsitas de marihuana bordeaban la cama. Sobre ésta, inerte, inanimado, abandonado y último, se podía adivinar debajo de las colchas y las sábanas el cuerpo del Poeta Loco. A su lado una caja de zapatos estaba abierta, adentro cientos de cartas revueltas delataban alguna búsqueda frenética, encima de todas unas hojas amarillentas decía esto:

TRES PUENTES, DOS MUNDOS

Su piel es otra cosa aparte, una playa virgen sin huellas de anteriores amantes, la piel ajustada a su flaco cuerpo me hacía creer que sería descortés, hasta maleducado de mi parte, si no le pedía (por favor) me deje tocarla, cuidarla, acariciarla suavemente y susurrarle caprichosos mimos al oído, es de esas pieles que parecen siempre iluminadas. Si alguna noche llegáramos a encontrarnos al aire libre, estoy seguro de que la luna se reflejaría en su piel, así, naturalmente como si fuese un espejo de agua. Para conocerla bien tendríamos que achicarnos hasta llegar al tamaño de una uña. Nuestro recorrido comenzaría directamente desde el piso, como ahora; yo la miro desde los pies (quisiera tener tiempo y verlos desnudos para corroborar mi sospecha) y ella se hace gigante, como si fuera un edificio, y observo desde la base de la que inmediatamente y por un largo trecho nacen las piernas que van desde los pies a su cintura como dos puentes que unen países completamente diferentes. Me acuerdo ahora de que la vi bailar en una fiesta y los piecitos nadaban inquietos allá abajo y su cintura se tambaleaba acá arriba como si un torbellino se hubiera adueñado por completo de uno de los países y el caos y el pánico inundaban mi corazón y quería correr hasta ella para salvar los puentes, que no se quiebren por culpa del sonido huracanado de la música. Tendría que apoyar mi mano en su cintura para frenar lo que podría ser un trágico atentado a mis sueños que se sostenían como sea para no caer del segundo país, pegarla a mi cuerpo y mostrarle el ritmo, cómo teníamos que bailar para no poner nada en riesgo. Pasando los puentes viene el calor que a todos los hombres nos gusta, ahí mismo; cuando llegue me voy a quedar un tiempo. Lo peligroso de esta parte son las curvas, uno no debe venir en velocidad porque puede pasarse y caer al piso, es una curva tan marcada que no me llamaría la atención enterarme de que unos cuantos ojos acechadores hayan perdido el control y hayan gritado piropos indecentes, haciendo que solamente ella,

única dueña de esa cintura, pase un mal momento. Después subiendo un poquito más uno tropieza con el ombligo, como si fuese un oasis en el desierto. Cualquiera desearía quedarse por lo menos dos días ahí, armaríamos las carpas y no va a hacer falta ni comida ni bebida, nada es tan necesario ni vital, nada es tan importante para justificar una salida rápida o urgente, que se caigan del cielo las nubes, no me importa yo voy a estar acá, posiblemente durmiendo. Una vez que se haya dedicado el tiempo suficiente para disfrutar de la tranquilidad que tan gentilmente nos brinda esta zona debemos seguir subiendo, por supuesto que despacito, con mucha delicadeza apoyando suavemente las manos para no tentar el terremoto de risas que puede despertar un solo mal paso, un mal intencionado dedo puesto en el botón de las cosquillas, que no se desmoronen los dos terrones de azúcar que esperan más arriba, que ahí es donde endulzo mi boca, agazapado como un puma a punto de cazar su presa; hay que esperar el momento justo aguantando la tensión y la presión de otros músculos ansiosos, y cuando el instinto ordene hay que tomar los terrones adueñarse por completo de ellos y... esa parte ya no les puedo indicar, hay que dejarse llevar. Lo que sí les puedo contar es sobre el tercer puente que une el mundo salvaje que dejamos atrás con uno nuevo, completamente distinto; este puente puede ser peligroso, su forma circular es una tentación muy grande para cualquier viajero tanto por el vértigo que se experimenta como por el aroma que se respira, no hay que eniviarse y dejar demasiados besos, las huellas que se marcan pueden ser observadas más tarde por cualquiera e incitar a querer (a esta desconocida persona) a tener un viaje de placer como el nuestro, lo cual no nos conviene; sin embargo voy a recomendar un lugar donde se puede estacionar tranquilamente los labios y la nariz (que debe soplar una tibiecita respiración): es justo al final de la mandíbula a escasos centímetros del lóbulo donde reposan lianas de su pelo negro, pero hacia abajo sin salir del puente, no sé si me explico,

ahí uno puede dejar caer cortitos besos que despierten una sonrisa a Valeria.

Depende la ocasión es el tiempo que uno deba quedarse, y el lado es el que cada uno prefiera ya que cualquiera de los dos es perfecto; yo prefiero el izquierdo. Ahora y ya sacando las últimas fuerzas debemos abandonar el puente y trepar la parte más empinada para poder llegar a su pera. Ahí se pueden dar unos mordiscos juguetones y empezar a sentir el fuego de su respiración; en un par de saltitos ya estamos en sus labios de sandía y es la mejor parte de todas, hay que luchar la batalla de los besos húmedos, mezclar la saliva y dejar que se conozcan las lenguas, atacar una vez tras otra hasta dominar esa boca, bailando la desenfadada danza del deseo, hay que morder y ser mordido con los ojos cerrados sin más universo que el que estas bocas están creando. Una vez ganada o perdida la batalla (en realidad no importa) hay que buscar detrás del enrejado de pestañas los brillosos escarabajos negros, para ver qué dicen, cómo hablan con el silencio, cómo piensan y cómo sienten en esos momentos del contacto directo de nuestras miradas. El resultado no es difícil de adivinar: si ella, mirándonos desde arriba, sonríe, es porque todo salió bien; si prefiere disimular observando el techo es porque no hemos cumplido con nuestra tarea al pie de la letra. En este caso se puede reintentar el proyecto, aunque antes va a ser necesario hablarle al oído que nos queda ahí a mano, seguramente oculto por el pelo y de ellos colgarían hermosos y largos aros que resaltan lo delicadas que son sus orejas y contrastan con el telón negro que cae secamente sobre su espalda. Se podría volver por la misma ruta disfrutando de otros detalles que nos brinda el paisaje, como por ejemplo sus hombros, que parecen dos rocas incrustadas a su clavícula desgastadas por el viento Norte pero aun así hermosos, como hechos sin querer, a la medida justa de su cuerpo.

Recordé aquel peculiar hecho, aquella llamativa coincidencia que venía atormentando al Poeta y matando a sus Valerías.

Sentí pena por él y pensé en ayudarlo, pero después se me ocurrió que uno a veces también debe ser egoísta, entendí que mi gran momento se vería afectado, oscurecido por esa suerte misteriosa que venía castigando al Poeta. Sin embargo, y solamente para que quede en el registro, lo llamé dos o tres veces, le sacudí el cuerpo levemente: como para cumplir y como para no despertarlo. Actuando un falso lamento me retiré en silencio, como un ladrón.

Otra vez en la calle recapacité, un tanto sorprendido, que no había comido. Fui al bar. Cuando uno se siente feliz no desea estar encerrado en su departamento, quiere ver a la gente, quiere sentir la vida y sentir que uno va girando con ella, al mismo tiempo, sobre el mismo curso.

Ya por la noche la necesidad de ver a Celeste era imperiosa. Era de mi conocimiento que no iría a correr, que el trabajo, que unas reuniones, que no sé qué cosa le impedían presentarse en el bulevar para cumplir con sus actividades físicas. Pero supuse que comprar un vino, que aparecer en su departamento, que cenar juntos y hacer el amor, no era una mala idea.

Conseguí plata prestada, compré el vino y encaré, en la noche silenciosa, la calle que me depositaba en la puerta de Celeste. El timbre del portero; su “¿Quién es?” sensual y grueso; irresistiblemente femenino; mi ansiedad esperando ahí abajo a que me abra la puerta, ella recibíendome con una sonrisa increíble por su hermosura, su abrazo como si fuéramos viejos amigos, su beso mojado en mi boca como si fuéramos nuevos novios y al mismo tiempo antiguos amantes, su “Ya pensaba que no ibas a venir” en tono de dulce reproche, mi “No puedo dejar de pensar en vos”, y el beso que premia la sinceridad fueron condimentos que empezaban a darle un sabroso gusto al manjar que prometía el transcurso de la velada.

Capítulo IV

Musa de los hombres

Sabrina dobla en la esquina. A cada paso gana en la vereda (propia y hasta en la de enfrente) la atención de cada uno de los ojos masculinos. Su melena rubia, su rostro anguloso, sus ojos marrones, la manera en que chupa el chupetín, las caderas bamboleándose, las botas rojas, la minifalda interrumpiendo el recorrido de las miradas que habían nacido en sus pies y que fueron siguiendo sus hermosas piernas, que se encontraron con ese pedazo de tela justo a medio camino; recién ahí uno cae en cuenta en la acción descarada que había tomado y entonces la mira a los ojos. Sabrina lleva el chupetín a sus labios rosados y juega con él en su boca, juega a que es una niña y se ríe divertida mostrando la hilera de dientes blancos que también impacta a sus observadores.

Una brillante idea pasa fugaz por la mente de algunos caballeros; a otros les inspira un piropo horrible, grosero; a Lucio en este momento no le provoca nada, cruza a su lado sin siquiera notarla. Sabrina se ofende, pero no lo demuestra. Se entretiene con la corbata de un hombre que a puro impulso se acercó para confesarle algo en carácter de urgente. Ríe sensual y media tonta a cada una de las sugerencias que el tipo dispara. Los demás interesados siguen, sin más remedio, el camino que les corresponde. Sabrina termina por aceptar una de las propuestas de este señor. Caminan abrazados recordándonos esos borrachos que vuelven a la casa cantando a los gritos y zigzagueando. Pero esta escena transcurre a las cinco de la tarde, ninguno de los dos había tomado una gota de alcohol. Simplemente iban felices festejando haberse encontrado y poder partir juntos.

La zona está llena de albergues transitorios, sólo les queda elegir uno. Sabrina se inclina por uno con el frente de ladrillo visto, que a los costados tiene un par de ventanas con vidrios espejados, a la puerta la flanquean dos focos rojos.

Sabrina dice que le recuerda a una casa que conoció en el verano, en una zona turística. De esta manera ella tomaba las decisiones, un poco por ocurrencias inexplicables, un poco porque era media tonta.

En la recepción elige una habitación que tenga número impar, era su único requisito. Encargan ya como para facilitar todo una botella de champagne.

Se sabe que entre sus cualidades el alcohol anula la vergüenza, ayuda a fluir la conversación y en algunas mujeres tiene todavía un efecto mejor: las despoja de sus ropas.

Pero nada de esto precisaba Sabrina para acostarse con el desconocido. Su personalidad era digamos liberal: se jactaba de poseer una mente abierta, era dueña de una locuacidad que incluso intimidaba a algunos hombres; era natural y espontánea. En este momento de su vida su prioridad era la de “juntar experiencia”, la de conocer gente; esta actitud de llevarse todo por delante no la privaba sin embargo de ser dulce y sincera, de amar con profundidad, de ser amable con sus amantes, de ser honesta con sus sentimientos. Pero sobre todo Sabrina era una mujer fanática del sexo. No era una prostituta, no lo hacía por dinero, lo hacía por que le encantaba sentirse deseada, adoraba a los hombres de la calle que al verla pasar la comían con los ojos y principalmente amaba a esos que se acercaban a hablarle, a confesar que les despertaba los instintos más bajos y salvajes que uno pudiera tener.

Ya en la habitación el hombre hace algunos chistes indecibles, imposibles para nosotros de repetir. Ella enciende el equipo de música y ya se dispone a bailar y a sacarse un poquito de ropa.

Estruendoso, sale disparado el corcho de la botella de champagne, la bebida se derrama en la mano del hombre y cae sobre la alfombra. Sabrina se acerca un tanto con una actitud felina, deberíamos decir, se arrodilla frente a él y comienza a chuparle uno a uno los dedos de la mano, absorbiendo al mismo tiempo todo el champagne que había en ella, lamiéndole cada tanto la piel al buen hombre. El tipo lleva la botella a la altura de su codo y vierte el pico sobre su antebrazo formando una especie de delgada catarata que va a desembocar justo en la boca de Sabrina. De esta manera ella toma un poco de la bebida.

Enseguida el hombre le pide que se levante, que se pare frente a ella, le sujeta la cabeza con las dos manos y comienza a besarla de una manera muy especial, no violentamente, sino más bien, de un modo muy tierno, claramente emocionado y turbado por la escena anterior.

Con mucho cuidado la lleva lentamente a la cama, la recuesta en ella, la desviste meticuloso, en sus ojos se adivina una profunda melancolía. Algo se había modificado en su alma: parecía tener en su mirada, en sus labios, más brillo que antes. Ésta era la virtud que poseía Sabrina: afectaba e iluminaba a las demás personas. Su arma era el sexo; de esta manera combatía ella la tristeza de los otros. Hicieron, efectivamente, el amor. Se amaron y se desearon con sinceridad cada uno de los minutos que duró el acto.

Al terminar todo, el hombre se vistió en silencio. En un par de oportunidades se dio vuelta para mirar a Sabrina, se le notaba el rostro conmovido. Se retiró sin decir una palabra, cerrando con cuidado la puerta tratando de no hacer ningún ruido.

Sabrina, acostada desnuda en la cama, se encendió un cigarrillo; tenía la mirada perdida, pitaba lentamente y observaba el humo; se dejaba llevar por sus pensamientos. De pronto en su mente se dibujó la figura del chico lúgubre y taciturno que la había cruzado sin mirarla. Ese chico era Lucio. Ella se fue adormeciendo con esta imagen, hasta rendirse en un profundo y plácido sueño.

Capítulo V

Un guiño a favor

Desde la ventana de un tercer piso el Poeta Loco se entregaba a pensamientos vulgares: deseaba poder volar, deseaba la libertad que da el aire, la ausencia de frontera que tienen las aves. Miraba y miraba la extensión infinita de las luces de la ciudad, el zigzaguear de los postes de luz, la fugaz e incesante caravana de luces rojas y claras que dejaban en su destello los autos enloquecidos, que parecían estar perdidos, extraviados, o buscando a tientas su destino vamos a decir solamente para exagerar.

La avenida emanaba olores insalubres, ruidos extraños, sonidos que confesaban fuga y prisa, velocidad y ciertos riesgos, desenlaces de terribles accidentes; urgentes ambulancias atravesaban la ciudad a puro grito de sirena para llegar o para dejar a alguien; todo, y reiteramos que todo, tenía ese mal gusto a tragedia, a esfuerzo sin gracia, a victoria insensata y vacía, a logros inútiles y verdaderos, a besos amargos, a fáciles conquistas exentas de sensualidad.

Insistir sobre la pena del Poeta delataría redundancia, de manera que ya todos sabemos qué sentimientos lo acongojaban en estas horas y en las anteriores. El Poeta decidió dar una vuelta por el barrio, caminar y malgastar el tiempo observando la deformidad de las veredas, el descuido y la suciedad de ciertas esquinas, la fría manta de soledad con que la madrugada cubre en estas horas a las plazas; lo conmovían y lo asustaban siempre esos árboles que a falta de viento se mantienen estáticos y silenciosos, gigantescos y firmes, lúgubres y tenebrosos, refugiados en la sombra y en el misterio de su eternidad, de su presencia sin edad, como si perteneciesen siempre al pasado pero al mismo tiempo no pudieran evitar ser parte del paisaje del presente; justificando su existencia hoy aquí nada más que por el mero detalle de no haberse cruzado todavía con la muerte.

Esperan mudos y resignados su turno, como si fueran viejos sabios que amparándose en un derecho arcaico sonríen melancólicos y conscientes, entendiendo que nadie puede enfrenar esa sabiduría reservada y prudente de la que son dueños;

lucidez grave y profunda; verdad empañada por la mugre que arrastra el viento; característica hermosa y augusta en ciertos ancianos que han sabido aprender de la vida, longevos gloriosos y humildes que esperan su última hora sentados a un costado de la vereda.

Las revelaciones que estos árboles quisieran desvelar son al mismo tiempo oro y nada, son versos hermosos que nadie quiere escuchar; digo que esa verdad es tan valiosa e ignorada, tan secreta, tan muda e inservible, tan opaca, como esos muebles antiguos que venden por ahí, en ciertos negocios.

Los árboles gigantes, callados, observan con cierto placer a los transeúntes ir y venir, morir y nacer, y peor aún, existir sin tener la más mínima idea de por qué ni para qué Dios los ha citado a esta vida.

El don de estos colosos seres es una mezcla entre la genuina belleza de su alma, la intrincada corteza que abraza sus secretos y la incorruptible pureza que los acerca más al cielo que a la tierra. Su condena es la de permanecer siempre en silencio.

El Poeta pensaba en esto y en otras cosas mientras pateaba piedritas en el gris cemento que rodeaba la plaza. De pronto sintió que alguien lo miraba desde atrás. Se dio vuelta lentamente y vio a Sabrina sentada en un banco deshojando una ramita. Entre asustado y sorprendido no atinó a decir nada. No hizo falta tampoco. Sabrina tomó las riendas del encuentro y mirándolo fijamente comenzó a decir en voz alta mientras arrancaba una a una las últimas hojas de su ramita: "Me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere... ¡me quiere!" Y sonriendo feliz dejó ver la fila de blancos dientes y el brillo extraño de sus ojos marrones. El Poeta se acercó en silencio todavía sin poder descubrir qué decir, qué palabras utilizar y sobre todo sintiendo que algo de repetido tenía esta escena.

—¿Te quiere quién? —preguntó, un tanto iluso.

—Me quiere... muchos me quieren, y nadie está. Y a mí me gustaría querer a todos... y olvidar la muerte...

—¿Olvidar la muerte?

—No olvidar la muerte, sino que nadie se muera. Es tan triste.
—La muerte es libertad —dijo el Poeta adoptando una postura serena y grave al mismo tiempo.
—La muerte es la muerte, el olvido es peor, yo... a mí me gustaría poder olvidar... no recordar quiero decir. Para mí la libertad es algo así como ser consciente de que a nadie se está atado... para poder olvidar, el pasado debería dejar de existir.
—¿Cuál es tu nombre?
—No tengo nombre ni apellido, cualquiera me llama como se le antoja, es mejor así.
—A mí se me antoja llamarte Valeria.
—Entonces Valeria es mi nombre esta noche.
El Poeta se acercó cuidadoso, tratando de hacer livianos sus pasos para no asustarla, como si ella fuese una paloma. Ella lo miró con ojos perturbados, desconfiada, indefensa, como si fuese una paloma. Él tomó la ramita pelada y antes de besarla le dijo:
—Te quiere.
Sabrina aceptó el beso sintiéndose orgullosa de algo que no sabía definir bien qué era. El Poeta se sentó a su lado. Acertó en agarrar primero la mano de ella entre sus manos, tiernamente la besó en la mejilla y pensando en otra cosa le susurró al oído:
—Debes ser un ángel.
Se besaron por largo rato. El Poeta le acarició con ternura primero el pelo, después el cuello, los hombros, los brazos, los pechos, la panza, la entrepierna, el sexo, las piernas; Sabrina respiraba agitada, encendida, excitada.
Se pusieron de pie besándose todavía. El Poeta un poco más precoz le tocó el culo.
A toda velocidad un colectivo pasó comiéndose la avenida, el chillido de un pasajero les recordó que estaban a la vista de todos.
Miraron hacia el rincón más oscuro de la plaza y caminaron en esa dirección, cómplices y en silencio, perdiéndose en la negra garganta de la oscuridad.

Los árboles, centenarios y apacibles, observaban a la pareja avanzar entre ellos todavía besándose.

Una suave brisa empezó a soplar desde el sur. Los gigantes un poco adormecidos, crujieron sus músculos de madera, estiraron bostezando sus ramas y lentamente comenzaron a mecerse creando un murmullo de hojas secas, haciendo del ir y venir del viento el principio de un simpático vals de otoño, que tapaba de alguna manera los sonidos de goce que la pareja profería mientras se amaba en el suelo, sobre un colchón de hojas.

En la oscuridad de la habitación dos cuerpos se tocan y se revuelcan sobre la cama. Se estudian, se reconocen con las manos como si fueran ciegos. Se besan y se sonríen, se dicen cosas secretas, se reclaman murmurando ciertas caricias, exigen algunas posiciones, ceden a otras posturas, gozan con el placer del otro, sienten sobre el rostro la respiración caliente de su amante, se excitan con estos pequeños detalles. Ella se moja y desea que esto no acabe nunca, él se siente más duro que nunca y hace todo lo posible por extender la dulce agonía. De pronto todo se torna más violento, las caderas chocan una y otra vez, ella en cuatro patas baja su cabeza y muerde la almohada para callar un grito, para contener entre los dientes un desahogo que todavía quiere sostener; él la ve rendida a su sexo, entiende que mientras dure la erección el mundo es suyo, pero un instinto secreto, un impulso animal, le dicta seguir y si es posible todavía con más fuerza, inútil es rebelarse a este arranque pasional. Todo concluirá en pocos minutos. Un gran chorro de semen le nace desde la médula misma y desemboca dentro de ella; al mismo tiempo ella le humedece su miembro, sus bolas. Por supuesto que esto va acompañado del grito que alivia algo indefinido e insustancial que habita en el sexo de los dos. Nuestro amigo sale lentamente de ella y se recuesta a su lado. Se abrazan. No tienen fuerzas para besarse. Una gota de transpiración rueda formando un pequeño camino cristalino sobre el hermoso rostro de la chica. Él busca bocanadas de aire.

Al fin, cuando el silencio de la madrugada finge una armonía universal, él la besa en la mejilla. Ella sonríe. Él se anima y le dice: “Celeste, te amo”. Ella no responde, se da vuelta y se recuesta sobre su brazo dándole la espalda a Lucio. Un silencio ocupa largos minutos. Lucio se destapa y se sienta sobre la cama.

Se permite todavía un instante para reflexionar. Lentamente va calzándose las medias, se pone de pie, se sube el pantalón, busca su remera y su abrigo, abandona la habitación poseído por el miedo, por la angustia, por la bronca.

Un portazo suena estruendoso en el edificio, Celeste abraza con fuerza la almohada, Lucio llora desconsolado en la vereda, comienza a caminar hacia cualquier parte, se siente estúpido, feo, se odia, como quien cuenta jugando a las escondidas se recuesta por un árbol y llora, no puede evitar el caudal de lágrimas que le nacen sinceras desde el alma y que llenándole los ojos le nublan la visión. Siente un brazo que lo toma desde atrás, que lo obliga a girar y que lo acurruca en su pecho. El Poeta Loco le dice “Ya está, no te preocupes, ya vamos a hablar”. Lucio llora afligido, un temblor le gana el cuerpo, cae sobre sus rodillas, el Poeta se agacha y le repite “ya está, ya está... no te preocupes”.

Capítulo VI

Lucio y un hallazgo

Se me ha alejado la tristeza; y esto de tampoco ser feliz es más difícil de soportar de lo que imaginé. Por momentos me encuentro sentado en el banco de la plaza sonriendo solo y pensando en inútiles cosas hermosas, en futuros y adorables sueños, en la magia del idilio, en la alegría de sus caricias, en la belleza de su nombre, en la perfección de su cuerpo. Arriesgándome a sonar vulgar debo decir solamente por no faltar a la verdad que desde que estuve con ella a hoy todos los días han sido colmados por un gigantesco sol, para mayor pena mía. No recuerdo una sola llovizna, una sola amenazadora brisa que exceda lo que universalmente conocemos como fresco o como solemos decir un poco más tiernos, fresquito. Como ocurre cuando llegan esos días de primavera y de felicidad al mismo tiempo, todos sabemos, es imposible estarse encerrado. Salgo a caminar porque hasta hace poco fui feliz, disfruto del paternal calor del sol porque quiero ser feliz, admiro la arquitectura de la ciudad, me asombro con pequeñeces, me emociono con algunas canciones. Ensimismado en vagos pensamientos estaba cuando mi mirada captó la silueta de una hermosa señorita. El sol bañaba, por decirlo de alguna manera, su piel trigueña; sentada en el banco recostaba el peso de su cuerpo sobre sus brazos tirados hacia atrás, permitiéndole esta postura extender sus pies hacia delante, como exponiéndose en toda su magnitud al afable calor del gran astro. El resplandor hacía brillar su cabellera, y recuerdo que en ese momento pensé que tal vez sería a la inversa ya que parecía ser que la luz salía de la maraña de pelos enredados por el viento directamente al cielo, más exactamente al dueño del firmamento; o supuse que quizás estaba presenciando un fenómeno único e increíble, los dos sobrevivían cada uno gracias al reflejo del otro.

Sería gracioso, se me ocurrió, ver que minutos antes del atardecer la chica se levantara y se fuera alejando en dirección Este y que el león del cielo se fuera lentamente apagando en dirección contraria.

El atardecer es una cosa hermosa.

Es la lenta agonía de cada día. La incansable repetición. Una vez tras otra el mismo acto concluye, el telón se cierra para darle lugar a otro momento único, pero esta vez extienden la alfombra negra, cuelgan al azar brillantes perlas y dejan como única referencia una moneda de plata, un lunar de marfil, una sola y gorda gota blanca que se le habrá escapado en un incómodo y desamparado sollozo al gran creador. Debe vivir con la luz robada como algunos de mis vecinos, la luna, y su soledad nos hace parientes; la ternura, la piedad que inspira ha obligado a algunos pseudo poetas vulgares incapaces de contener su voz a recitar versos que muchas veces debieran descansar en el olvido. Está claro que a las personas ordinarias también les ha despertado alguna vez un sentimiento emotivo pero el compartir los colectivos, el trabajo, algunas reuniones y las aburridas coincidencias cotidianas son motivos ya suficientes como para nombrarlos y darles cabida también en este relato. De modo que todo esto me hizo pensar también en las estrellas, me permití imaginarme un frío helado y galáctico rodeándolas una vez tras otra, con esa fuerza interminable que esconde el viento, con ese origen desconocido del agua que incesante no termina nunca de morirse ni saltando vertiginosamente de las cataratas, ni completando un océano y mucho menos colmando el cauce de los ríos; *todavía le sobra fuerza, pensé, para hacerse lluvia y terminar siendo charco en mi vereda*. La fantasía, colaborando con la imaginación, me permitió soñar que esta chica en lugar de aros llevaba pendiendo de sus orejas dos brillantes y pequeñas estrellas, será que tiene también en su rostro el aire gélido de la madrugada, será que su mirada está también extraviada como las nubes de la noche, será que sus ojos esperando vaya uno a saber qué amor también se fueron abandonando y enloqueciendo como los de la luna, perdiendo en algún momento toda identidad y necesitando más tarde de la luz de otro para verse viva, dependiendo de un alma cualquiera, pero brillante, para poder existir. La culpa puede ser de un amor no correspondido, o de no saber amar.

La vida es una infamia. Si supiera llorar, lloraría por esa chica y si ella se animara a llorar públicamente estaría desahogando ahora su caudal de lágrimas archivadas.

El sol se empieza a retirar cauteloso, como si fuera tímido o como si se estuviera alejando cuidadosamente de un peligro. Para mi alegría la chica se levanta de su banco y comienza distraída su camino dando la espalda al astro, anda suave y ajena, abstraída, como disimulando un dolor, como si estuviera por fuerzas mayores abandonando a alguien. Al pasar a mi lado me mira cómplice y tranquila, ensaya una sonrisa melancólica, la cabellera de fuego se va apagando, el calor va desapareciendo, en el cenit una solitaria estrella acusa el apogeo del crepúsculo, la luz de un farol enciende confusa contra el suelo la sombra viva e inquieta de la chica que camina mustia, que se aleja lenta y triste, vacía, ignorada por los demás.

Me llevó unos cuantos minutos decidirme, pero al fin, empecé a seguirla manteniendo cierta distancia. Durante dos o tres cuerdas sentí que estaba haciendo cualquier cosa, una locura, no está bien empezar a seguir a la gente por que sí. Pero enseguida recordé, o me engañe inventando una tarea olvidada, que tal vez yo podría acercarme, simplemente acercarme y preguntarle qué le pasa, por qué está tan triste. Así que ésta “justificación” alentaba mi objetivo.

¿Mi objetivo? No importa, la seguí desde lejos fantaseando con su silueta, imaginando su nombre, creándole un pasado y un presente, riéndome con la ocurrencia de que tal vez también se llame Celeste. Este nombre invocó lúgubres sentimientos, me volcó en el pecho un tarro de penas nuevas, nuevitas, recién estrenadas, y no pude evitar llevar mi mirada al suelo y caminar ya concentrado en el dolor de haber sido expulsado tan rápidamente del apenas comienzo de una relación. Me detuve en un quiosco a comprar cigarrillos y ahí mismo delante de mí estaba la chica de la plaza.

—Hola —dije yo que soy poco ingenioso para levantarme una mina.

—Hola —contestó un tanto avergonzada. Enseguida, dándome la espalda, se pidió una cajita de chicles y se apresuró con pasitos cortos a salir del lugar. Yo, imposibilitado de controlar mis impulsos, corrí también dando unos saltitos detrás de ella. Agarrándole el hombro la di vuelta.

—No sé qué tenés, ni qué te pasó, pero lo único que se me ocurre decirte es que el amor detiene el tiempo... y el tiempo detiene el amor.

—... El tiempo detiene el amor... —atinó a murmurar de manera inconsciente.

—Sé que necesitas hablar con alguien, así como me ves soy completamente inofensivo, te puedo escuchar, podemos buscar un café y sentarnos a charlar un rato... y si por ahí no tenemos nada para decirnos, nos quedamos callados, no importa. No te preocupes, está todo bien.

Como si ese “está todo bien” garantizara algo, como si cualquiera, un desconocido, se acercara y alcanzara con decir que está todo bien para ganarse la confianza del otro, así lo dije y al parecer, así lo recibió ella.

—A dos cuadras —dijo meditando su decisión— hay un bar lindo, nos podemos sentar ahí.

A mí, que nadie me encomendó la tarea de consolar corazones deshechos, me sorprendió la aceptación de mi propuesta. Inmediatamente me invadió el miedo de cómo abordar la situación, de cómo iniciar la conversación. Pero la verdad es que nos sentamos y ella enseguida confesó su idea de tomarnos un vino tinto. Naturalmente apoyé el plan de facilitar el fluido de palabras con una correntada de alcohol. Por suerte, no me dejó pagar. No hablamos de nada en particular, o mejor dicho de nada personal. Tras un comentario y una coincidencia de pensamiento el momento se hundía en un sopor que aparentaba profundas reflexiones, ella perdía su mirada a través del vidrio de la ventana y yo perdía la mía en sus ojos marrones que se me hacían genuinos, puros, hermosos.

Pasando la mitad de la botella nos reíamos de cualquier cosa; al terminar este primer vino nos desafiábamos, apuesta mediante, a que no podríamos terminar otro. De esta manera acabamos probando cada uno el sabor de la boca del otro.

La mecha se había encendido y besos más apasionados nos obligaron a sacar de entre nosotros la mesa que a esa altura estorbaba. En un entusiasta y ebrio abrazo las copas fueron a dar contra el piso, el líquido sangriento se esparcía por el piso, nosotros no podíamos parar de reír.

Fingiendo amabilidad los mozos nos invitaron a abandonar el lugar. Nos fuimos abrazados a la esquina de enfrente, los insultamos para divertirnos, y como si de repente nos acordáramos empezábamos a besarnos con fuerza, casi con violencia. Nos fuimos a su departamento, de alguna manera logramos tener sexo. Balbuceando quise explicarle de las estrellas y sus orejas, de su mirada fría o de la madrugada abandonada; ella me miraba enamorada. Jugábamos a muchas cosas; como suele ocurrir en esos momentos, hacíamos chistes absurdos, nos tocábamos, nos conocíamos desnudos, un comentario burdo se escapaba de mi boca y ella me refutaba todavía más vulgar. Las fuertes risotadas interrumpían la tranquilidad del edificio.

El sol se delataba suavemente por entre las cortinas, las risas fueron languideciendo. De alguna manera, en cierto punto, la noche había sido una cruel mentira, nos íbamos durmiendo abrazados, sospechando con un dejo de nostalgia que esta sería la primera y última vez que estábamos juntos y felices.

—Decime tu nombre— le pedí.

—Valeria —dijo— me llamo Valeria.

La noche en que se encontraron el Poeta y Lucio, casi después de una semana de estos últimos hechos, flotaba en el aire de la reunión un cierto clima de rareza. Los dos notaban vagamente, o mejor dicho, sospechaban que algo había en este clima incierto e infundado. Sin embargo los dos tenían razones diferentes para sentirse ajenos o incómodos. Por su parte el Poeta volaba todavía embriagado en los perfumes de aquella chica que se

dejó amar y llamar Valeria, y sentía como una especie de recelo con respecto a ese encuentro. No sabía si contárselo o no a su amigo. Pensaba que tal vez lo mejor sería guardar ese secreto y dejarlo para siempre íntimo y suyo.

Adivinaba que Lucio podría sentir envidia de su suerte, de su nueva alegría. Lucio, por otro lado, sentía pesar cada día más sobre su conciencia el desafortunado desenlace de su encuentro fortuito con la Valeria del Poeta.

Haberse acostado con un ex amor de su amigo no era poca cosa para este tipo escrupuloso y sufrido. Sobre todo sabiendo cómo venía la historia, y además, siendo testigo de los quebrantos que había atravesado el poeta en su preocupación por la vida de la chica, haciéndose responsable directo de cualquier tipo de accidente o desgracia que ésta tuviera, ya que recordamos que la palabra omanó venía persiguiendo al particular individuo y afectando, o más bien liquidando a algunos de sus amores.

Más o menos en esto estaban pensando cada uno por su cuenta sin notar que el silencio se extendía dándole un lúgubre color a su mesa.

La primera en hacerles notar su extraño comportamiento a estos camaradas fue la moza.

— Parece que hoy no tienen nada para decirse — acotó mientras le limpiaba la mesa con una rejilla sucia.

Los dos sonrieron falsamente y volvieron a su silencio.

Finalmente el Poeta dio comienzo al diálogo.

— No vas a creer lo que me pasó. Todos estos días anteriores anduve yo muy triste por las cosas que venían pasando. Unas de esas noches se me dio por ir a observar los árboles en la plaza que esta cerca de casa. Y de la nada salió una mujer hermosa, un ángel creo yo, me habló con dulzura, me ganó con su ternura así tan expuesta, me tentó con su inocencia. Yo, no pude menos que intentar besarla. Y ella se dejó besar. Hicimos el amor a la sombra de los árboles más altos, nos acostamos sobre un colchón de hojas y ahí y como si nada, se dejó amar.

—A mí, Celeste no me quiere —dijo Lucio López con un poco de vergüenza.

—Es... tenía un cuerpo perfecto, unos ojos marrones hermosos, puros, de mirada profunda, unas caderas suavemente talladas, pechos pequeños y delicados, pelo rubio y enredado, la voz... la voz era un murmullo tranquilizador, de ésas que te consuelan, de ésas que repiten las mismas palabras que otros pero que las hacen sonar distinto, que convierten todo en un lugar más apacible, sinceramente te digo, te convierte, te deja en armonía, te transmite tranquilidad espiritual, te reconcilia con el mundo, te hace olvidar las penas, los errores, los dolores...

Lucio se iba estremeciendo al momento que el relato del Poeta se hacía más dulce, pensaba que era una pena arruinarle su alegría.

—¿Pero cómo que no te quiere Celeste? —preguntó de pronto saliendo de su recuerdo

—Y eso no es nada, la encontré a Valeria y me acosté con ella. Al Poeta no le alcanzaba la cara para todos los gestos que le surgieron repentinamente.

—Y sí, no fue algo premeditado pero empecé a seguir a una chica y al final nos fuimos a un bar, nos emborrachamos y terminamos en su cama, después al final me enteré que se llamaba Valeria.

—Pero puede ser cualquier Valeria, no tiene que ser justamente la mía —al Poeta se le iban inflando las venas y poniendo más dura la mirada.

—Era la tuya, Poeta. Tenía una carta tuya en el cajón de su mesita de luz.

El Poeta dio un golpe en la mesa e hizo saltar los vasos, la gente giró para verlos.

En la vereda del bar ocurre lo siguiente: dos personas, como sabemos uno el Poeta y otro Lucio, se trenzan en una infantil pelea. La gente se detiene para mirarlos y reírse. Lucio López, flaco, sin fuerza ni músculos enfrenta a su adversario con una prepotencia irrisoria, lanza al aire insultos sobre todo mal estructurados;

según me parece a mí cualquier insulto que pretenda herir u ofender al otro debe responder a una línea y tener sobre todo un remate importante. No es el mismo aquel insulto dirigido a la persona que hace una mala maniobra automovilística, que aquél que se hace cuando por ejemplo se malogra un gol o patea uno descalzo la pata de la cama. Cuando el insulto tiene por destino provocar una reacción violenta por parte del otro, las palabras deben herir su orgullo o casi siempre el honor de la madre del insultado. Debe ser más profundo, poseer un alto grado de erosión en las fibras pacíficas o sedentarias para asegurar el éxito de la incitación a la pelea. Bueno, Lucio no poseía esta característica sencillamente porque toda su vida se esforzó en ser un tipo educado. De modo que cuando quería insultar, dominado por la ira y la adrenalina, salían más bien frases sin mucho sentido, o de poca gracia, de poco nivel en la escala del agravio. Éste era uno de los motivos que hacían reír a los curiosos que ya habían formado un círculo, alrededor naturalmente, de los amigos que se desconocieron por una mina que poco les importaba a los dos. El otro motivo era el Poeta en sí. La vida dedicada a la reflexión, la inclinación al ocio, la persecución de aquellas respuestas referidas a lo de siempre, el amor y el cosmos, lo habían mantenido alejado de la actividad física. De modo que sus movimientos que intentaban ser audaces o persuasivos, o amenazadores, eran más bien parecidos a los de un resucitado perezoso devuelto accidentalmente a la vida terrenal. Eran grotescos y graciosos. Lentos y sin sorpresa.

Uno no sabía insultar y el otro no sabía pelear. La escena por supuesto era patética. Pero la voluntad de los involucrados quiso llevar la acción hasta las últimas consecuencias. De modo que más antes que después se trenzaron en un abrazo que incluía puñetazos al aire y mordiscones en la ropa, sin lograr en ningún momento lastimarse uno al otro. Después de unos penosos minutos los testigos decidieron intervenir y dar por finalizada la pelea, pero un puñetazo de Lucio acertó en el ojo de unos de los interventores. Ésta fue la chispa que encendió la mecha.

Pronto volvió el golpeado violentamente sobre Lucio y detrás de él un par de amigos. Al Poeta se le dio por defenderlo al igual que a otros enfermos sedientos de sangre. Sucedió una batalla campal. Alguien tiró una silla. Alguien rompió una botella.

Algunas chicas gritaban por sus novios. Todo era un desastre. La gente se pegaba por que sí nada más y en el medio tirado en el piso se podía ver a Lucio con la cara ensangrentada tratando de ser rescatado por el Poeta.

Un tiro al aire alcanzó para disipar la muchedumbre.

El dueño del bar, con su eterno cigarrillo recién encendido colgándole de la boca, fue la única persona que se mantuvo en pie, sosteniendo todavía el arma en su mano extendida hacia el cielo. Con esa calma tan usual en él, dio la orden a un par de empleados de que entraran al Poeta y a Lucio; los demás habían desaparecido.

Al cabo de un par de minutos quebró el silencio de la madrugada el chillido de la cortina del frente cayendo hasta el piso. La mayoría de las luces del bar se apagaron. En el fondo se podía entrever desde la vereda a tres personas sentadas en la última mesa. Una botella de güisqui estaba en el medio y los comensales bebían en silencio. Uno de los tres encendió un cigarrillo. La conversación se dio del siguiente modo:

— Soy un pelotudo — dijo el Poeta.

— Yo también — se apresuró en asegurar Lucio.

— La chica ésta, Sabrina... “Un clavo saca otro clavo”, decía un amigo mío. Supongo que debería ser así, aunque la frase no me convence. Vos querés estar con Valeria, yo estoy con Sabrina. Las cosas están así.

— Mirá — dijo Lucio López apoyándose sobre la mesa y clavando sus ojos en los del poeta —, esta mina, a mí, ni me calienta.

El Poeta le dio un puñetazo en la nariz, el dueño del bar golpeó al poeta, el poeta cayó de espaldas. Desde el piso alcanzó a patear en la rodilla al dueño del bar, que cayó un poco al costado quejándose.

Lucio, al ver que otra vez despedía sangre, se tiró sobre el poeta. El dueño del bar ya se había levantado y golpeaba a los dos con una silla al grito de “La puta que los parió”. Los dos terminaron en la calle y se fueron sin saludarse cada uno por su lado.

Capítulo VII

Nacimiento y muerte de un amor

Aquel día —en su juventud— estaba el Poeta, una vez más, sumido en profundos pensamientos. La palabra de su padre era al fin, la última. El final de los finales había llegado y se vio obligado a juntar su ropa, hacer su bolso, y partir. Ya que no iba a obedecer lo que su padre llamaba “el curso natural de la vida”, debería inventar un curso nuevo y ajustado a sus prioridades. Estudiar o trabajar eran sus opciones, y el Poeta no sabía hacer ninguna de las dos cosas. Su meta era la contemplación; su manera de sentir era tan sensible que a todas luces el poeta sabía ya muy de chico que la poesía era lo suyo. Pues bien, en la casa de sus progenitores no había lugar para versos y constante asombro. Había que generar dinero para comer, no admirar una simple arveja y preguntarse quién la creó para así llegar a la planta de la arveja en el fondo de la casa y descubrir el resto de las plantas y árboles y el cielo y el viento y las nubes y el mismo Dios. “El autor es bello y sabio, solamente alguien con estas cualidades es capaz de permitir que en un rincón insólito del mundo exista una huerta tan hermosa como ésta, instalada en el mismo fondo de mi casa”. Tal era el pensamiento pobre e inocente de este individuo en sus primeros años. Enseguida un grito atronador sonaba desde adentro: el padre lo llamaba para destapar el baño.

Estos dos estilos de vida tan diferentes no iban a encontrar nunca un punto de conciliación. Los dos lo sabían, pero uno persistía convencido de poder quebrar las primeras resistencias del otro, y el otro se fortalecía por orgullo y amor al arte, pero sobre todo, simplemente, para no ser vencido como tantos otros, por el inevitable destino que le juraba una vida sin más pretensiones que las de trabajar día y noche para pagar el alquiler y la comida. No, el Poeta intuía que afuera, en el mundo, debían existir cosas más importantes, más asombrosas y más hermosas.

Su olfato de novato no le mentía.

Uno de los pilares, tan fuerte como una torre, era la sospecha de la variedad finita pero fascinante que ofrece el amor, y esto incluía al amor verdadero; y él, poseído por un impulso ciego

e incierto, se veía obligado a ir tras aquellas imaginarias mujeres que en sus fantasías le prometían placeres y sufrimientos por igual.

La tentación es grande y poderosa, y el ser humano es debilidad en carne y hueso, y quizás también en espíritu. La curiosidad lo había llevado a tener algunas aventuras, reales ya, con un par de vecinas, o con alguna de sus primas. Apenas lo poco que se le había revelado en su temprana edad era ya un motivo imposible de ignorar, y su imaginación, siempre holgada, virtuosa, le dictaba en un rápido ejercicio de silogismo, a veces engañoso y fácil, que detrás de estas fronteras de barrio habría mejores mujeres, amores más interesantes, seductores terrenos por recorrer, sublimes batallas por luchar, dignos fracasos que vivir. Pero el alma no está en el estómago, uno no puede llenarse la panza de sueños y quimeras.

Resistiría hasta las últimas horas la caprichosa pelea casera que planteaba y dividía la situación en dos bandos: uno, en el amor por la belleza y el arte; el otro dominado por la imprescindible presencia del dinero. Nosotros, ya crecidos, no justificaremos ni la incomprensión de uno, ni el arriesgado y ambicioso sueño del otro. Simplemente queremos asentar las causas del doloroso destierro sufrido por este personaje.

Como dijimos antes, finalmente llegó el día en que las fuerzas se enfrentaron, y en ese humilde hogar estaba claro que no había lugar para los dos. De modo que el Poeta tuvo que irse.

Remitámonos al principio de este párrafo ahora que sabemos la profundidad de los pensamientos en los que buceaba el poeta mientras estaba sentado en una plaza mirando, y quizás admirando, el rosado horizonte. En ese momento no pudo evitar preguntarse qué pasaría de aquí en adelante. Digamos que no sabía si sentir temor o alegría. Qué sería de su vida ahora que no tendría ni plato ni comida, ni techo ni cama, ni hogar ni amor maternal. Aferrarse a sus quimeras era lo que le quedaba, pero quién le llenaría el estómago.

Una lágrima indecisa amagaba de un tiempo a otro con desatar el llanto desconsolado del que sólo conoce el exiliado. Saberse desamparado, entregarse a la suerte que Dios disponga, pararse con lo puesto frente a la amenaza tétrica de la inevitable noche, encontrar el valor que tienen los linyeras para desafiar los peligros que sugiere y esconde la oscuridad de la madrugada, todas estas ideas vagaban libremente en su mente y lo llenaban de miedo. La deshonrosa huida, la madre que no volvería a ver, la traición y la desobediencia que nunca perdonaría su padre, todos estos hechos eran hierros al rojo vivo que iban lastimando su alma, machucando su carne, fortaleciendo su corazón.

De modo que ya nunca volvería; había al fin cruzado la línea, se habían desatados los hechos y él estaba solo y temeroso sentado en el frío césped de la plaza. Se quebró y rompió en llanto. La noche pobló el cielo, las luces se encendieron, las personas y los autos terminaban sus rutinas y volvían a sus hogares, las parejas recorrían de la mano las veredas comentando su día, los policías se mostraban vigilando celosamente las esquinas y una mano fue a tocarle el hombro al Poeta. El Poeta escondió su rostro y su pena entre sus brazos, avergonzado de sus lágrimas. La voz preguntó: “¿Estas bien?”

El Poeta no respondió porque no tenía voz, porque las palabras se le trababan en alguna parte, porque dar una respuesta a tan sencilla pregunta requería de mucha explicación, de recordar todo el dolor que justo ahora estaba desahogando. “Escuchame, ¿estás bien?”, repitió la voz y recién ahí el joven Poeta la reconoció femenina, dulce, angelical. El Poeta levantó sus ojos mojados y rojos y vio por primera vez a Valeria que en cuclillas insistía una y otra vez en dejar un mechón de pelo negro detrás de su oreja sin poder conseguir con éxito en ninguna de las oportunidades su objetivo.

Respondió, maleducado de su parte, con una pregunta que conquistó sin ser su intención de una vez y para un tiempo a la chica. ¿Vos creés en el amor?, le dijo.

A Valeria se le erizaron la mayoría de los vellos de sus brazos, digo que se le puso la piel de gallina. “¿Pero, qué te pasa?” A las mujeres, por debilidad, les permitimos estas fallas de contestar con una pregunta. El Poeta no contestó. Nada más estiró su mano y dejó en paz detrás de la oreja al encaprichado mechón de pelo negro y de paso a la vuelta con la sensitiva y casi virgen sensibilidad de sus dedos acarició el suave y blanco rostro de la chica. El amor está en todas partes, le dijo, pero es la primera vez que le veo la cara, que me enseña sus ojos. Ella sonrió. Él sonrió también pero con melancolía. No hubo en ese momento en otra parte del universo un destello similar al de esas miradas encontrándose: una, enloquecida por el repentino torbellino de emociones; la otra encantada, o engañada, por el genuino brillo que surgía en el centro de esas pupilas hermosas y profundas, tan propias de un soñador.

Intercambiaron todavía un par de palabras más, pero éstas ya sin importancia, solamente protocolares; y como el destino de este escrito es mantener constante en el aire un aroma parecido al perfume que insinúan el amor o las pequeñas cosas románticas, dejaremos de lado aquellas frases vulgares. Solamente diremos que momentos después caminaban del brazo por las veredas de la gran ciudad, al igual que las otras parejas: anónimas y tiernas, hechas a la perfección para la envidia de los solitarios.

Abrazando los edificios y castigando las plazas, la noche había caído, y en su inmutable decisión había sentenciado frío.

En el camino el Poeta pudo ver algunos linyeras cubrirse con cartón, maldiciendo y tratando de amoldar su cuerpo al del duro suelo, dejando a mano por cualquier emergencia la botella plástica de gaseosa con sus fuertes dosis de alcohol etílico.

Se alejaron mezclándose entre los otros buscando los dos amor verdadero; uno de ellos en ese momento solamente pensaba en satisfacer el reclamo gastronómico que su estómago le hacía. A la otra se le volaban los ojos a cada palabra del poeta.

Al parecer, contra todo pronóstico, el hambre y las quimeras, podían ir por la vida sencillamente caminando de la mano.

El Poeta sonrió, Valeria también.

Quizás los dos ya sabían que se amaban.

Valeria abre apenas los ojos, como espiando, y ve al Poeta sonriendo encima de ella. Lo ve inclinarse muy despacio hasta su cuello: le planta un beso. Valeria sonríe porque ahí le da cosquillas. El Poeta lo sabe y repite una vez tras otra esta acción y en cada oportunidad se esfuerza por hacerlo más despacio. El suspenso llena de ansiedad a Valeria, que patalea al final de las sábanas y sin poder resistirlo suelta un grito nervioso. Recién ahí el Poeta la besa donde la sensibilidad le hierve la sangre. Valeria acaricia con las dos manos la espalda del Poeta. Él la besa en la boca. El beso baila su danza de torsión y saliva. Las lenguas en esa comunicación extraña y excitante se buscan, se encuentran, se tantean, van y vienen en un acuoso ambiente. Ella toma con sus labios la otra lengua y la saborea hasta el final. Los dos se miran enamorados. Él la penetra con cuidado, suavemente. La humedad de ella vuela los ojos del poeta, se aleja de la tierra como si fuera un barrilete, juega y se divierte flotando en la libertad del cielo, se deslumbra con nuevas vistas de otros mundos, con distintas perspectivas de antiguos paisajes, y desde allá arriba ve los gestos de Valeria que amalgaman al dolor con el placer, a la satisfacción con eso que denominamos “amor”. El Poeta piensa quizás en otras cosas, pero estas cosas son hermosas, puras, de cierta manera violentas; entonces ataca a su víctima como si quisiera callarla de una vez por todas, persigue el grito último de ella acelerando la velocidad de sus caderas y ella se siente venir y él siente que el alma está por abandonarle el cuerpo. La tensión crece hasta llegar a un punto imposible de sostener, lo mantiene ahí unos pocos segundos y los dos gritan desahogando un alivio inefable.

El Poeta se recuesta contra ella, se dicen cosas íntimas y cariñosas, se abrazan y cada uno manotea de la mesita de luz

su correspondiente vaso de cerveza; toman primero un trago y después brindan “por los fracasos del amor”, dirá el Poeta plagiando viejos tangos.

La pieza entera es amor: la pequeña lámpara, sus exageradas sombras en la pared, el horrible color del empapelado, las sábanas revueltas y perturbadas en el piso y en la cama con ese aire de haber sido violentamente abusadas y abandonadas como víctimas de un arrebato terrible, de un saqueo despiadado; la misma ropa de los dos en desuso y sin vida yaciendo a los pies del único mundo que estos dos amantes poseen: el planeta cama.

El universo se resume al campo que pueden captar estas dos miradas, y esto es el cuerpo de uno y de otro.

Lo demás es exterior y lejano.

Sonidos perdidos retumban en la calle vacía y suben hasta los oídos de los amantes, pero ellos no los oyen. Solamente se estudian y se aprehenden, se brindan tiernas caricias, quizás también por descuido se juren cosas eternas...

La vía del tren

En pleno futuro he visto, sobre los rieles, una lágrima antigua, una visión amarilla de lo que ahora es nuestra felicidad, una burbuja de llanto oxidada, abandonada con color de herrumbre del olvido. Un poco de tierra la cubría, es cierto, no miento al decir que tuve que ensuciarme las manos para descubrir aquel error. Sin embargo esta carta no es para vos.

Tirada en la cama puedo verte y verificar que no te dejé, puedo mirarte hermosa y rubia, de boquita de besos rosa, de besos cálidos, parecidos a los maternos pero que van más adentro, como un clavado al abismo sin pensar. Y puedo decir sin temer al ridículo que sabían a flores tus labios de carne carmín, que era de saliva ese abrazo de humedad. Me llenaban el cuerpo y calmaban el hambre esas conversaciones de nada que mezclaban filosofía y alcohol, y de vez en cuando una opinión acertada.

Pero no te dejé y todavía no es mañana, que ya es un punto a favor en el incierto aire que respiramos.

Pero hablando de aire y de respirar y de tango, hoy es mi cumpleaños y no hay peor festejo que el que no merece ningún tipo de fiesta, el día de hoy vino y vino como si fuese cualquier fecha, y mañana, que ya es dentro de pocas horas, olvidaremos que cumplí esta edad que viene a acusarme como si tuviese razón, que viene a decirme con algún tipo de derecho que yo no hice nada todavía por esto (que es el relleno de un lunes a otro y) que llamamos vida. El tiempo, digámoslo sin miedo, es un aire con o sin viento, es moverse o quedarse quieto, es lo mismo que salir corriendo o quedarnos en el punto de partida. La vida, la vida pasa por otro lado, es una calle paralela a este martes o miércoles que a veces llamamos jueves solamente para variar. La vida debe ser otra cosa que una pulsera de rutina, que una sonrisa fingida en el trabajo y una lágrima dormida en la almohada. Pero nosotros no fuimos eso, porque en verdad todavía somos amor y alegría. Pero después cuando te canses y me dejes o descubras una falla en mi miserable ser humano puede ser que tenga razón, puede ser que me digas que es cierto. Y en el eterno vagar de mi pensamiento vaya uno a saber si me encuentro con una noche poblada de nubes que amenace con estruendos de recuerdos lastimosos, de rasguños de soledad.

Y no me voy a prender de la nostalgia, no voy a ser el tango que te canta doloroso el lamentable hueco de tu ausencia. Por una vez voy a ser más macho y voy a salir disparado como auto de carrera a la pista de otra estrella porque en otro corazón hay un poquito de amor que ya barrió las caricias de viejos amantes para dejarme despejado el cielo, para recibir con sentimiento vivo un beso prometido entre semana un día en un parque cualquiera. Y digo parque porque ahí la conocí, en realidad ahí la voy a ver, teniendo en cuenta que todavía no es mañana y que tu error es tuyo y no mío. Porque como podemos ver yo estoy... y vos no, quizás por una cuestión de principios,

por una diferencia en la escala de valores, quizás porque comprendemos de maneras distintas una urgencia familiar.

Yo no tengo familia. Mi día es hoy y no sé dormir solo. No conozco más miseria que la vida cabalgada a pelo. Y como sabemos tus señales te llevan a otro lugar. Pero la diferencia es mínima, y ese pequeño hilo de luz ya es una distancia.

Entre mi corazón y tus besos están el hoy y el mañana. Está el parque de la otra cuadra y la mujer que esperará sentada a las cuatro mi presencia. Mis palabras serán otras y no hace falta que aclare que el tono vendrá bañado en miel, que las letras se quebrarán de hoja seca en una tierna lástima del que tiene amor para dar y no consigue, pobre, recibir lo que pretende. Pero mañana todavía no amanece, mientras tanto te sigo queriendo lo mismo, y puede que no vaya o que ella no se presente, y puede que a la vuelta no encuentre en otra semana tu lágrima hecha herrumbre sobre la vía que pisa el tren.

El Poeta Loco

Ésta es la carta que Lucio había encontrado en el cajón de Valeria. En un pueblo desconocido vemos al Poeta mirar hacia todos lados sin poder reconocer una sola esquina.

Camina y observa las vidrieras de los negocios. De repente se detiene y duda entre seguir derecho o volver sobre sus pasos y elegir otra dirección. En esto estaba cuando levantó la vista como buscando una respuesta celestial y divisó a Valeria recostada sobre el alféizar de la ventana de un primer piso. El sol le daba de lleno haciendo brillar su cuerpo. Terribles cosas hermosas desfilaron por la mente del Poeta, ver su pelo negro y lacio caerle en los hombros y balancearse de pronto por el empujón inesperado del viento le despertaba versos divinos que él callaba guardándose los para la intimidad de su alma. El reflejo intenso del sol sobre los ojos de la chica los transformaba mágicamente de un color a otro; en este momento eran negros pero al segundo se tornaban marrones, se iban haciendo celestes,

azules: era inevitable entonces imaginar la extensión interminable del mar con su borde rozando el horizonte, con su panza recibiendo la parte baja y anaranjada del sol, como comiéndolo lentamente, como apagándolo gradualmente, devorando sus lenguas de fuego, obligándolo a zambullirse en su vientre acuático y siniestro.

Una estrella brillante se refleja viva y blanca en el pecho del mar, sobre la pupila de Valeria. El Poeta ve caer la estrella verticalmente como si una fruta madura se hubiera desprendido del cielo; una lágrima recorre la mejilla de la muchacha, una gota blanca mancha la mano del Poeta, la bóveda se hizo noche, pero fuera del cuerpo de la chica la tarde era sol y el sol iluminaba la avenida de tierra. El Poeta estaba en la oscuridad lejos de la mirada de ella; el pelo se fue recogiendo, el rostro se volvió pálido y sombrío. En este el horizonte el sol cayó como si fuera de plomo. La chica alejó su figura de la ventana. La noche era noche en los dos cuerpos. El poeta pudo sentir el monstruo de la melancolía recorriendo las galerías de la vereda; atinó a correr en dirección a la ventana y gritó el nombre de ella con fuerza: "¡Valeria!". Pero nadie pudo escucharlo por dos razones: en la calle no había un solo ser humano, y al mismo tiempo que él gritó un rayo violento partió la tierra. El Poeta quedó paralizado, como a punto de dar un paso. Una gota cayó sobre la antigua mancha blanca borrándola misteriosamente. El poeta quiso llorar pero el cielo se adelantó: primero una suave llovizna, después una fuerte lluvia. La ventana seguía abierta y una tenue luz en el interior le brindaba candorosa un poco de esperanza, pero repentinamente la luz se apagó, el pueblo se hundió en la oscuridad total, el Poeta sintió caerse y reventar en la plana extensión del mar; no dio contra el vientre, entró directamente por su gigantesca boca, se mareó en la arremolinada garganta, poco a poco fue quedando sin oxígeno y su delirio no era ya una pesadilla, estaba en un infierno de agua, se veía como un difuso reflejo en la pupila de Valeria, como una imagen fantasmagórica

que se va retirando, ella empezó un sollozo pero pronto se recompuso. El Poeta se abandonó a la muerte perdiéndose en las profundidades del océano.

Ella cerró sus ojos y se entregó al sueño: se vio caminando por una playa desconocida, a cada paso iba marcando sus huellas en la arena húmeda, el mar con su lengua de agua y espuma las devoraba iba borrando detrás de ella su rastro, como queriendo desaparecer toda evidencia. Valeria se sentó en la orilla dejando que el agua le tocara los pies, sonrió mirando el cielo gobernado por la luna llena y se imaginó feliz, se soñó posada en su ventana respirando la brisa fresca de la madrugada. Una mano negra la tomó por la garganta, lloró dormida, la melancolía se apoderó de su alma y fue necesario despertarse e ir a la cocina a tomar un vaso de agua.

La playa se había ido, el pueblo nunca existió para ella, Valeria había olvidado al Poeta.

La pena, la tristeza, el quebranto eran tareas para más adelante; posiblemente mañana o cualquiera de estos días vuelva a ser feliz. Algo se alejó de ella, algo le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda. Ya acurrucada de nuevo en la cama cerró los ojos y logró dormir.

Logró dormir esa noche pero nunca más pudo volver a soñar.

Hay amores que sin ser para siempre son eternos, o que sin ser eternos son para siempre. Hay amores que deberían recordarse constantemente, que no deberían ser abandonados en las tierras del olvido, en el cementerio del pasado, que por no tener más oportunidad son dejados en la tumba de los imposibles de resucitar.

Hay amores que no se deben olvidar; uno de los dos puede morir en esa penosa tarea, uno de los dos puede desaparecer y el otro puede no volver a creer, uno de los dos puede andar desvelado imaginando reencuentros y el otro puede que no sepa cómo volver a soñar.

Capítulo VIII

Traición lunar

Las largas caminatas siempre fueron una buena opción a la hora de huir de algo. En este caso debía escaparse de las lágrimas de Sabrina y de las propias. Pero no hay trincheras donde refugiarse de los propios pensamientos, de la voz interior. Conociendo con cierta sabiduría que no lograría burlar sus propios reproches, al Poeta se le dio por enfrentarlos de una vez por todas, sentarse y recordar aquella noche. Pero no era tan fácil, ni él tan valiente. Buscó un bar, encontró una solitaria mesa junto a la ventana que respondía perfectamente a lo que la situación exigía. Se pidió una cerveza; los ojos se le humedecían, posó su vista en el líquido amarillo, en las ascendentes maniobras de las burbujas, los ojos se le volvieron cristalinos, giró la cabeza y la mirada traspasó el vidrio de la ventana; como una mariposa se posó en la vereda de enfrente, aleteó un poquito más y jugó a bordear la pared, comenzó a levantar vuelo y pronto fue dejando debajo de sí el borde del muro, siguió flotando divertido entre las ramas de un árbol, esquivando a último momento las hojas que el viento mecía, pronto ya era parte del aire, vagaba liviano y sin dirección como una burbuja, y ahí vino a presentarse el rostro de Lucio López, su boca moviéndose y confesando su apasionado amor por Valeria, el desgarrador sentimiento de traición que se apodera del Poeta, las ganas de matarlo a palos, de verlo sufrir y sangrar, y sin embargo no podía decir nada, se contenían y se enloquecían en un torbellino interior los sentimientos y las palabras del Poeta, sabía que no podía hacer nada, el amor sucede, y nadie puede hacer nada al respecto, los dos lo sabían, pero a veces una pasión es más fuerte que la razón y logra enceguecernos de furia o de un obsesivo sentimiento de posesión, lo que fue mío, los amores que yo realmente amé, nadie puede amarlos, a nadie podrá despertar iguales y profundos sentimientos y mucho menos ser recíprocos. En esto consiste el egoísmo del Poeta: su esfuerzo será por siempre recordar a la amada que nadie podrá amarla tanto como él, pero que tampoco podrá tener su amor, por la libertad y esas cosas que tiene y necesita, o inventa el artista.

El miedo, la cobardía, el sueño de vivir varias vidas lo obligan a desviar su camino una y otra vez. Y después acusa al destino, y después reparte responsabilidades, y después se acurruca en su cama muerto de miedo y no logra pegar un ojo en toda la noche. Y es imposible y es inaceptable reconocer aquel grosero error del ego inflamado que lo tiene yendo por la vida renunciando a algunas amistades, y en este caso calculando en darle muerte.

De modo que la culpa no era suya, la culpa es del amor, del amor entre Valeria y Lucio López, del amor del poeta a Valeria, y del no-amor de Valeria hacia él. De haberlo olvidado, de haber superado y enterrado su romántica y fantasiosa historia.

Era lógico, ya que hablamos de pasiones, encontrar la respuesta en la mano negra.

Sí, era preciso y justo que la muerte se llevara a uno de los tres, al culpable.

Empezar a carburar la desaparición de Lucio López era una tarea un tanto incómoda. Preso de sus palabras y de su odio el poeta había terminado por comentárselo a Sabrina. Había jugado con la idea de incitar a la chica a que cometiera el crimen. Pero rápidamente se arrepintió de sus pensamientos. El odio nubla la razón. Y Sabrina no tenía nada que ver en esto.

Entre la gente y las mesas hay una chica que llama particularmente la atención de Lucio. Baila en el mismo lugar sin mover mucho los pies, el pelo rubio acompaña el movimiento. En una mano un trago de color rosado, en la otra un cigarrillo. Lucio la mira con mayor detenimiento. Ella tiene una camisa a rayas de cuello ancho; un par de collares le cuelgan del fino cuello y las perlas de fantasía se pierden dentro de los primeros botones de la camisa sin abrochar. Ella levanta sus manos y suelta el característico grito de festejo o celebración en un boliche.

Lucio López sospecha que está sola, pero de todos modos prefiere dejar pasar un tiempo prudencial que venga a confirmar esta presunción tomada a la ligera.

Sin embargo aprovecha estos instantes para una observación más profunda. Una minifalda marrón, medias negras, botas... y nadie se acerca; y eso no sería nada, la chica lo mira directamente a los ojos queriendo provocar la más lógica reacción a este muchacho lúgubre. Pero acercarse y hablar. Siempre fue una seria dificultad su timidez. Además todavía le pesaba aquel dolor tan cercano de haberse peleado con un amigo. Y mientras comenzaba a repasar los hechos ocurridos no podía evitar sentirse mal, enciende un cigarrillo y toma otro trago de cerveza, se recuesta por la barra y olvida a la chica, olvida a la gente que lo rodea, olvida su propia vida, su miserable ser, se va entregando a un enfermizo sopor que lo lleva a recorrer desde las alturas sus sueños y su pasado, su todavía más doloroso presente, su borroso futuro, su infancia, uno tras otro sus fracasos amorosos. Ya desde chico los idilios que sabía tejer con desmedida imaginación fueron perdiendo el encanto a los pocos días de intentar un acercamiento más interesante.

El rechazo no era de las mujeres hacia él, sino de su interior hacia ellas por haberse descubierto ordinarias como cualquier otro ser humano, mediocres, livianas, con ideales pasajeros y aburridos, desinteresadas en la belleza del arte, ignorantes de los versos perfectos que soñadores atrevidos y fantásticos han dejado documentados sobre una hoja de papel, no pensando en la posteridad sino motivados por la urgente necesidad de un desahogo interno y espiritual, desfalleciendo por cada palabra, enloqueciendo por una rima, sintiéndose morir y lamentando esa muerte por abandonar la poesía de la vida.

No sabemos si cruzando el umbral de la oscuridad de donde nos llama la muerte existirán también la poesía o el amor.

Las pesadillas de los poetas se parecían a las mujeres que conocía Lucio. De modo que había llegado a dos conclusiones: o estaba buscando en el lugar equivocado, o lo que anhelaba no existía. Tenebrosas preguntas. ¿Dónde queda la salvación? ¿Existe realmente todo esto? Y la clásica: ¿Estaré en el infierno?

Pero existen también pruebas irrefutables de que todo esto no es tan malo. Pruebas de ello son algunos libros de escritores atormentados, emotivas obras de músicos de otro mundo. Entonces no todo estaba tan errado, solamente era él, y ahí no más habilitaba a su garganta otro refrescante trago de cerveza y de inmediato prendía un cigarrillo como para acortar su vida, como para desafiar la presencia inminente de la pálida muerte. Para desilusión suya, una vez más la fría y cadavérica mujer no concurría a la cita, no se dejaba seducir por los pobres fundamentos del idiota. La gente seguía bailando a los saltos alrededor, acelerando los trámites para llegar cuanto antes al estado mágico de la ebriedad, combinando toda clase de bebidas, alegrando artificialmente su pobre cuerpo con la ayuda del alcohol, sonriendo porque son unos estúpidos. Pobres inocentes, decía Lucio López al tiempo que empezaba a seguir el ritmo golpeando la palma de la mano contra su pierna.

Y la hermosa chica ya no estaba.

El pequeño círculo en el que bailaba estaba ahora vacío. Se había esfumado como un fantasma.

Lucio, a quien no le faltaban penas, decidió adueñarse también de ésta pensando que quizás podría haber sido ella, que había desaprovechado su oportunidad. La tortura sin fundamentos es la fácil elección de los masoquistas. Nuestro amigo era uno de ellos, artista de espíritu, infeliz por vocación. Pero nada lo obligaba a dejar el lugar, ya que nada lo esperaba afuera, en el mundo; no estaría nada mal —pensó— acurrucarse en los amistosos brazos de la borrachera, dormirse recostado en el tibio pecho del alcohol. Así es como decidió morir, al menos por esa noche, en aquel horrendo lugar, acodado en la barra, por supuesto.

Y comenzó a pedir bebidas más fuertes.

Más antes que después, la combinación de lo que tomaba y lo que escuchaba lo llevó a sentirse más animado, hasta ya le habían dado ganas de bailar y de pronto poseído por la música estaba a los saltos en el centro de la pista chocando a la otra gente, intentando besar de prepo alguna señorita, desafiando con valor a sus novios, tratando en vano de defenderse de los tipos de seguridad, recibiendo algunos golpes en el cuerpo y en el rostro y finalmente se descubrió tirado en la calle, siendo una vez más motivo de risa para aquellos que lo observaban.

Se levantó y gallardamente amenazó a los tipos de la puerta.

Una buena persona le ofreció su vaso de cerveza, Lucio López lo aceptó como un regalo y se fue tambaleando hacia la esquina.

Manteniéndose apenas de pie pudo divisar a mitad de cuadra un callejón oscuro. Pensó que sería un buen lugar para morir o dormirse. Y se fue como sosteniendo la pared hacia esa boca de lobo.

El callejón era perfecto, pensó. Era hora de renunciar a la vida. Entró entonces dejando que el negro paisaje lo comiera, sin saber que ya nunca más saldría de ahí, al menos con vida.

A mitad del callejón encontró una pila de bolsas de basura perfectas para echarse. Y se tiró encima volcando el vaso de cerveza sobre su ropa. Maldijo a todos los santos y a algunas madres anónimas, y levantando la vista para darle énfasis a su maldición pudo observar el cielo hermoso y tranquilo, cautivante; livianas nubes flotaban y transitaban sin prisa el firmamento. La luna, reina indiscutible de la noche, brillaba como nunca; su redonda panza blanca parecía agrandarse y descender sobre Lucio, tanto así que tuvo el acto reflejo de cubrirse la cabeza como si ésta fuera a caerle encima, pero levantó una vez más la vista y la noche perdió su encanto. La luna seguía una vez más pegada a la piel uniforme y negra del cielo. Indiferente a sus sentimientos.

Sintió ganas de llorar, de rendirse, y una oración sincera le nació desde sus entrañas. Su propio espíritu comenzaba a alejarse de su cuerpo; estaba consciente de todo esto y dijo en voz alta:

“Luna hermosa; mía y de todo el mundo, dueña de todas las noches del pasado y del futuro, demostrame hoy y ahora que el amor existe, traeme a esa dama que sueña con ser dueña de mi corazón y de toda mi atención, dame una señal de que el amor que busco existe... o termina con mi desgracia dándome la muerte”.

Firmes pisadas se escucharon en la entrada del callejón. Lucio miró y no pudo ver por la borrachera y la oscuridad. Más de cerca una silueta se iba descubriendo, era sin dudas una mujer.

— ¿Qué te pasa? — dijo la voz angelical.

Lucio no pudo responder porque lloraba, quería mirar y agradecer a la luna pero también quería correr y abrazar a la mujer. No pudo hacer ninguna de las dos cosas. Las piernas se le aflojaron y cayó al suelo sollozando como un niño, escondió la cara entre las manos y desahogó toda su pena; todos los dolores que tenía los dejó ir en aquel llanto. La mujer corrió y se agachó para abrazarlo, lo tenía pegado a su pecho acariciándole el pelo y consolándolo como lo hacen las madres, como sólo una mujer lo puede hacer.

— ¿Qué te pasa? — repitió.

— ¿Cuál es tu nombre? — preguntó con la voz quebrada nuestro amigo.

— Mi nombre no importa, cada cual me llama como se le antoja.

Lucio López lloró todavía con más fuerza. La mujer, tomándolo desde la temblorosa quijada, le levantó la cara, lo miró tiernamente y lo besó en la boca.

Lo ayudó a levantarse, lo recostó contra la pared y comenzó a besarlo apasionadamente. Lucio naturalmente se entregó sin vacilar a ella. Pero de repente un sonido hueco retumbó en el callejón. Lucio sintió penetrarle entre las costillas un frío filo de algo puntiagudo, un cuchillo.

A Sabrina las manos se le iban humedeciendo de sangre.

Lucio atinó a defenderse y a empujarla, pero la fuerza del asesino puede más que la de la víctima. Sabrina lo tomó del cuello y lo puso contra la pared mientras hundía hasta el tope su puñal. La asesina se asombró de la cara espantosa y ridícula de Lucio. De pronto cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo y lo soltó. Lucio cayó pesadamente contra el suelo. Sabrina lo miró todavía un segundo más y se dio vuelta y comenzó a correr en dirección a la calle. El individuo se movía todavía un poco tratando sin suerte de arrancarse el puñal del pecho. Volvió a intentarlo con sus últimas fuerzas y se murió con los ojos y la boca abierta asombrado por la traición del cielo y de la luna, pensando quizás que la vida es un poco tonta, que no tiene mucho sentido, y que la muerte, tampoco.

Capítulo IX

Fantasmas que no se alejan

El Poeta Loco, un poco más panzón y más barbudo que de costumbre, abraza a Sabrina y le planta un beso en la sien. El pelo de ella, ahora negro y lacio, se humedece levemente con el cariñoso y natural gesto del Poeta. Sabrina se acurruca en sus brazos como si hiciera frío, o como si tuviera miedo de algo. El Poeta pita baboso el cigarrillo, larga una deforme nube de humo que queda flotando en la habitación. No vuela una mosca, el viento no se hizo presente en esta pieza. Están sentados en el centro de la cama, ella tapada por una colcha con demasiado uso y él vestido con los mismos pantalones que lleva desde hace años. Por la ventana observan en silencio y sin moverse la lenta retirada del atardecer, el desfallecer rutinario del día, los últimos latidos del sol. “La muerte” piensa el Poeta y aprieta con fuerza los labios. Una lágrima quiere traicionarlo pero él estoicamente la sostiene en su párpado, en un acto reflejo se refriega con disimulo el ojo lloroso. Sabrina se da cuenta pero quiere pensar en otra cosa, no quiere contagiarse de la tristeza del poeta, pero es inevitable recordar aquel momento, la sangre, un único grito, la última mirada y el suspiro con el que el cuerpo abandona el alma. La quijada le tiembla y al no poder contener la emoción rompe en llanto. El Poeta en lugar de consolarla se levanta y se aleja, busca en la cocina algo para tomar, cualquier cosa para distraerse un segundo pero no consigue sacar ese hondo malestar que nos provoca la conciencia, mejor dicho, el cargo de conciencia. Todo parece negativo y oscuro. Hace ruido con algunas ollas para no escuchar los sollozos de su compañera allá en la pieza. “Eso estuvo muy mal” piensa en su interior. “La muerte, la muerte vendrá a buscarnos también a nosotros y en el terrible infierno hemos de encontrarnos con Lucio. Eso estuvo muy mal, eso estuvo muy mal”.

Sabrina lo reclama de un grito desde la cama, el poeta sin más remedio acude al encuentro.

— ¿Habrá sufrido? — es la maldita pregunta de la mujer.

—El beso de la dama de negro es más bien un dulce viaje, tiene el aire renovado y fresco de las vacaciones, encuentra la frescura del alivio, es el perfume cautivante y relajado del descanso. El homicidio es otra cosa. Matar contrariando la voluntad de la vida es lo mismo que brindarle al asesinado un pase gratis al infierno en el que caen los suicidas. Supongo que ese mundo rojo y en llamas no invita justamente a la tranquilidad, al reposo eterno. ¿Habrá sufrido, me decís? Sufrirá un par de siglos por no entender lo absurdo de su muerte, y justo en ese momento. Pero eso no se compara con lo que nos espera. Vos por asesinar, yo por cómplice. Yo por permanecer en silencio, por no denunciar tu arrebato. ¿Te crees dueña de la vida de otro? ¿Acaso tenés derecho a quitarle la existencia a otro ser humano?

Sabrina llora con más fuerza. “¡Ay de las lágrimas! —piensa el Poeta— ¿Qué cosa cura el llanto? ¿Qué alivio verdaderamente nos proporciona? El desahogo me dicen. El desahogo en mi corazón no existe. No he llorado porque de nada sirve. Puede que las lágrimas inviten al olvido, enjuaguen y estrujen algunos sentimientos. Pero ciertas cosas no se van. Algunas muertes me han manchado el alma con su tinta china negra y de lunar. La imposibilidad de superar la partida de seres amados me ha obligado a buscarlos en la calle, a sospecharlos en ciertos rostros, como que me quieren engañar esos cuerpos con otros nombres y otra vida, dando por hecho que yo los doy por muertos y enterrados, y sin embargo no dejo de verlos en distintas personas, de adivinarlos con otras ropas, con otras esposas y distintos hijos. Pero a mí no me engañan. Ayer vi los ojos de Lucio en la cara de otra persona en la plaza. Dos días antes reconocí una mueca de su boca en un hombre que compraba cigarros en un kiosco. Antes la misma boca de él pero con otra voz me había preguntado por una calle que era del barrio, hice las indicaciones correspondientes y después lo seguí a cierta distancia. Terminó tocando el portero de una casa que no conozco. Pasé dos horas esperando parado en la vereda de enfrente.

El crepúsculo mató la tarde, el frío apretó en los huesos, tuve que irme apurado por el reclamo hambriento y urgente del estómago. Dos días después volví para hacer algunas averiguaciones. Su nombre no era el mismo, su profesión despreciable, su interés en aquel departamento deshonesto. ¿Será que nos toca vivir así? ¿Salteando de una vida a otra, olvidando aquellos básicos principios?

Terminé por convencerme de que no era él. Que no era él en su totalidad, pero que ciertas cosas no podían ocultar ni disimular su verdadera identidad, la de mi amigo. Aquella boca, aquella mueca. ¿Son acaso estos seres que caminan la avenida y habitan los edificios, restos, sobras de las muertes de otras personas? ¿Acaso mi mismo cuerpo está hecho por jirones, por pedazos de otros que cayeron sobre mi piel por puro azar? Hay sonrisas que reconozco y nadie me lo puede negar. En el universal chiste del creador: ¿también está contemplada esta gracia de que ciertas modalidades tan características de individuos “únicos” se repita en desconocidos, en idiotas anónimos y desconocidos? ¿Cuándo nos abandona ese leve dolor que provoca el recuerdo de un funeral, de un entierro? ¿Cuándo el muerto, la imagen del cadáver que unas horas antes tenía vida, se va para siempre? Pienso en muchas personas y me doy cuenta de que en realidad lo que a mí se me presenta de ellos es la parte de mí hacía de ellos, la parte que yo les completaba en su ser, mi participación directa y fresca con su ser. El recuerdo que tengo de ellos es de su cuerpo frente al mío. Ah, sí, eso debe ser el milagro, que dos almas se conecten a través de distintas formas, una conversación, una mirada hechizante, un silencio plano y mudo que no se debía desperdiciar. Los dos somos, cada uno, parte del otro en la vida y en la muerte, en esos momentos de dos segundos que duran para siempre.

Nos habremos de encontrar en algún rincón de la eternidad, fumando en el frío la compañía del cigarrillo, arrepintiéndonos de alguna cosa, lamentándonos por algunas palabras, siendo quizás lo mismo, quizás partes de otros, los ojos se me vuelan Lucio López, una pena me asfixia, te matamos y no por amor, te habrás llevado los labios teñidos de romance, pero no te engañes, te matamos por otra cosa, fue el pelo negro de Sabrina, fue mi lengua roja y envenenada, la envidia a tu corazón puro, la certeza de saber que no debías seguir viviendo.”

Capítulo X

Notas encontradas del Poeta Loco

Despierto de repente en plena noche asustado por una pesadilla. Había muerte y horror en ese sueño. Miro alrededor como para asegurarme de haber salido de aquel mal trance. La pieza es un desastre. Vasos sucios y vacíos se ven esparcidos indiscriminadamente por toda la habitación. Botellas vacías, ceniceros llenos, la ropa amontonada en el suelo, olor a transpiración. Se siente en el aire una presencia fantasmal y dolorosa, diabólica. La venganza vendrá a abrirnos las venas.

Sabrina duerme como puede; movimientos involuntarios en su cuerpo me dejan adivinar que también está siendo atormentada mientras atraviesa una experiencia deplorable.

Se lo merece.

Me manejo incoherente, una vez más, sin poder entender una palabra de lo que me dice la gente. Tanto alcohol en los últimos días ha logrado afectarme la cabeza. Ya me ocurrió en el pasado que vencido, no recuerdo por qué sufrimiento, decidí tomar hasta no poder pensar en nada, absolutamente nada.

Al tiempo, que a mí ahora se me presenta como dos meses, caí en la cuenta de que estaba solo, amanecido en una casa extraña, barbudo, sucio... en fin, sin poder recordar de dónde había venido, cómo había llegado yo a eso.

Nunca más me propuse una tarea similar, al menos de manera consciente.

Mi búsqueda alterna entre la felicidad, el amor, el placer y la muerte. Persigo estos fines pero siempre manteniendo una distancia. Necesito, sin saber por qué, frustrar mis planes, no conseguir lo que anhelo. Podrían argumentar que es miedo al fracaso, pero quizás, y conociendo lo estúpido que soy, lo que suceda es que me haya enamorado del sabor amargo de la derrota, puede que me seduzca la idea de lo inalcanzable (qué pobres mis pensamientos, debería intentar ser más inteligente), puede que imagine que el esfuerzo no vale la pena, el esfuerzo no es para los tristes, es mejor no haber intentado y mantenerme igual, que haberlo hecho y mantenerme igual o peor.

Sin embargo hay ciertas cosas que intento aprender, hay ciertos saltos que me gustaría dar, que casi, casi me animo, y estoy hablando de esa chica en el colectivo de esta tarde. Una cosa llamativa es que en los colectivos siempre encuentro, mejor dicho, la mayoría de las veces encuentro una mujer que me inspire, una mujer que me llene de ganas de levantarme y hablarle, ay Dios si pudiera hablarles, pero nunca lo hago. En el viaje de ida descubrí, un poco asombrado primero, bastante desilusionado después, que no había subido en todo el trayecto una chica de éstas que me provocan sensaciones hermosas y secretas, íntimas, privadas, ¡si las veo y me imagino las cosas que diría y lo que ellas, con toda complicidad, sabrían responderme! En estos casos regreso con urgencia a mi habitación y sonrío estúpidamente un par de horas soñando lo que podría haber sido, lo que hubiéramos hecho. Pero bueno, al final, bajé en mi destino y anduve bastante enojado por ese mal presagio. ¿Mal presagio de qué? Comencé con mala predisposición el recorrido que me tocaba; no es que haya tenido alguna responsabilidad, solamente andaba paseando, ya que aburrido de ver los mismos árboles en esta zona decidí trasladarme a otro lado de la ciudad en búsqueda de otros parques y otros paisajes. Pero la ausencia fundamental de la musa del colectivo turbó mi humor y en lugar de acercarme a los espacios verdes cambié mi rumbo para mezclarme entre la gente, para odiar con más ganas a la humanidad.

Nada me ocurrió entre los transeúntes, ni siquiera esa pena que generalmente me producen esos disfraces de ejecutivos, de serias personas, de excelentes y sonrientes negociadores. A veces busco esa pena para alimentar mi tristeza, para sentirme más desdichado y para justificar la bebida de la noche, el delirio de la madrugada. Pero en este caso, ninguna sensación se hacía presente, el clima estaba raro, la gente no parecía contenta, y yo estaba, a cada momento que pasaba, más enojado. Tampoco me gusta que todos estén tristes, los prefiero ignorantes, o me prefiero extraño, ellos normales y yo distinto,

no quiero que nos parezcamos, no busco que me confundan, no estoy de acuerdo con “ellos”.

De todos modos, además de lo que ya ocurría noté que la luz natural perdía fuerza: gordas nubes se iban acomodando en el cielo como si planearan un ataque, la lluvia era inminente, y como siempre ocurre en estos casos la gente enloqueció. La urgencia estaba en todos los zapatos, chillaban las ruedas de los autos evitando la colisión en cada esquina que llegaba. Se crea un clima de guerra y estos soldados saben que la decisión que deben tomar tiene que ser la acertada, si no, se mojan con la lluvia. Casi siempre tengo la misma reacción que ellos pero esta tarde era especial y yo venía preocupado por otra cosa, así que no tenía apuro.

Cuando el cielo se cansó de amagar el toldo de un quiosco fue suficiente para el refugio de unas diez personas, entre ellas, yo. Aburrido y con las piernas mojadas por esas gotas que siempre salpican entré en conversación con un tipo de traje y portafolio que parado detrás de mí comentaba el terrible chaparrón que nos mantenía atrincherados. Lamentablemente no tenía nada interesante para decir y siempre me ocurre que cuando lo del otro no me interesa guardo silencio y no contesto nada, y quedo como un estúpido, pero al menos me ahorré un inútil momento. De modo que cuando ya la mayoría me miraba como si fuera un imbécil, yo, que nunca soporté la presión, me tuve que ir corriendo debajo de la lluvia, como un estúpido.

En ese trayecto nada me sucedió tampoco, me refiero ninguna cosa me despertó esos lúgubres sentimientos que necesitaba, solamente me mojé.

Pero, como ya dijimos, lo que nos atacaba era un chaparrón y, así de ruidoso como se hizo presente, en un instante nos devolvió la tranquilidad y el silencio, y enseguida una bocina y después las conversaciones y los murmullos y la vida activa de la ciudad, todo su movimiento. Recuerdo haber pensado que la humedad produce ese mal humor en la gente, y que quizás mi cabeza estaba húmeda constantemente.

Perdón pero ya dije que estoy pobre de pensamiento. Así que como la visita al parque había quedado demasiado lejos opté por buscar la parada del colectivo que me devolvería a mi habitación.

A pocas cuadras la encontré, no tuve problemas en eso. En menos de diez minutos el gigante bicho de chapa se hizo presente y yo lo abordé sin tristeza. No hice caso a la gente, ni a la del colectivo ni a la de la vereda, simplemente miraba por la ventana sin ver nada, sin ser de nadie, irrelevante como soy, mortal sin gracia. Pero pronto una mirada se dejó sentir en mi cuerpo, observé alrededor sin prestar importancia a nada y ahí la vi: la musa del colectivo parada entre la otra gente comiéndome con ojos marrones. Una chispa extraña brillaba en sus pupilas, tenía hambre de sexo y yo le parecía una buena presa. Por supuesto que me invadió el terror, la timidez. Primero que nada supuse que aquella intención descubierta en sus ojos fue idea mía, fantasía mía. Así que dejé correr unos pocos minutos hasta observarla de nuevo.

Cuando volví mi vista a ese punto particular de la carrocería, ella estaba de espalda, ondulados rulos castaños caían sobre ella, llevaba puesto un saquito verde agua, el pelo le llegaba hasta la mitad del torso, más abajo una cola firme y parada se pegaba contra el pantalón insinuante y tentador, también de color verde claro pero decorado por finas rayas verticales. La recorrí hasta los talones, los zapatos con tacón de aguja completaban la fantasía pornográfica. Subí lentamente mi mirada como para memorizar el cuerpo y al pasar la altura de sus hombros descubrí su perfil perfecto, sus labios carnosos y rosados, su nariz común, sus pestañas largas, sus cejas finas, su frente brillante. Y como sabiendo, como si hubiera estado posando, una vez terminada mi contemplación giró su cabeza y me miró fijamente, sonrió para revelarme otro detalle: sus dientes blancos y en perfecta fila; mostrando apenas su lengua angulosa y pecadora, degenerada.

Sostuve su mirada desafiando aquel atrevimiento, pero ella ganó, tuve que bajar mis ojos al suelo.

Durante un tiempo más continuamos los dos divirtiéndonos con ese juego de seducción pero mi destino se acercaba, y ella al parecer debía seguir viajando un trecho más largo, su parada estaba todavía lejos.

Y ahí me encontraba yo, en la encrucijada del día: o seguir hasta donde ella bajara e invitarla a algo, con cualquier excusa, o depositarme al borde de la vereda que me corresponde. Casi siempre decido por volver a mi casa y soñar con lo que pudo haber sido, pero hoy era un día distinto, de modo que mi resolución debía responder a la naturaleza extraña de la fecha. Ignoré mi parada y festejé en silencio la alegría de sentirme audaz; ella algo sospechó, porque mirando de reojo levantó un poco más su cola en celo y yo, apretujado entre la otra gente, rocé la locura. Debido a que en esta ciudad soy un extranjero había determinado conocerla por partes, de modo que las fronteras que encuadraban mis zonas familiares eran las próximas a mi habitación. Lo que quiero decir es que a diez minutos de viaje al sur yo ya estaba perdido, todo era nuevo y desconocido para mí. Pero fue ahí donde levantando una ceja ella presionó el botón y el colectivo redujo su marcha abriendo antes de detenerse la puerta de descenso, habilitando a todo el pasaje la entrada triunfal del viento que despeina y da escalofríos. Me apuré por llegar a la puerta y de suerte conseguí bajar detrás de un tipo que intercalando su figura con la nuestra amenazó con echar a perder todo el plan.

Ya en la vereda el señor giró a su derecha y emprendió un camino que a nadie le importaba. La morocha con su pantalón pegado a la cola y con sus rulos rebotándole en la espalda se sumergió en una calle oscura, alejándose de la avenida.

No sin cierto temor, primero vacilé en mi aventura, y pensando con mi sexo la seguí.

No había nadie más en la calle; la noche había caído llevándose los ruidos molestos.

Los únicos sonidos que retumbaban contra los edificios eran las pisadas de su taco y mis pasos persiguiéndola. Ensayé el principio de una oración para hablarle pero la voz tembló de terror en mi garganta. No sabía qué decir y ella caminaba firme hacia un destino que yo ignoraba.

De repente se detuvo frente a una puerta, la llave coincidió con la cerradura y ella ingresó al edificio; la puerta se volvió y reventando contra el marco me dejó sentir que yo estaba afuera.

El sonido mecánico del ascensor descendiendo me hace imaginar que ella debe estar esperando que la llame de alguna manera, que golpee la madera que nos separa y la reclame, pero no tengo valor. El ascensor asciende y yo me estoy muriendo en la vereda; ella debe estar subiendo pisos pensando en no sé qué cosa, y yo ya perdí mi oportunidad.

Me devuelvo como un vómito sobre la avenida, como si la calle me rechazara.

Espero paciente al colectivo que se demora. Encuentro un asiento libre y miro sin ver por la ventana, pensando en mi cobardía, recordando la lluvia de la tarde, reconociendo las cuerdas que me son familiares, devuelto a mi vereda, una vez más perdedor, revisando mecánicamente los bolsillos, comprando la bebida para el delirio, aturdiéndome en mi propia locura. Solo en la madrugada, sin ser feliz y sin probar un bocado de aquella carne que anhelaba.

La historia transcurre así, indiferente sobre mi vida.

No esta historia, sino la historia en general.

Mi madre me trajo al mundo y nadie sabe para qué. El destino es insobornable y de todos modos, tampoco tengo dinero, ni nada que le interese a "la vida".

Mi meta hoy es el fin pero lo persigo distrayéndome en otras cosas que tienen importancia en el momento pero que más tarde son anécdotas sin emoción, relatos sin valor.

No he aprendido a vivir, debe ser eso.

La fiesta ha sido inútil.

Tal vez con un poco de suerte en la próxima noche algo mejor ocurra.

El sol es el desencanto. Su invasora presencia desmiente el sueño efímero que nos embriagó en un momento de la noche: somos felices y hoy triunfaremos en el amor.

La bebida, a mí que me gusta tanto, permite olvidar ciertas barreras, ignorar nuestras propias fronteras y creernos capaces de ser algo mejor, alguien distinto. Pero pronto viene el día a señalar el pobre engaño.

Para eso sirve el sol, y para eso sirve también la noche.

Andar imaginando despierto es soñar con los ojos abiertos. Me refiero a que algunos preferimos vivir en la noche para no vernos obligados a descubrir la ilusión de la que fuimos víctimas. Buscamos vivir de carnaval, sin ver nunca el sol.

Pero me parece que estoy exagerando. Tal vez no es esto lo que busco decir. No me siento víctima de una farsa, yo inventé la mentira en que vivo, yo forcé mi camino hacia la oscuridad por miedo a las gentes del día. Solamente porque la noche es un refugio más cálido y más conveniente para ciertos vicios.

Atravieso una noche tras otra soñando con los ojos abiertos y experimentando distintos estados, la euforia, la alegría, nunca la gloria, también la tristeza y la derrota, la soledad y el silencio, el temor y la fragilidad de la vida.

Me dirán que las mismas sensaciones se dejan ensayar a la luz del día, pero la noche le imprime intensidad y ese manto, justamente, de fantasía que necesitan las cosas increíbles por lo impresionante.

Para el soñador el aislamiento no es esencial, los países que recorre están dentro de él mismo, pero prefiere separarse del resto solamente para no ser molestado con banalidades que puedan contaminar su alucinación. Yo soy más feliz dentro de mí que por fuera.

Supongo que a muchos les debe pasar lo mismo, pero en mi caso entiendo que afuera, en las cosas convencionales, nunca voy a poder ser tan feliz como lo soy, por ejemplo, imaginando un encuentro con la señorita que supe seguir un buen trecho esta tarde. Apareció de la nada delante de mí, de una estatura inferior a la mía, con su pelo rubio y enredado volcado a un costado de su cuello, cayendo sobre uno de sus pechos. Este “distráido” detalle dejaba al descubierto una inscripción en la campera deportiva: se podía leer “Luli” estampado en la espalda. Más abajo un pantalón deportivo sugería lo que no era difícil de adivinar: salía del gimnasio. Yo estaba concentrado en otra cosa en ese momento, pero semejante aparición y tanta belleza transportada en ese diminuto cuerpo definitivamente supo atrapar mi atención.

La seguí de cerca, para que ella notara mi presencia. Y funcionó: en una esquina me esperó para mirarme de reojo. Generalmente sucede que después de esta supervisión las mujeres se alejan bastante apuradas. Pero Luli no. Caminó más despacio todavía y yo me acerqué. Iba prácticamente a su lado. Pero no le hablé, no quise arruinar la fantasía. Es más, desaceleré mi marcha dejando crecer distancia entre nuestros cuerpos.

El tema es que yo no había salido para levantarme una mina. Salí en el atardecer a la caza de una imagen que me acompañara a la noche, que me permitiera ser feliz dentro de mí.

Y me puse a reflexionar sobre otras cosas de poca importancia; a los pocos minutos, así como imprevisiblemente se había dado Luli a conocer, mágicamente desapareció. Pero yo no quería todavía su ausencia física, quería verla mientras pensaba en lo de siempre. Quise adivinar el edificio que la había tragado y me puse a espiar en algunas puertas; pero los porteros, expectantes siempre a cualquier cosa, exitosamente distanciaron mi presencia de su protegido territorio.

Más tarde en la confusión de la fiesta supe estar solo y triste, sentado a un costado de la pista de baile, aferrado a mi vaso

de güisqui, peregrinando por los desiertos de mi alma, sabiendo que inevitablemente a cierta hora tendría que amanecer.

Mi vida transcurre así, depositando siempre mi fe en la inútil esperanza que reza por una noche más extensa que las ordinarias.

El amanecer suma un día, y yo soy tan tonto que no quiero que el tiempo pase de largo ignorando nuestras oraciones, sin hacer caso a los pequeños milagros que pedimos, sin concedernos la oportunidad de recuperar un minuto, acercándonos sin turbarse a nuestro destino final.

Tal vez le estoy rezando a la deidad equivocada.

Pero seguramente lo que suceda es que mi sueño es imposible. Tal vez al otro lado de la vida esté la eternidad tan mentada y esto que me ocurre es el camino que debo recorrer para llegar a la ausencia de tiempo. Pero no puedo evitar observar que el camino es innecesariamente largo, además de doloroso e injusto. Y ni hablar de que todo esto es una suposición. Digo, qué sucede si después de la muerte no hay nada. ¿A quién le reclamo? Pero creo que preocuparse por todo esto es nulo y ruinoso, improductivo. ¿Para qué invierto tiempo en estos pensamientos? Si en pocos momentos abordará en el cielo el desencanto del sol, y yo mañana me sentaré a escribir que la fiesta ha sido inútil, que imaginé una chica en la calle, y que, ingenuo, me dejé engañar en algún momento por la misma mentira que yo me inventé, estimulados mis sentimientos por el alcohol, influenciado mi lúgubre espíritu por el carácter percedero de la noche.

La melancolía es una sensación hermosa, Sabrina nunca supo entender eso. Pobre, después de entregar la muerte a Lucio ella fue cada día muriéndose también un poquito, pero de tristeza.

Pasaban días enteros en que se extraviaba mentalmente.

Después físicamente.

Y después reaparecía con la cara repleta de rastros de pesadillas, tenía el rostro deteriorado, la mirada sombría, el espíritu quebrado.

Se recostaba en mis brazos sin decir una palabra, temblando de miedo, sollozando con cierta vergüenza, arrepentida de haberse drogado, de haberse entregado a cuanta perdición hubiera cruzado.

Había perdido su belleza. Su brillo se fue apagando lentamente, el abandono en su cuerpo y en su ropa despertaba cierta pena, pero ya no existía manera de traerla a la vida, de reanimarla con esperanzas, de convencerla con mentiras piadosas. Sabrina había decidido sufrir en lenta agonía, quitarse cada día un poco más de vida provocándose dolores físicos que aumentarían su desolación espiritual.

Una persona anímicamente desorientada es uno de los espectáculos más lamentables que uno puede presenciar. Yo, de alguna manera, me había hecho fuerte. Recurría sí al poco recomendable refugio que proporciona el alcohol. Pero aunque uno no vislumbra esperanza nos toca seguir viviendo, y yo me las arreglaba.

Pero Sabrina nunca pudo recuperarse de aquel crimen.

Todavía no sabemos qué demonio la poseyó esa noche, cómo y por qué cometió semejante locura. Siendo ella un ángel propenso al bienestar desinteresado de cuanto desdichado encuentre, un día recordó al chico que la ignoró en la calle y decidió matarlo.

Nada de esto tiene sentido.

Pero eso es normal, mil cosas son insensatas y está probado que una chica que quiere salvar la humanidad con sexo fácilmente puede convertirse en una asesina.

¿Y qué será ahora de su existencia?

Seguramente irá desapareciendo, extinguiéndose como la luz de una vela.

La voz ha callado. Llevo tres días sin escribir una palabra, sin imaginar una metáfora, sin preocuparme por cosas sin importancia.

Nada más ando, mezclado entre la gente, concentrado en la búsqueda de algo en lo que me interese pensar.

Me gustaría adjudicar esta vacuidad al aburrimiento que produce pasear siempre por los mismos lugares. Pero de este lado están las mujeres más hermosas y arriesgarme a cambiar de zona solamente por que no consigo inspiración y perderlas un día de vista, es un precio que no me animo a pagar.

Ya vendrá la voz.

Muchas veces en el pasado ha sabido ausentarse y por más tiempo, y siempre volvió a presentarse en mi ser mediocre, para dictarme algo recién aprendido, para darme un poco más de vida.

El miedo es que ya no se presente, que continúen los días acumulándose como basura podrida y que yo muera.

Por otro lado la decisión de mudarse no fue acertada. Desde esta ventana no tengo vista al cielo ni a la luna. La enorme copa del árbol que está en la vereda viene a instalarse justo enfrente de mí, y me impide, como ya dijimos, compartir ese sentimiento de fría y lejana soledad con el cielo.

Siempre me ha gustado observar con toda paciencia la transformación que ataca al horizonte. La entrada majestuosa y pesada de la oscuridad, haciéndose del terreno donde antes reinaba la luz del gran astro; el silencio y la tranquilidad que impone el triunfo de la noche; la complicidad distraída de las nubes. Porque las nubes del día no son las mismas de la noche. Porque las de la tarde disimuladamente emprenden su persecución (quisiera decir que navegan) detrás del sol. Son fieles a su rey, y entienden perfectamente las reglas impuestas por el Creador. Sin enojo, sin rencor, sin apuro, flotan en una cierta corriente del aire, exclusivamente de ellas, para dar el atardecer en otra parte del mundo. Entonces entran las de la noche, que son más delgadas, que andan dispersas y como inconscientes, como vagabundas, como sin razón y sin destino. Cada tanto una se vuelve diáfana al atravesar por la mitad a la luna, su radiografía celeste no revela nada, y el encanto del misterio nos permite soñar con cosas románticas a los que nos enamoramos de las nubes y del cielo.

La luna, siempre de fondo, estampada como un signo distintivo de la noche, mantiene su solemne presencia como una madre que vigila a sus hijos, sean éstos las nubes o nosotros.

Dos días atrás, paseando ya muy tarde por la ciudad, pude vislumbrar un pedazo de cielo entre dos edificios. Pegada al firmamento, más grande, gorda y baja que nunca estaba la luna tenebrosamente silenciosa, acechando a la insignificante ciudad con su gran ojo blanco, despertando ideas en los asesinos, rumiando macabros planes en los oídos de los enfermos mentales. El temor me paralizó; tres nubes grises e inflamadas la cruzaron lentamente de lado a lado. Era la hora de la muerte y yo estaba lejos de mi casa.

Huí tratando de disimular el miedo inquieto que se había apoderado de mi alma. Me vi tentado varias veces por la idea de tomar un colectivo para llegar más rápido y más seguro a mi refugio, pero un orgullo estúpido y heroico me lo impidió. Sufrí al borde de las lágrimas a cada paso dado en cada vereda que recorría; una sombra se dibujaba a mitad de cuadra y era inevitable el encuentro, la sombra se acercaba y yo ensayaba una oración sin poder recordar el final. La sombra ya estaba a cinco metros y se revelaba: era un hombre con sobretodo negro. El hombre pasó a mi lado casi sin notar mi presencia y siguió su camino. Mis ojos lloraron llenos de tragedia y le pedí perdón a Dios sin saber por qué. Caminé emocionalmente abatido hasta el departamento; en ningún momento tuve valor para girar y mirar a la luna: sabía que ella me estaba observando con su único ojo blanco.

Una vez encerrado en mis cuatro paredes llené un vaso con vino tinto y brindé en el aire por la muerte y por Lucio.

Vulgar. Sucio y vulgar.

Inservible.

Inútil a lo que me rodea.

Esta tarde me dediqué a caminar entre la gente. Harto de no encontrar lo que busco en los mismos lugares que siempre lo

encuentro salí, porque debía salir, del estado en que me habían arrinconado sospechosos demonios de todavía más sospechoso origen. Origen y tierra. Cielo e infierno. Destino impalpable, idea de algo lejano e inalcanzable, pero fatalmente ineludible. Parece que hablo de la muerte, pero no quiero hablar de la mano fría de la Parca, no, quiero decir que anduve por las veredas mirando los ojos de las personas. Todos parecen tener una tarea designada. Un puerto. Una misión. Me convertí en un extraño remoto. Un huraño fantasmal. Habré sido una idea, un parecer, en el rabllo del ojo del peatón anónimo y distante. Mi existencia, finalmente, no intoxicó, ni modificó, de manera alguna su andar urgente y obsesivo.

Yo, intenté caminar de a momentos imitando aquella desesperación horaria y humana, pero a las pocas cuadras me venció no sólo el cansancio, sino además, un sinsentido enorme de sol y tráfico. Débil, humanamente débil, pensé enseguida en desertar, tomar la calle paralela, salir de la caótica marea, ir bajando por veredas menos transitadas hasta desembocar en una plaza aireada y silenciosa, protegerme, pensé, en las sombras de los gigantes silenciosos, dejar, quise, que la sombra tibia de sus ramas deformes me cobijen como si fuera un niño perdido. Sin embargo un sentimiento de soldado patriota reventó en mi pecho: la guerra de lo insensato se debe plantear en el campo de batalla. Las veredas, las personas, todo para mí eran una especie de enemigo que yo no quería vencer, sino aliar. Pisando huellas de pasos extranjeros, viendo ojos de miradas perdidas, chocando, trastabillando, aturdiéndome de la cacofonía inútil, debía yo superar mi soledad. Y seguí en la frenética corriente un camino que no me llevaba a ningún lado, apurado igual que los otros por no llegar tarde a donde nadie me espera.

Cada tanto me detenía a observar el horizonte, y quería adivinar en el cielo la hora comercial en la que estaba para hacerme de una mayor fuerza espiritual y no perder mi guerra incoherente.

El sol bajaba tímidamente en el estampado celeste; anteojos oscuros se aparecían de repente en las esquinas y más atrás, dejándome en su pasado, se subían al centro de una cabeza, o se dejaban llevar por manos de dedos finos hacia el remolino infernal de una gorda cartera. Cuando estaba empezando a volverme loco de tanta gente y tanto ruido, cuando sentí a mis espaldas crecer negras sombras que podrían atacarme, un perro tensó su cadena y lanzó unos mordiscos al aire cercanos a dañarme. Su dueña lo amonestó con un reto extraño, pero él me había clavado los ojos y siguió ladrándome, como si me hubiera reconocido. Huí mucho más asustado de su advertencia que de las sombras que me pisaban los talones. Finalmente salí del torbellino humano, pero con ganas de llorar. No quise mirar el hermoso atardecer que caía lánguidamente en una inmensa tumba de olvido. Pensé en tampoco entrar a la noche. Apuré el paso.

Interrumpieron mi camino molestos desvergonzados que querían que les invitara un cigarrillo. Se los entregué diciendo algo que, la verdad, era indescifrable. Solamente quería que no me hablen. Sólo deseaba volver a mi refugio. No seguir batallando. Dejar de participar del gran chiste. De la gran burla. Renunciar, a mi simple oficio de bufón amargado. Pedir silencio. Encerrarme, pero dentro mío.

Creo que pasadas algunas horas acerté con mi puerta. Mi llave acertó con su cerradura.

Si todo esto fuera tan simple.

Había encontrado la salida del laberinto, pero el laberinto seguía ahí afuera, esperando a que mañana me aventure en sus entrañas.

Fumé. Fumé y fumé. Como apresurando el final, deseando que el sorpresivo umbral se aproxime a cada pitada. Pero tampoco. Tampoco esta forma de muerte se hizo presente. Tuve que aceptarlo. En la quietud de mi habitación estaba solo, pero me sentía acompañado, y por las peores presencias.

Sentí rendirme. Decidí rendirme.

Pero no es tan fácil ignorar ciertos instintos salvajes. La supervivencia ante todo. Luego el hambre. Una cena sin gusto se hizo lugar en mi mesa, un vino exquisito obtenido con promesas de futuros pagos me alegró el espíritu. Tanto así que a mitad de la botella estaba bailando pero de pura melancolía. La tristeza es una piel encima de la piel. Y esta insoportable necesidad de calificar o de ilustrar todo es un mal de dolor y de vidrio. ¿Cómo salir de la narración? ¿Cómo renunciar al papel protagónico de mi vida? La salida es un cajón de madera. El descanso, bajo tierra. ¿Y qué me había dicho aquel imbécil? “La nostalgia da sed, la angustia tiene una farmacia que brinda medicina las veinticuatro horas”. ¡Pero que idiotez tan grande! Lo que necesito es La Respuesta. Es lo único que quiero. Oigan musas de los artistas, paren el oído sordos ciegos de las veredas aquí va lo que escribo y esto es lo que quiero decir:

“Desde lo lejos vienen galopando a pura furia y apuro, embistiendo el mal tiempo de tu anticipada tristeza, aquellas palabras que al unirse son una idea, una presentable idea. Y nadie, excepto su destinatario, ignora los contratiempos que en su afán de gloriosos guerreros deben sortear. Ni bien iniciado su camino de fantasía un ataque inesperado debilita su flanco izquierdo: te negaste a creer en ellas. Pero enseguida se reponen y continúan su inevitable ruta, pese a todo y ante cualquier cosa, el mensaje debe llegar. Sin embargo, metros más adelante, un espontáneo torbellino amenaza con debilitar el centro mismo de la tropa: en lugar de esperar su llegada, distraído por un pensamiento insulso desviaste tu atención y tu mirada hacia un ayer muy lejano, casi imperceptible, y en una ensalada de recuerdos no muy claros tus ojos se emborracharon de aceite y de vinagre, y perdida la noción del tiempo, al volver sobre tus zapatos no supiste reconocer la acción primera que te obligaba a sentarte aquí, enfrentando la pared de tus nublosos pensamientos.

La horda de soldados en una rápida tarea de reagrupación re-compone sus fuerzas, y más enloquecidas que antes, las palabras de la improbable inspiración sacuden tu pecho y tu vida; por reflejo te haces del vaso, cargas tu interior con más bebida y ya tu mirada, firme y sin ver, se hace lugar en la envidiada habitación vacía, autopista turbulenta de tanta nada. En ese momento, intranquilo y sospechando de mil desenlaces probables, levantaste tu frente y tu cuerpo, deseando ser aire en el aire. Pero en el campo de batalla, rayos y relámpagos estallan estruendosos entre las patas de mil frases de agua que vienen a tranquilizarte, la pelea es desigual, mediocridad versus poesía, sabes de tu injusticia al ignorarlas, pero toda batalla tiene un solo ganador. Debilitados sus frentes, un grupo de heroicos y persistentes soldados todavía avanzan levantando al cielo la bandera que tu refunfuñar flamea. Y ya sobre la meta, últimos sobrevivientes, muertos de cansancio, estos únicos versos sin sentido recorren llenos de heridas el terreno de tu pecho; y cuando como un sol tus ojos se posan en ellos, una sonrisa de bendición y alegría les limpia el rostro. Hay promesa y hay un nuevo amanecer mañana o esta misma noche, puede que en venganza, sea hoy, el vencedor vencido.

Pero al momento del anhelado encuentro tal es tu asombro y tal es el agotamiento que arrastran, que al querer descubrir la verdad que trajeron y que antes decían, encuentran que su voz es débil, que sus pequeñas manos tiemblan haciendo ininteligible su prosa, y que ya no hay formas ni señas, ni maneras de comunicación. Agonizan, entonces, sus ojos extraviados de melancolía; y concientes de su inútil sacrificio, sin perder un segundo, se esfuman en el aire de la nada en un suicidio fantasmal y poético.

Tu mirada sigue la temblorosa línea de humo de cigarrillo que la brisa, en su lúdica existencia, hace y deshace. Sólo queda un dedo de alcohol en el vaso. Harto del aburrimiento de tantas horas acumuladas, de tanta madrugada insensata, das por terminada tu jornada.

Y antes de cerrar los ojos, arropado en la seguridad de tu cama, das un suspiro de lamento y despedida, y en el nervioso mar de tus sueños, todavía te queda coraje para imaginar el ataque de un ejército de inspiración que viene a salvarte, y que sale por primera vez ganador, en el campo de las batallas perdidas.”

¡Pero qué porquería más grande! No es esto lo que quería decir. Si mi soledad venía de sentirme mal parido por la multitud indiferente. Si era yo un hombre de niebla y vapor que pisaba a la par de los otros la misma vereda roñosa. ¿Ahora dónde habré de esconderme? ¿Qué oscuridad habrá de emparentarse con mi sombra?

Hay que ser muy valiente. Murmullos indescifrables me hablan desde un rincón. Yo no respondo. Sólo deseo creer y acercarme a la luz. Tener Fe. Creer, ciegamente, en Dios. Pero una incomodidad, también identificada como espiritual, un desasosiego, una especie de “herida fatal” religiosa y cristiana me impide acercarme al Gran Creador. Me desangro en la fe que no tengo. Hay sangre celeste en mi herida. ¿De qué color es la locura que me embriaga? Mi bebida es punzó. Mi agonía, roja. Mi ilusión es gris. Mi confusión es gris. Mi suerte es gris.

Gris, es mi verdad.

Falacias y sofismas.

Soy de origen oscuro, hacia la sombra voy.

Vulgar y sucio, inútil a lo que me rodea.

De repente he vuelto a la noche. No sé por qué me había mostrado días atrás en el atardecer del mundo. Supongo que tanto encierro, tanto de... nada, tanto de vacío y soledad. Recordé, como saliendo de un estado de estupidez, que mi lugar estaba en lo oscuro, que mi compañía era la bebida. ¡Venturoso azar el mío! Esperé impacientemente a que la noche llegara, a que los sonidos se apagaran.

Certificando las condiciones tras una rápida observación por la ventana descendí a la vereda armado de una seguridad que sólo podía proporcionarme la fantasía. Caminé sacando pecho, con la cabeza en alto, asustando a pura mirada a los últimos y extraviados transeúntes ejecutivos. Avancé un par de cuadras, y ahí nomás me topé con un regalo del cielo: una antigua amante esperaba nerviosa la llegada del colectivo. Inmediatamente la saludé, sin embargo su nombre no se presentó con la misma ligereza en mi mente. Pero ella me reconoció, con asombro y con notable lamento. Agilicé la conversación anoticiándola del amplio espacio de mi pieza y de la ausencia femenina en mi cama. Recibió la información con desagrado, y para empeorar mi suerte los dos notamos el frenético andar del colectivo a dos cuadras de distancia. El tiempo me juega en contra, pensé. Entonces, sin rodeos, le pedí plata prestada. Contenta de que mi interés fuera puramente monetario sacó sin perder tiempo un buen billete de su cartera. Prácticamente me lo arrojó a la cara. No eran momentos para llamar al orgullo. Me agaché y lo recogí del suelo. Nunca te voy a olvidar, le dije. Pero qué estúpido, respondió. Salí corriendo, sin esperar a que ella abordara el colectivo. Mi primera medida fue alejarme del barrio, a la mayoría de los comerciantes de la zona les debía algo de dinero. Entonces salí de estas fronteras caprichosas e invertí lo que tenía en cuatro botellas de vino. Volví a la pieza saltando en una pata. Música y alcohol, nada de mujeres, nada de musas. Inspirado por el empujón etílico tomé una hoja y escribí lo siguiente: “Vivir en una noche de siete semanas. Despertar abrazado por el antiguo sol de ayer y de siempre. La idea de bruma y llovizna humedeciéndome la cara. La sensación de invierno al recoger mis alas. Afuera es claro el triunfo del atardecer y es tarde, tarde para empezar. Sin embargo el temor de una muerte futura obliga a entrar con prisa en los zapatos y la piel. ¿A qué hora vienen las musas que ayer extrañaba? ¿Qué había pensando yo para reconquistarlas?

¡Ah, sí!, aroma de poesía con adornadas palabras, infidelidad eterna, deseo intermitente o constante, mentiras pero hermosas, verdades pero pocas, y fantasía, siempre fantasía. ¿Qué habían jurado ellas? ? ¡Ah, sí!, que vendrían. ¿Y qué hacer con los restos de mi poético desfallecer de anoche? Tal vez guardarlos en un cajón, disimularlos con una sonrisa. Pienso y las imagino en su nido caliente, esperando a que mis dedos las toquen, a que mi voz las reclame, y ellas, difíciles y desentendidas, ignorando mis intentos desvían su mirada hacia otro o hacia la nada. Y yo desde aquí daría mi vida por una sola de sus palabras, o por uno solo de sus besos, o por un pequeño adelanto de su amor. La verdad es que extraño su belleza, añoro su calor y su presencia. Desde nuestro último encuentro, hace ya más de unos cuantos meses, ando turbado y confundido, emborrachado en vano, vivo y coleando, pero sin ellas. Y ando juntando fuerzas, vengo juntando fuerzas, resignando horas del día para cruzar entero toda la madrugada, espiando ansioso en ciertos rincones de nuestro pasado, suponiendo estático la inminencia de su llegada.

Pero pronto el amanecer hace gala de su asistencia perfecta, y de una noche sin luces sólo quedan rastros lamentables, jirones de poemas inconclusos, restos de comienzos en falso, huellas de pasos mal dados, y vacío, vacío de aquella pasión espiritual.

Sin compañía y desolado, vuelvo sobre mis palabras, recorro entristecido mi camino, como quien se retira lleno de vergüenza, reconociendo la mediocridad de su destino.

Antes de apagar mis ojos, entregado a mi cama, temiendo por el infierno que prometen mis sueños, suelo rezar una oración siempre distinta a mis musas que ya no me aman.

Les pido perdón y lugar en su gloria, misericordia en su infinito amor, les pido otra prueba de su existencia, un milagro, un guiño, una voz que por piedad me rescate de mi noche de siete madrugadas.”

Hace exactamente trece días que nada me ocurre. Desde que nombré a las musas del colectivo no volví a cruzarme con ninguna otra. Como la mayoría, soy esclavo de mis palabras.

Mi espíritu aventurero está hundido en un sopor que impide a la inspiración hacerse presente. Estoy más preocupado de lo que debería, y después pienso que en realidad tendría que estar más preocupado todavía.

No he podido olvidar a Lucio López, y no he podido olvidar a Sabrina. Pero sus recuerdos tampoco me dicen nada, sus apariciones esporádicas no asustan, ni revelan secretos o rencores. Solamente están ahí transformados en ánimas acompañando la pila de horas en que el vacío es vacío, el silencio, silencio, y mi cabeza un solo color blanco, sin ruidos y sin ideas.

Hace no más de dos días, al obligarme a tomar dos botellas de cerveza en plena tarde, conseguí darme fuerza para abordar un colectivo y dirigirme a un barrio del que me habían hablado, ni mal ni bien, nada más me habían hablado. Al llegar y empezar a recorrerlo noté que la gente era fea, que las veredas estaban sucias, que estaban en el escalón anterior a la pobreza. No pude sentirme mal. Llevo tantos días adormecido de tristeza que imagino que espiritualmente más no se puede descender, aunque sé que siempre hay un más abajo.

Tal es mi situación. Antes al encontrarme con estos paisajes el alma se me retorció de dolor y buscaba inmediatamente ayudar a alguien, a cualquiera, con lo mínimo, con lo poco que tengo. Pero esta vez yo era el pobre, yo no tenía nada, a mí me faltaba todo. Y nadie apareció para aliviar mi desgracia.

En algunas esquinas me detuve esperando el asalto de los ladrones del barrio para provocarlos a mi asesinato, o por lo menos me hagan una mala herida que me lleve al hospital donde podría, con total tranquilidad, pudrirme con los otros. Pero nada ocurrió. Todavía me interné más en el corazón de la villa entregándome a cualquiera. Pero parecían no verme.

La verdad es que hace un par de semanas un rumor empujado por el viento y siempre en boca del que no sabe nada vino a dar con mi oreja. Aparentemente Sabrina había saltado de un edificio. Aparentemente estaría muerta. Ya no pude dormir. Tuve que dejarla, y es cierto, tuve que dejarla. Por eso estoy en esta habitación que parece haber sido alterada por un huracán. Pero cuando vine ella estaba viva, y sé que no es tan tonta como para matarse por mí. Es ese maldito Lucio y lo que ocurrió, ese escritor que no fue, ese con sus ridículos cuentos, con sus arranques pasionales y absurdos, era la caricatura de un sentimental, una mediocre copia del que quería hacerse el romántico. Me da pena. Y no me alcanza para sentirme más triste, ni para mejorar.

¿Dónde quedó aquella juvenil inspiración? Aquella placentera sensación de sentirme no del todo rechazado por las mujeres que me gustan. No he dejado de creer en el amor ni en su mágica aparición. Pero me gustaría no estar solo. O estar solo y que llueva. O que llueva y yo me pueda comprar una botella de güisqui. Pero repasando algunos escritos, antiguos ya a esta altura, no puedo evitar sentirme viejo. Viejo. Y solo.

Alejarme del punto de partida me ha traído efímeros momentos inolvidables, realmente hermosos. Pero de una manera u otra siempre vuelvo a ese punto intermedio en que el futuro no existe, y el pasado ha quedado muy lejos.

Todo es oscuridad en mi corazón, sinceramente lo digo. No puedo estar más triste porque no tengo capacidad para tanta melancolía. Y la única puerta que siempre se abre en estos casos es la de una hoja en blanco que permite creer en la utopía, que permite volar al ras de hermosos sueños inventados por mí, creados a mi medida, para satisfacer mis gustos, para disfrutar de ciertas fantasías.

La falta de apetito sexual es un síntoma inconfundible de la depresión, y queriendo prevenir mi caída estrepitosa e inútil en el mismo túnel de siempre, había decidido invertir algo de la última plata en el cabaret.

Participando del circo de las putas y los pervertidos estuve completamente borracho bailando en el centro de la pista, imaginando que amigos que ya no están me alentaban desde los sillones gritando groserías, queriendo convencerme que el amor no importa esta noche, que el placer es en efectivo y que yo podía pagarlo. Al enterarme de las nuevas tarifas mi ilusión se desmoronó, víctima de un atentado económico. Mis monedas no alcanzaban, mis conocidas no me conocían. Mi noche era un fracaso, y yo era lo mismo que fui ayer. Todo había cambiado, pero yo seguía siendo el impar. Alrededor las cosas y yo ya no estoy en el centro, la vida me ha hecho a un lado, ignorándome por que mi momento ya pasó y ni siquiera recuerdo si estuve ahí. Los pasos, la vereda, la borrachera, la soledad, innecesariamente el cruel ataque de antiguos recuerdos, las lágrimas, las inútiles lágrimas, y yo siempre errante, parecido a lo distinto, igual a lo que antes era, sin poder pensar, sin poder divertirme, impar pero no único, vulgar como lo mediocre, triste, triste y sin tener quien me abrace.

Asombrado por la novedad de entender que sigo vivo a pesar de la resaca que me hace doler el cuerpo me lamento por poder ver esta hermosa mañana. El sol me baña la cara con su calor renovado de cada día. Sé, íntimamente, que su luz quiere ser esperanza, pero yo quiero morir.

Me levanté sosteniéndome por los muebles y de la misma manera logré llegar a la heladera, media botella de vino tinto era lo único que se declaraba en existencia. Me encargué de terminarla omitiendo delicadezas y bebí su contenido directamente desde el pico. Ahora que estoy un poco más consciente puedo arriesgar y decir que estuve desmayado al menos cuatro horas.

Trasasé distintas pesadillas tirado en la cocina, pero todas traían un desconsolado lamento titulado con dos únicos nombres: el del asesinado y el de la asesina. Imagino que Sabrina debe estar compartiendo habitación con Lucio en el infierno.

Y estoy pronto a unirme. Aquí donde la vida todavía no me rechaza porque la muerte no me acepta soy en algunas horas “El hombre de la multitud” y en otras, su autor.

La vertiginosa caída hacia el final es interminable. No me animo a suicidarme. Bordeando andenes en las estaciones de trenes me dediqué a sacar cálculos de distancia y frenado, de velocidad y de grado de precisión en el salto. Más tarde escuché que alguien había tomado la misma decisión. Y la llevó a cabo. Me pregunto si era algunos de los que vi. De todas formas ahora la idea me aterroriza, ni siquiera quise espiar en los televisores de los cafés la espantosa imagen de la víctima arrollada por la muerte.

Tuve que dejar la habitación de la pensión donde me refugiaba no sé de qué. Los días se habían acumulado acrecentando mi deuda. La plata la supe invertir en alcohol.

Entre los linyeras encontré tipos que se dicen músicos algunos y otros escritores, nos amañamos turnando las noches entre quien escribe y quien dicta. Yo encontré una agenda donde después de la reunión anoto mis impresiones sobre los otros farsantes. Digo farsantes porque todos son una réplica barata de aquel matado que ya no quiero ni nombrar. No sé por qué aquel odio hacia los otros fue amenguando, y no sé por qué ya no me preocupa la comida.

Pensar en Sabrina saltando desde la terraza de un edificio.

Imaginarla extendiendo los brazos, saltando al vacío, entregándose a la nada. Su melena negra flameando en el espacio de los pájaros. Los ojos volados, la inconsciencia despierta, la mirada en llamas, el rostro gélido, inmutable. Los dedos cortando el aire, las piernas cediendo a la presión de la atmósfera, la ropa agitándose con furia, y su cuerpo vivo, pero sin razón, acercándose al suelo.

Pero todavía un poco antes del fatal salto veo sus pies descalzos rozando el borde de la azotea, repasando los últimos recuerdos, sintiendo los últimos dolores, respirando tranquila y demente el fresco de la madrugada.

Para el decidido suicida entregarse a la muerte es tranquilidad, es alivio. Es al fin animarse a terminar con el fastidioso cuento de la vida, olvidar los problemas para siempre, animarse y renunciar; irse, corriendo el riesgo de disgustar a Dios. Para esto hay que ser valiente, y hay que estar loco.

La depresión es un túnel donde banales esperanzas no alcanzan para iluminar una perspectiva de futuro, donde un consuelo barato no puede comprar sosiego. Nada garantiza el bienestar detrás del cual cotidianamente corremos, nadie nos puede dar su palabra prometiendo que después todo va a estar mejor.

Es mejor tener fe, y es inútil no tenerla.

Pero algunos nacimos desdichados y escépticos, creyéndonos, a pesar de todo, con algún tipo de derecho a reclamar tal vez día a día una demostración, una prueba palpable de que todo tiene una razón, incluso nuestro absurdo sufrimiento. Esperamos el milagro increíble, la tan anhelada reaparición del hijo más famoso de la historia entera. Pero nada sucede. O todo pasa y nosotros no podemos verlo. Hemos nacido para no creer, la sospecha es nuestra religión, somos devotos a la desconfianza, somos criaturas de la cuna negra, encendemos velas cortas... padecemos en silencio.

La oscuridad es la madre nuestra. Veneramos su altísima piel negra, rezamos a sus colgantes de perla.

Y nos entregamos a la perdición.

Somos aquellos a los que la gente teme, a los que la sociedad no admite, somos en fin, la ignominia en carne y hueso, fielmente representada en nuestro aspecto zaparrastroso, en nuestras hondas ojeras mustias, en nuestra lánguida mirada. Hijos de alguna hora triste andamos por la vida sin acertar al éxito, y sin importarnos esto tampoco.

A veces supongo que estamos solamente para sumar, para no ser menos. El nuestro es el ejército que batalla contra el amanecer, somos soldados que desertaron al día y se refugiaron en la noche para defender la locura, para morir con pasión resguardados en la lúgubre trinchera de la alegría sin gracia, de la borrachera sin motivo, del morirse por que sí. Y despertamos cada día lamentablemente vivos, listos para continuar con la utopía que augura amores eternos y justicia entre los seres del mundo.

La verdad es fantasía y la mentira realidad. El resultado es cruel, y el lamento, cotidiano.

Pero los suicidas poseídos por un extraño estado de lucidez abdican a la vida cegados por la claridad de una respuesta a sus inquietudes: para salir hay que abrazar a la muerte, para ser feliz, hay que fallecer.

Así es como Sabrina extraviada en pensamientos lunáticos, creyendo en la reencarnación, embriagada en penas, envilecida por un solo error, avejentada con tan pocos años, descubre la solución a su molestia y acaricia con la punta del pie derecho, como dejándose ganar por una tentación, el borde del techo que limita la permanencia entre estos hastiados días de rutina y la entrada triunfal, y merecida, a la eternidad fría, al por siempre infierno, al castigo que le corresponde.

Aspira profundamente el aire de la madrugada invernal y da un paso al vacío, a la nada, convencida de glorificar algo, de que del otro lado de la vida existe un pasar mejor, quizás una nulidad mental que borre lastimosos recuerdos, que ceda terreno al olvido, que permita deshacer el pasado, que permita ignorar la felicidad y la desdicha, donde se pueda ser completamente inconsciente e intemporal, vacío e insensible.

En este momento solamente ella estará enterada si esto existe o si fue una ilusión estúpida nacida en el delirio de su extravío espiritual.

Estoy persiguiendo la palabra exacta, pero el camino es agobiante, insoportable por su histeriqueo; y un infantil sollozo amarga a cada momento con darse rienda suelta. Pero no sucede. Entonces ruedo detrás cada palabra, y lloro entre la gente pero mi llanto es silencio.

Me siento fallecer en cada último suspiro, pero no muero.

De repente la gente se va y yo no voy. Ni llego, ni me quedo ni estoy.

Todo es confusión. Me siento siempre debajo de la tristeza, pero al mismo tiempo encima de la superficie, como que mi existencia es lejana y ajena, insignificante. Me quedo en silencio y sin respuestas, muriendo, suspirando, sintiendo que soy entre todos el último aliento.

Yo soy la soledad y el vacío, la nada en el centro del eco.

¿Y dónde está el que tiene que venir?

¿Adónde queda la salvación?

¿Existe la salvación?

Yo del mismo día y sin sentido. Mudo, siempre en silencio.

Soy un ser oscuro y tuya es la negra ausencia. Tuya es la misma falta, la misma necesidad.

Entonces yo y la birome y el papel y yo.

Y la nada tuya, toda tu ausencia y yo respirando despacito, vacilando a cada movimiento, muriendo, rodando detrás de cada palabra.

	Capítulo I	15
Lucio López: amor y desamor, desencuentro y encuentro		
	Capítulo II	39
Le llaman el Poeta Loco		
	Capítulo III	45
Dos amigos		
	Capítulo IV	67
Musa de los hombres		
	Capítulo V	73
Un guiño a favor		
	Capítulo VI	81
Lucio y un hallazgo		
	Capítulo VII	93
Nacimiento y muerte de un amor		
	Capítulo VIII	105
Traición lunar		
	Capítulo IX	115
Fantasmas que no se alejan		
	Capítulo X	121
Notas encontradas del poeta loco		